Erich von Dániken

El oro de los dioses



Ediciones Martínez Roca, S. A.

Título original: *Aussaat und Kosmos*

Traducción de Eduardo Videla

Avda. José Antonio, 774, 7.°, Barcelona -13
ISBN 84-270-0263-7
Depósito Legal: B. 45112-1974
Impreso por Gráficas Diamante, Zamora, 83, Barcelona-5

Indice

El oro de los dioses

I

El título de propiedad de Juan Moricz - En las cuevas subterráneas del Ecuador - Salas semejantes a refugios antiaéreos, a 240 metros de profundidad - Radiaciones de origen desconocido - Extravagante jardín zoológico - La biblioteca metálica - ¿La primera escritura de la humanidad? - Amuleto del período mesolítico - Tabla de piedra con dinosaurio - ¿La cúpula más antigua de todos los tiempos? - Custodiada por indios salvajes - Relato sobre el tesoro del padre Crespi en Cuenca - Las esculturas de oro hablan - Serpientes ¿símbolos de viajes espaciales? - Falsas interpretaciones de la ciencia - Las pirámides tuvieron unos mismos constructores - La ciencia corrigejp.n error: los incas conocían la escritura - Tres modelos de avión de oro - La esfera de oro de Cuenca y su molde en Estambul - El absurdo sistema de numeración de los incas - Obra maestra con una bomba - La opinión de un científico sobre los tesoros: «¡El descubrimiento más increíble después de Troya!-» - Por qué falta exploración en Ecuador - En 1971, sensacional descubrimiento en el Perú: cuevas con compuertas de toneladas de peso - Lo que Pizarro no halló - Cuevas: habitación de nuestros primeros padres y arcas de tesoros - ¡Temas!

Se trata — en mi opinión — de la historia más increíble, la más inverosímil del siglo.
Me parecería una historia de ciencia-ficción si no lo hubiese visto y fotografiado yo mismo.
Lo que he visto no es ni sueño ni fantasía, es realidad. Bajo el continente sudamericano existe un gigantesco sistema de túneles, hondamente enclavado, de varios miles de kilómetros de extensión. ¿Quién lo construyó y cuándo? He ahí la incógnita. En Perú y Ecuador se consiguió recorrer cientos de kilómetros de estos túneles, pero esto no es más que el comienzo: el mundo lo ignora todo sobre ellos.
Con fecha 21 de julio de 1969, el argentino Juan Moricz depositó en la notaría del doctor Gustavo Falconi, de Guayaquil, una escritura legalizada, firmada por varios testigos (Fig. 1), que le reconocía ante el Estado de Ecuador y ante la posteridad como descubridor de este sistema de túneles. A continuación un extracto de las partes más relevantes de dicho documento:

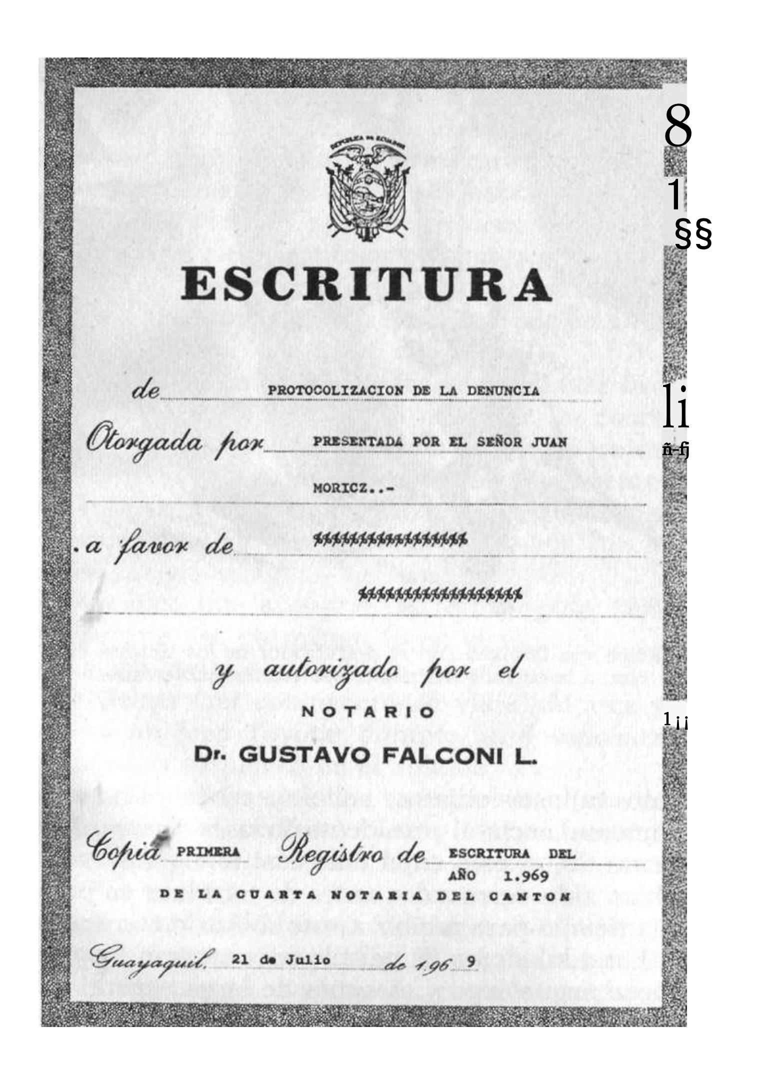
> *Juan Moricz, ciudadano argentino por residencia, nacido en Hungría, pasaporte N.° 4 361 689...*
> *En la región oriental, provincia de Morona-Santiago, dentro de los límites de la República del Ecuador, he desacierto valiosos objetos de gran valor cultural e histórico para la humanidad. Los objetos consisten especialmente en láminas metálicas; contienen probablemente el resumen de la historia de una civilización extinguida, de la cual no teníamos hasta la fecha el menor indicio. Los objetos se encuentran diseminados en distintas cuevas y son de la más variada naturaleza.*
>
> *He podido realizar el descubrimiento en circunstancias afortunadas...*
> *En mi condición de científico investigué aspectos folklóricos, étnicos y lingüísticos de las tribus ecuatorianas...*

Los objetos por mí encontrados presentan las siguientes características:

1) *Objetos de piedra y metal de distintos tamaños y colores.*
2) *Láminas de metal grabadas con signos y escrituras. Se trata aquí de una verdadera biblioteca metálica que podría acaso contener un compendio de la historia de la humanidad, como asimismo revelar el origen del hombre o dar noticias acerca de una civilización extinguida.*

El hecho del descubrimiento me ha constituido en propietario legal de las láminas grabadas y de los demás objetos, en conformidad al artículo 665 del Código Civil.
No obstante, siendo mi convicción que se trata de objetos de un valor cultural inimaginable que no fueron hallados en terrenos de mi propiedad, me permito hacer referencia al artículo 666, de acuerdo al cuál el patrimonio por mí descubierto, si bien seguiría de mi pertenencia, quedaría, sin embargo, sujeto al control del Estado.
Le ruego, Excmo. Sr. Presidente de la República, se digne designar una comisión científica que se encargue de verificar mi enunciado y disponer el control de los valores descubiertos...
Le señalaría a esta comisión la ubicación geográfica exacta y el sitio de la entrada, como asimismo los objetos que hasta la fecha he encontrado allí—

En junio de 1965, investigando con el concurso de indios peruanos, Moricz había dado con senderos subterráneos. Cauteloso por temperamento *y* escéptico como científico, guardó silencio durante tres años. Sólo después de haber recorrido muchos kilómetros de galerías y de haber en-



ESCRITURA

de PROTOCOLIZACION DE LA DENUNCIA

Otorgada por PRESENTADA POR EL SEÑOR JUAN MORICZ..-

a favor de ################

################

y autorizado por el

NOTARIO

Dr. GUSTAVO FALCONI L.

Copia PRIMERA Registro de ESCRITURA DEL AÑO 1.969

DE LA CUARTA NOTARIA DEL CANTON

Guayaquil, 21 de Julio de 196 9

FIG. 1. En virtud de este documento notarial del 21 de julio de 1969, pasaron a propiedad de Juan Moricz los túneles recientemente descubiertos en el Ecuador. Moricz los colocó bajo control del Estado, allanando el camino para cualquier investigación.



FIG. 2. Erich von Dániken con el descubridor de los túneles, Juan Moricz, a la entrada del misterioso mundo subterráneo.

contrado valiosos objetos, solicitó, en la primavera de 1968, una audiencia al presidente Velasco Ibarra. Pero el presidente de un país en el cual' casi todos sus antecesores habían sido derrocados antes de terminar su período, no tenía tiempo para recibir a este solitario con su fausta nueva. Los aduladores de palacio encontraron muy gentil al ansioso arqueólogo y, después de larga espera, le aseguraron que el presidente podría recibirlo dentro de algunos meses.
Moricz no consiguió audiencia hasta 1969. Amargado, se enclaustró en su laberinto subterráneo.

Conocí a Juan Moricz el 4 de marzo de 1972.

Durante dos días, su abogado, el doctor Mateo Peña, de Guayaquil, había tratado de localizarlo mediante telegramas y llamadas telefónicas. Me había instalado en su bufete, con suficiente lectura para entretenerme. Estaba algo nervioso, debo confesarlo, pues según todas las referencias, Moricz era un hombre difícilmente abordable. Al fin, un telegrama dio con él. Llamó por teléfono. ¡Y conocía mis libros! «¡Hablaré con usted!»
La noche del 3 de marzo estaba ante mí: tez bronceada, fuerte contextura, pelo gris, a mitad de los cuarenta (Figura 2). Silencioso. Es el tipo de hombre a quien es preciso dirigirle la palabra. Mis preguntas, impetuosamente apremiantes, le divertían. Poco a poco comenzó a hablar en forma objetiva y muy concreta de sus cuevas.
—¡Pero eso no existe! — exclamé.
—Ya lo creo que sí — replicó el abogado Peña —. Es exactamente así, yo mismo lo he visto.
Moricz me invitó a visitar las cuevas.
Frank Seiner (mi compañero de viaje), Moricz y yo subimos a un Jeep Toyota; durante las veinticuatro horas de viaje nos turnamos en el volante.
Antes de internarnos en una entrada lateral, nos tomamos tiempo para un profundo sueño. Al amanecer, el cielo anunciaba un día ardiente. Aquí comienza nuestra aventura.
En la provincia de Morona Santiago, en el triángulo Gualaquiza-S. Antonio-Yaupi (Fig. 3), región habitada por indios hostiles, se encuentra la entrada, ancha como el portón de un granero, practicada en la roca. Súbitamente, de un paso al otro, la claridad se transforma en la más completa penumbra. Hay pájaros revoloteando sobre nuestras cabezas. Se siente el soplo del viento y experimento un sobresalto. Fulguran los reflectores de cascos y linternas. Ante nosotros se abre una sima. Valiéndonos de un cable, nos deslizamos hacia abajo hasta una pro-

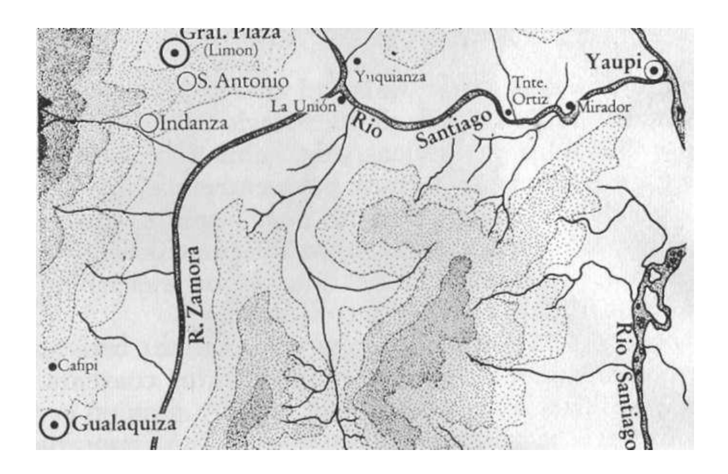


FIG. 3. En la provincia Morona-Santiago, en el triángulo de las ciudades Gualaquiza-S. Antonio-Yaupi se encuentra la entrada secreta a los túneles prohibidos, debidamente custodiados por indios hostiles.

fundidad de 80 metros, donde se halla la primera plataforma. Ha comenzado la marcha hacia el submundo de de una raza extraña y desconocida, de miles de años de antigüedad.

Algunas galerías son estrechas; otras, anchas; las superficies a escuadra; paredes lisas, a menudo como pulidas; los techos planos y como vidriados. No se trata por supuesto de vías naturales: ¡se parecen a los refugios antiaéreos de nuestros días!

Examinando techos y paredes, estallo en una espontánea carcajada cuyo eco resuena en el laberinto. Moricz me enfoca con su linterna:

—¿Qué pasa? ¿Te sucede algo?

—¡Me gustaría ahora ver al arqueólogo que me explique aquí mismo que este trabajo ha sido hecho con piedras de moler!

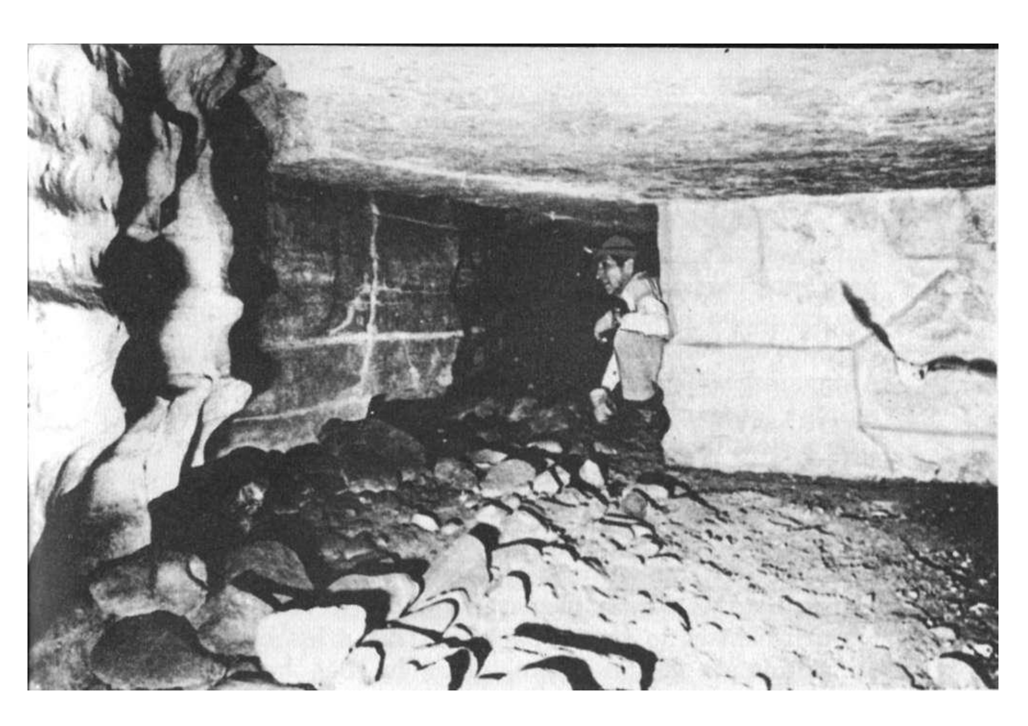


FIG. 4. En el interior del sistema de túneles. Están llenos de extraños pájaros que revolotean por su interior. La capa de excrementos llega en algunos lugares a 90 cm. de espesor. Los cielos son lisos, las paredes a escuadra y a menudo como vidriadas.

Mi duda acerca de la realidad de estas obras se ha desvanecido, me siento henchido de felicidad.

Túneles como éstos, dice Moricz, los hay a lo largo de muchos kilómetros bajo el suelo de Ecuador y Perú.

«¡Ahora doblemos a la derecha!» exclama Moricz.

Llegamos a la entrada de un local amplio como el hangar de un Jumbo-Jet. Podría tratarse de un recinto de distribución, un depósito de materiales, pienso yo. Aquí terminan o comienzan galerías en distintas direcciones. Saco la brújula. No funciona. La sacudo. La aguja no se agita. Moricz me mira:

«Es inútil. Aquí abajo hay radiaciones que hacen imposible la orientación con brújula. No entiendo nada de

radiaciones, observo sus efectos solamente. Aquí tendrían que investigar los físicos.»

En el umbral de un pasadizo lateral hay un esqueleto tan limpio como si lo hubiese preparado un anatomista para mostrárselo a sus discípulos, pero como rociado con oro en polvo mediante un pulverizador. A la luz de los reflectores, relucen los huesos como si fuesen de oro puro. A una indicación de Moricz, apagamos las luces y le seguimos lentamente. Reina el silencio. Sólo se oyen nuestros pasos, nuestra respiración y el revoloteo de los pájaros, al cual nos habituamos pronto. La oscuridad es más negra que la noche.

«¡Encended las luces!» exclama de pronto Moricz.

Quedamos pasmados y fascinados en medio de una sala gigantesca. Moricz ha preparado su golpe tan bien como los bruselenses lo hacen para mostrar a los extranjeros su iluminada Grand Place, quizá la más hermosa del mundo.

Esta indescriptible sala, a la cual conduce la séptima galería, es de una magnitud tal que corta el aliento, de pasmosa hermosura y refinadas proporciones. Nos dicen que la planta es de 110 X 130 m. Son casi las dimensiones de la Pirámide del Sol en Teotihuacán, pienso. Tanto allí como aquí, nadie sabe quiénes son sus arquitectos, sus eximios técnicos.

En el centro de la sala hay una mesa.

¿Es una mesa?

Parece, puesto que junto a ella se ven siete sillas.

¿Son sillas?

Tienen el aspecto de sillas.

¿De piedra?

No, no tienen el frío aspecto de la piedra.

¿De madera?

No, con seguridad. La madera no habría conservado semejante estabilidad a través de miles de años.

¿Son de metal?

No lo creo, al tacto parecen como de material plástico

de temperatura autorregulada, pero son pesadas y duras como el acero.

Detrás de las sillas se ven animales; saurios, elefantes, leones, cocodrilos, jaguares, camellos, osos, monos, bisontes, lobos, y se arrastran lagartos, caracoles, cangrejos. Como vertidos en moldes, se alinean con naturalidad y amigablemente uno al lado del otro. No por parejas, como en el Arca de Noé. No como le gustaría al zoólogo, según género y clase. No como quisiera el biólogo, según el orden de la evolución natural.

Un jardín zoológico extravagante, y sus animales todos de metal.

El tesoro de los tesoros se encuentra también en esta sala: la biblioteca metálica de la cual se habla en el documento notarial y la cual no me había sido posible imaginar.

Frente al jardín zoológico, a la izquierda, detrás de la mesa de conferencias, se encuentra la biblioteca de láminas metálicas. En parte son planchas y en parte, láminas de milímetros de espesor. La mayoría, de 96 X 48 cm. Después de larga observación, no me fue posible imaginar qué material podría tener la consistencia necesaria para mantener firmes hojas tan delgadas y grandes. Están dispuestas unas al lado de otras como formando libros gigantescos. Sobre cada lámina hay grabada una escritura, todas están selladas, la impresión es regular, como hecha por una máquina. Moricz no ha logrado hasta ahora contar las hojas de su biblioteca metálica. Acepto su estimación de que debe tratarse de algunos miles. La escritura de las planchas metálicas es desconocida, pero estoy convencido de que, de hacerse las comparaciones posibles, podría ser descifrada con relativa rapidez. Sólo falta que los científicos se den *desde ahora* por enterados de este descubrimiento *extraordinario.*

Quienquiera haya sido el creador y organizador de esta biblioteca, aquel gran desconocido y sus colaboradores dominaban no sólo la técnica de fabricación de folios me-

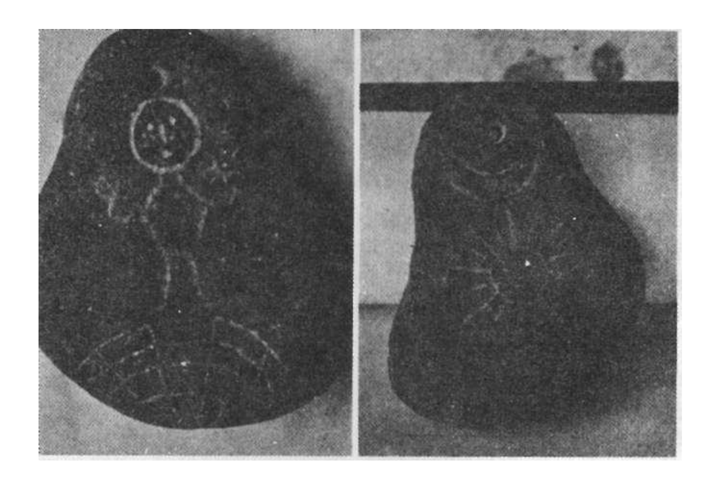


FIG. 5. Caras anterior y posterior de un amuleto que debe datar entre 9.000 a 4.000 A.C. Puede verse un ser de pie sobre el globo terráqueo. ¿Cómo sabían los hombres de la Edad de Piedra que la Tierra es redonda?



FIG. 6. ¡Si el artista prehistórico quiso grabar aquí un dinosaurio, tendría que haber estado dotado de poderes ocultos! Estos animales vivieron hace unos 235 millones de años.

tálicos a la medida en tales cantidades —la obra está allí—, conocían además una escritura para comunicar cosas importantes a seres de un futuro lejano. Esta biblioteca fue creada para sobrevivir a las épocas, para poder ser leída por una eternidad...

Queda por verse si nuestra época está seriamente interesada en la revelación de misterios tan grandiosos.

¿Está acaso interesada en el descifre de una obra antiquísima que puede revelar verdades capaces de trastocar el orden actual del mundo?

¿Temen tal vez las jerarquías de todas las religiones que descubrimientos prehistóricos puedan reemplazar la *je* en la creación por el *conocimiento* de la creación?

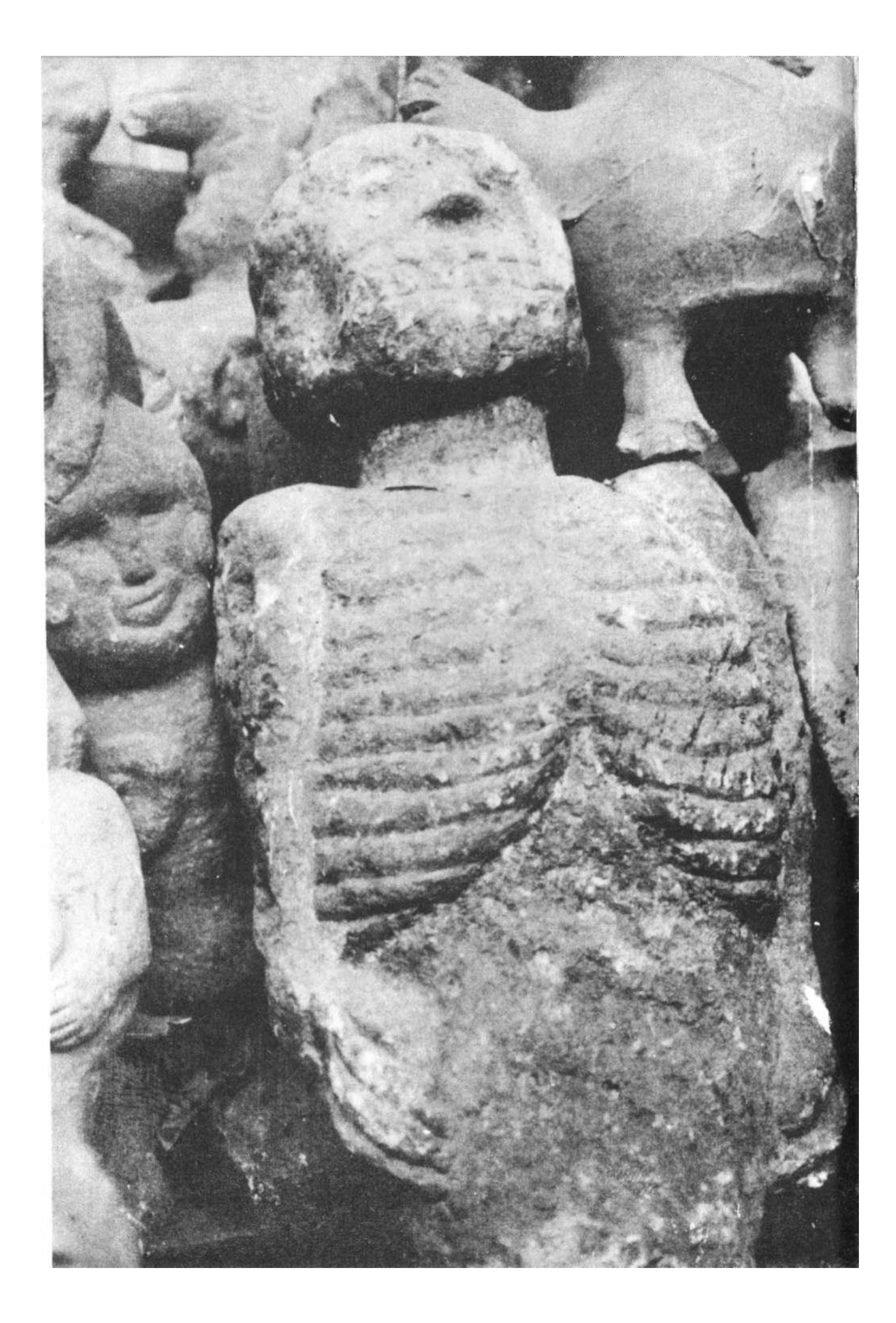
¿Desea el hombre en el fondo aceptar que la historia de su origen es tan distinta a la que le enseñaron a la manera de un cuento piadoso?

¿Van los historiadores realmente y sin anteojeras, con honrado celo en busca de la verdad?

A nadie le gusta caer de un rascacielos que él mismo ha construido.

No se ven grabados en las paredes. Aquí no hay pinturas como en las cámaras mortuorias del Valle de los Reyes en Luxor, ni relieves como se encuentran en las cuevas prehistóricas en todas partes del mundo. En cambio hay esculturas de piedra; se tropieza a cada paso con ellas.

Moricz posee un amuleto de piedra de 12 cm. de altura por 6 cm. de' ancho. En la cara anterior (Fig. 5) hay grabada una figura de cuerpo hexagonal y cabeza redonda como una bola, como dibujada por la mano de un niño; la figura sostiene en la mano derecha la Luna, en la izquierda el Sol. Bien, esto no es extraordinario... Y sin embargo: ¡Está de pie sobre un globo! ¿Es esto una prueba terminante de que ya en los tiempos en que se grababan los primeros dibujos sobre la piedra había por lo menos una élite de nuestros antepasados que sabían de la redondez de la tierra? La cara posterior (Fig. 5) representa una media Luna y el Sol resplandeciente.



Me parece fuera de toda duda que este amuleto de piedra es una prueba de que nuestros antepasados poseían en la Edad Media de Piedra (9.000-4.000 A.C.) asombrosos conocimientos sobre nuestro planeta.
Sobre una plancha de piedra (Fig. 6) de 29 cm. de alto por 53 cm. de ancho, está grabada la figura de un animal. Sospecho que se trata de un dinosaurio. Estos animales primitivos desaparecidos se desplazaban en tierra con ayuda de sus patas traseras más largas, como muestra el grabado. Hasta su envergadura gigantesca — los dinosaurios tenían hasta 20 metros de largo — se deja entrever en su cuerpo rechoncho y corpulento representado en forma abreviada. También las patas con tres dedos corroboran mi sospecha. Si mi hipótesis es correcta, entonces ciertamente se trata de algo bastante inquietante. Estos desaparecidos reptiles vivían en la era mesozoica durante el período cretáceo, es decir, hace unos 135.000.000 de años, al comienzo de la formación de los actuales continentes. No me atrevo a seguir especulando. Sólo lanzo la pregunta al aire: ¿Qué ser pensante ha visto jamás un dinosaurio?

Ante nosotros el esqueleto de un hombre esculpido en piedra (Fig. 7). Cuento diez pares de costillas. Anatomía precisa. ¿Habían anatomistas que disecaban el cuerpo para el escultor? Según sabemos, Wilhelm Conrad descubrió «una nueva clase de rayos» que llamó Rayos X ¡recién el año 1895!
En un despacho, perdón, en un cuarto cuadrado de piedra, me muestra Moricz una cúpula (Fig. 8). Dispuestas a lo largo del ecuador de la cúpula, se ven figuras que parecen guardias de rostro oscuro portando sombreros puntiagudos; en las manos sostienen objetos que parecen lanzas, listos para entrar en acción. Sobre la bóveda hay figuras grabadas que dan la impresión de volar. Con la

«- **FIG.** 7. Un esqueleto esculpido en piedra con precisa anatomía.

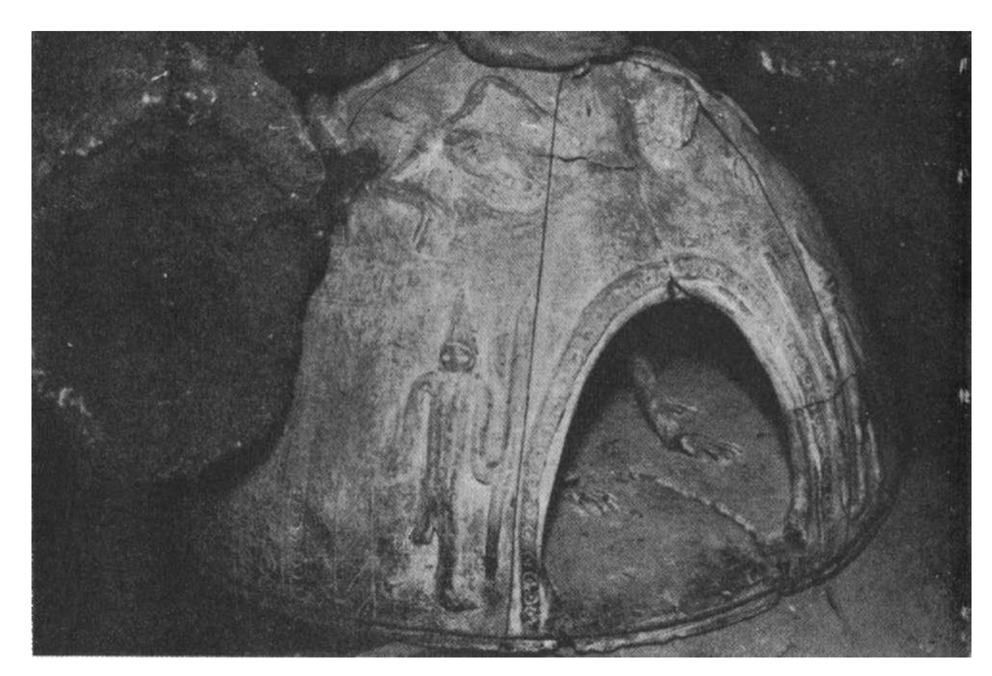


FIG. 8. Parece ser el más antiguo modelo de cúpula. Lo que se dice en' los libros, lo que se nos enseñó en la escuela no es efectivo.

linterna reconozco, detrás de la entrada «románica» de la cúpula, un esqueleto ecluquillado. Esto no me sorprende. ¡Lo que me asombra es el modelo de cúpula! La primera cúpula fue descubierta por Heinrich Schliemann durante sus excavaciones que sacaron a luz la ciudad y burgo de Micenas (1874-1876) en la región nororiental del Peloponeso. Esta cúpula debió haber sido construida a fines del siglo xiv A.C. En la escuela, hasta aprendí que el Panteón de Roma, construido entre el año 120 y 125 D.C. bajo Adriano, era la primera cúpula. Desde ahora considero esta construcción de piedra como el más antiguo modelo de cúpula...

Sobre un pedestal de piedra hay acurrucado un *clown* con nariz en forma de bulbo (Fig. 9). Orgulloso porta el pequeño un casco que cubre las orejas; a los lóbulos de éstas van prendidos auriculares semejantes a los de nues-

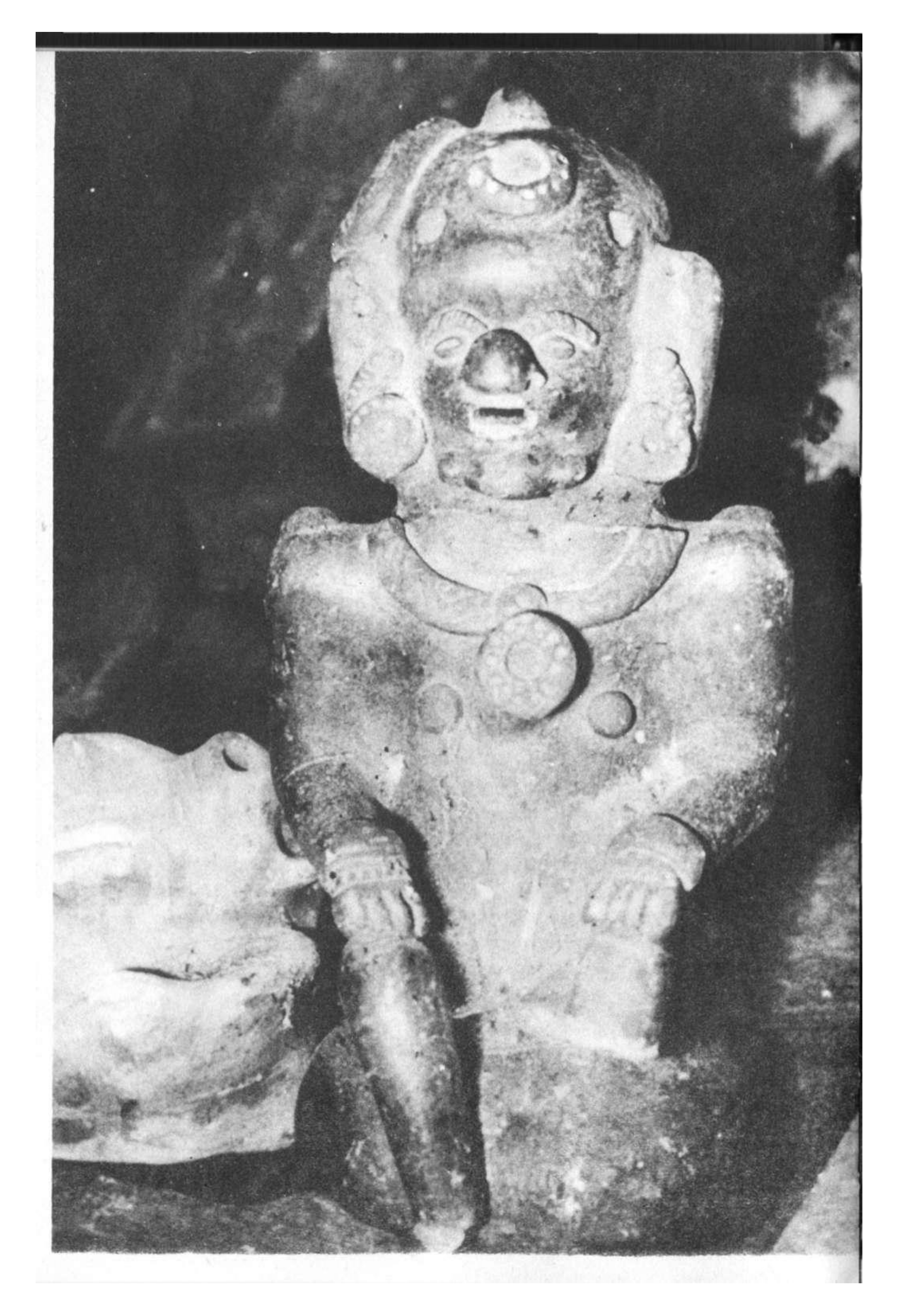
tros teléfonos. En la parte frontal del casco hay pegada una cápsula de 5 cm. de diámetro y 1 cm. de espesor provista de 15 agujeros que parecen como hechos para servir de enchufe. Del cuello cuelga una cadena de eslabones de la cual pende a su vez una cápsula provista de agujeros, esta vez semejantes a los del dial de nuestros teléfonos. Digno de observarse es el traje que viste el gnomo, las semejanzas que guarda con el de nuestros actuales cosmonautas así como lo que parecen ser guantes protectores de contactos peligrosos.

Hay una madre con alas; entre sus brazos se ve arrodillado un niño de ojos oblicuos que lleva un casco semejante al de un conductor de Vespa. No me hubiese llamado mayormente la atención si no hubiera visto la *misma* figura (Fig. 10) en el Museo Americano de Madrid, esta vez hecha de arcilla.

Podrían escribirse volúmenes acerca de estas cuevas y sus tesoros, ¡y serán escritos! Allí se hablará también, entre muchas otras cosas, de las esculturas en piedra de dos metros de altura que muestran seres de tres y siete cabezas, de las planchas triangulares con escrituras parecidas a las de los niños en sus primeros intentos —de dados con figuras geométricas en sus caras— del trozo de esteatita de 114 cm. de largo por 24 cm. de ancho doblado en forma de bumerang grabado con una multitud de estrellas.

Nadie sabe quién ha construido estos túneles, nadie conoce a los escultores que en forma tan singular depositaron obras tan pletóricas de significado. Sólo esto me parece claro: Los constructores de las galerías no eran al mismo tiempo picapedreros, las vías prácticas y simples

FIG. 9. ¿Payaso, divinidad o astronauta? La figura ostenta accesorios tan típicamente técnicos que habrían convenido perfectamente a un astronauta. Micrófono, contactos enchufables en el casco. ¿Qué significa esto? ->



«hablan» contra los añadidos decorativos. Posiblemente mostraban las bóvedas subterráneas a los privilegiados, tal vez éstos plasmaron en la piedra lo que habían visto y lo que habían oído, conservándolo en las entrañas de la Tierra...

La entrada al tesoro subterráneo de la Historia es conocida aún solamente por unas pocas personas dignas de confianza y visitada por una tribu de indios salvajes. Invisibles, acechan los indios en la espesura. Apagan literalmente la llama de la vida de los extranjeros que se aventuran mediante flechas envenenadas que soplan a través de sus cañas. Moricz ha sido recibido como amigo por el cacique de la tribu y tres de sus subordinados que tienen contactos ocasionales con la civilización, es decir, como amigo de toda la tribu.

Una vez al año, el 21 de marzo, al comienzo de la primavera, baja el cacique solo a los infiernos, hasta la primera plataforma, a fin de recitar oraciones rituales. Sobre ambas mejillas lleva el cacique marcados los mismos signos que se ven sobre las rocas a la entrada del túnel (Fig. 11). Aún hoy día, los guardianes de las cuevas confeccionan máscaras y entalladuras «de los hombres de nariz larga» (¿máscaras de gases?) y relatan hazañas de los «seres voladores» que vinieron un día del cielo. Pero, ni con palabras ni con regalos se los puede inducir a servir de acompañantes a las profundidades.

«No», respondieron a Moricz, «¡allí abajo hay espíritus!»

Es curioso que, de tiempo en tiempo, los caciques paguen en oro deudas que han contraído en el mundo civilizado u obsequien valiosas obras de este metal a amigos que han prestado servicios a su tribu.

Muchas veces, a lo largo de nuestro viaje, Moricz se había opuesto a que tomase fotografías. Siempre tenía algún

FIG. 10. En el Museo Americano de Madrid puede verse en arcilla la la misma madre con alas que en las cuevas del Ecuador. -*



nuevo pretexto. Unas veces eran las radiaciones que de todos modos inutilizarían los negativos, otras veces era la luz de magnesio que con su intenso resplandor podría dañar la biblioteca metálica. Al comienzo no podía comprender la razón. Sólo después de haber pasado algunas horas en las profundidades, comencé a vislumbrar el motivo de la singular actitud de Moricz. Resulta que uno no puede librarse de la impresión de que se le espía constantemente, de que se está rompiendo un hechizo, desencadenando un descalabro. ¿Se cerrarán las vías de salida? ¿La luz de magnesio encenderá un rayo láser sincronizada? ¿No veremos nunca más la luz del día? ¿Pueriles imaginaciones en hombres que quieren ir al fondo de las cosas? Posiblemente. Pero quien conozca las refinadas trampas de todo tipo con las que fueron aseguradas las tumbas y las pirámides de los faraones contra los intrusos, comprenderá mejor mis malos presentimientos. Sólo con los instrumentos de la técnica moderna podrá ponerse en claro si hay aquí peligros que deban ser soslayados y superados.

Al llegar a las pilas de metal, expresé nuevamente mi deseo de tomar una fotografía, sólo una. Nueva negativa: Habría que levantar los bloques de metal de la pila, esto podría hacer ruido, lo cual podría provocar la caída de una avalancha de piedras del techo.
Moricz observó mi enojo y rió:
«Tendrás ante la cámara metal suficiente y de la misma clase, sólo que no en cantidades tan grandes. ¿Satisfecho?»
La colección más importante de objetos de oro extraídos de las oscuras cuevas no se encuentra expuesta, como pudiera creerse, en los museos sudamericanos. Está guardada en el patio interior de la iglesia María Auxiliadora de Cuenca, en Ecuador, un santuario a 2.500 m. sobre el nivel del mar.

El padre Carlos Crespi (Fig. 4C) ha ido atesorando preciosos objetos de un valor inapreciable. El padre vive en Cuenca desde hace 45 años y goza de la fama de ser un

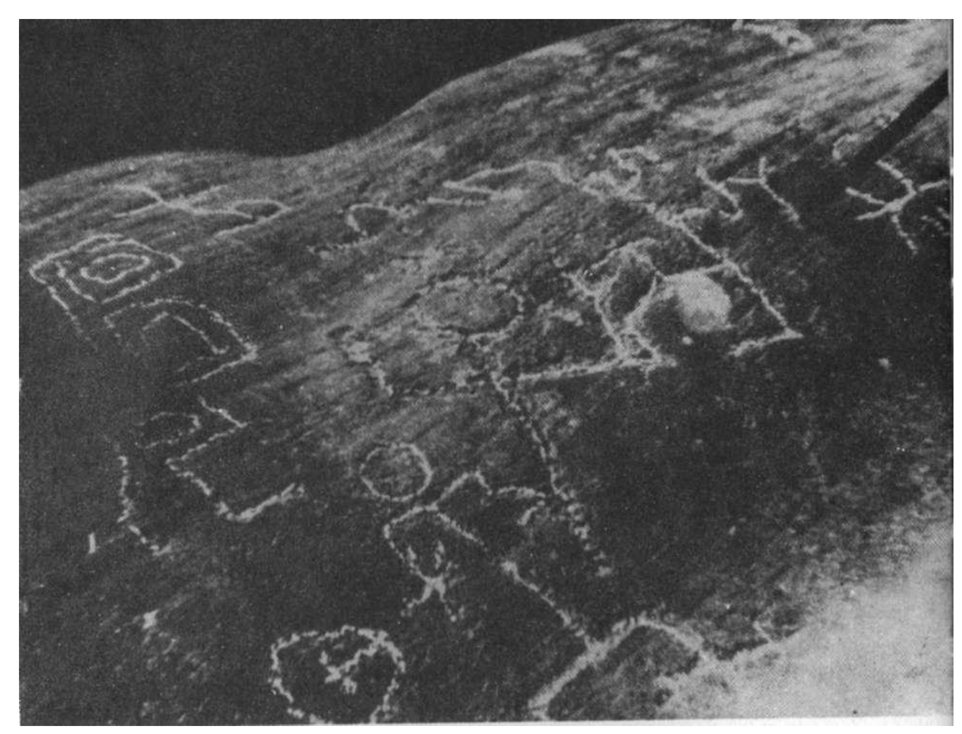


FIG. 11. Las mismas marcas que se ven en las rocas a la entrada del túnel las lleva en sus mejillas el cacique de la tribu encargada de su vigilancia: símbolo inmemorial de los indios.

fiel amigo de los indios. Estos, durante decenios, le han venido trayendo pieza tras pieza de la más valiosa colección de obras de arte de oro y plata.

Afortunadamente el padre dispone de dos indios que nos secundan. Es difícil respirar en las proximidades del religioso. Seguramente por castidad, no permitió nunca el contacto de su cuerpo pecador con el agua. Su aliento es asimismo un seguro disuasivo para el que pretenda acercársele demasiado.

Los indios arrastran planchas, barras y bloques de oro desde el patio interior de la iglesia colocándolos delante de mi cámara. Por fin puedo fotografiar una muestra de las pilas de oro tal como se ven en los túneles.

Cuando hablamos aquí a menudo de oro, entendamos claro que se trata literalmente de oro. Al menos el propio padre Crespi describe como tales sus tesoros; aunque debe dudarse de ello, ya que en su actual senilidad el padre Crespi apenas es capaz ya de distinguir el oro del latón.

Magnífica pieza de una estela (Fig. 11C), 52 cm. de alto, 14 cm. de ancho, 4 cm. de espesor. — Hay 56 signos de escritura repartidos en otros tantos cuadrados «impresos». Signos similares a los que vi en la biblioteca metálica en la gran sala! El artista creador de esta estela dominaba un código (¿un alfabeto?) de 56 letras o símbolos. Esto resulta tanto más notable cuanto que hasta la fecha se creía que las culturas sudamericanas (incas, mayas, etcétera) carecían de escritura alfabética.

«¿Conoces a esta dama?» pregunta Moricz.

Tiene 32 cm. de alto. Dorada, por supuesto. La cabeza está formada por dos triángulos a los cuales van acopladas alas como si estuvieran soldadas. De las orejas salen cables enroscados. Con seguridad, no se trata de un adorno puesto que los pendientes van prendidos a los lóbulos de las orejas.

La dama tiene proporciones normales si bien triangulares, senos bien formados, las piernas dan la impresión que camina a grandes pasos. La falta de brazos no menoscaba su hermosura. En cambio, ostenta elegantes pantalones largos. Sobre la cabeza de la dama, pende una esfera, y me parece que las estrellas grabadas junto a sus codos se refieren a su origen. ¿Estrella de una época pasada? ¿Una joven de las estrellas?

Disco de metal de 22 cm. de diámetro (Fig. 2C). No puede tratarse de un escudo para la defensa como lo catalogarían los arqueólogos): Por de pronto, es demasiado pesado, por otra parte, no hay trazas de mango en el liso respaldo. Pienso que este disco es otro medio de comunicación: Dos espermatozoos estilizados, pero increíblemente exactos, dos soles sonriendo, la hoz de una Luna

menguante, una gran estrella, dos rostros humanos triangulares estilizados. En el centro: Puntos. Por su ordenación producen un efecto estético, pero es de presumir que tenían otro fin.

El padre Crespi arrastra una pesada plancha de oro ante la cámara.

«¡Joven, aquí hay algo especial para Ud.! ¡Esta pieza es anterior al. diluvio...!» Tres seres enseñan una tabla alta grabada con signos. Me miran fijamente. Tienen ojos semejantes, parecen como asomando detrás de lentes. El monstruo del lado izquierdo superior exhibe una esfera, el de la derecha parece metido de pies a cabeza en un mono remachado a los costados y sobre la cabeza ostenta orgulloso una estrella de tres puntas. Dos esferas que descansan sobre alas penden sobre la tabla con signos. ¿Qué presentan los monstruos? Algo parecido a una escritura Morse, puntos, guiones, ¿llamadas de urgencia? ¿un tablero de distribución para conexiones eléctricas? ¿una central de líneas de regulación? Todo es posible, pero en esta tabla no descubro signos de escritura, más bien parecen analogías técnicas... Y es de una época — como indica el padre comisionado por el Vaticano para sus investigaciones arqueológicas — anterior al diluvio. ¡Francamente, se requiere bastante dominio de sí mismo para no caer en una verdadera fiebre a la vista de los tesoros que hay en el patio interior del santuario de María Auxiliadora! Pero no fue solamente el material lo que me sacó de mis casillas: sobre cientos de láminas de metal brillan imágenes de estrellas, lunas, soles... y serpientes que, casi fuera de toda duda, son símbolos de viajes espaciales.

Llevo algunos ejemplares particularmente fotogénicos de aquellas representaciones de la, según se dice, desaparecida herencia de los incas. Estos ciertamente conocían el signo de la serpiente y lo relacionaban magistralmente con su soberano, el «Hijo del Sol».

Relieve de cobre con pirámide (Fig. 5C). Las paredes aparecen guarnecidas por *serpientes;* hay dos soles, dos monstruos astronautas, dos animales parecidos a ciervos y círculos punteados. ¿Representan acaso estos últimos el número de cosmonautas sepultados en las pirámides?

Y todavía otra lámina de oro con pirámide (Fig. 3C). — Dos jaguares, símbolo de la fuerza, trepan por las paredes. Al pie de las pirámides, claros signos de escritura. A izquierda y derecha: Elefantes, como había en Sudamérica hace alrededor de 12.000 años, en una época en que, según se cree, no existía ninguna cultura. Y las *serpientes,* en el lugar que les corresponde, en el cielo.

Serpiente y dragón tienen su lugar en todos los mitos de la creación. Nadie puede discutirlo. Incluso una científica como la doctora Irene Saenger-Bredt, ingeniero de la industria aeroespacial, plantea la pregunta en su obra «Ungelóste Rätsel der Schopfung»:

«¿Por qué juega el motivo del dragón un papel tan importante en las representaciones y mitos de los pueblos antiguos como los chinos, indios, babilonios, egipcios, judíos, germanos y mayas?»

En su respuesta, sugiere la doctora Saenger-Bredt la posibilidad de que los símbolos del dragón y la serpiente tengan alguna relación con la creación y el Universo.

Robert Charroux, documentado en textos primitivos, muestra que en todas partes hubo serpientes luminosas que volaban por los aires, que egipcios y fenicios elevaron a serpientes y dragones a la categoría de divinidades, que la serpiente pertenecía al elemento fuego porque hay en ella *una velocidad que, por razón de su aliento, nada puede sobrepasar.* Charroux cita a Areios de Herakleopolis textualmente: «La primera y más alta divinidad es la serpiente con cabeza de gavilán. Cuando abre los ojos llena de luz la Tierra recién creada; cuando los cierra, se cubre de tinieblas».

El historiador Sanchuniaton, que vivía en Beirut alrededor del año 1250 A.C., había escrito la mitología e historia de los fenicios. De él reproduce Charroux este pasaje:

«La serpiente tiene una velocidad que, por razón de su aliento, nada puede sobrepasar. Transmite a la espiral que describe en su movimiento la velocidad deseada... Su energía es extraordinaria... Con su resplandor lo ha iluminado todo...»

Estas no son descripciones de serpientes vista por seres pensantes.

¿Por qué se anidaron las serpientes con tanta obstinación en todas las historias de la creación?

Me remito solamente a la indicación de los científicos: Nuestros antepasados sólo pueden ser comprendidos en relación a la mentalidad de su tiempo, sólo hago consideraciones elementales de psicología:

Cuando nuestros primeros antepasados veían un pájaro fuera de lo común, de grandes dimensiones, lo describían en forma análoga a los pájaros que habían observado antes: Los conceptos para ello estaban ya en su reducido vocabulario. ¿Pero cómo describirían un fenómeno completamente nuevo en el firmamento que nunca habían visto antes y para el que no tenían ni conceptos ni palabras? Muy seguramente, los extraños cosmonautas durante sus primeros aterrizajes en nuestro planeta no se condujeron precisamente con extremada delicadeza. Tal vez los espectadores fueron alcanzados por un haz de rayos incandescentes de una tobera y resultaron quemados, o bien durante el despegue fueron aniquilados por la expulsión de un cohete. ¡El espectador de este grandioso y sobrecogedor acontecimiento carecía de vocabulario técnico! El desconocido y resplandeciente objeto que aterrizaba o despegaba, resoplante y ruidoso, no era ningún pájaro, por cierto. Por consiguiente, describían lo que habían observado mediante conceptos que les eran familiares, como algo «semejante a un dragón» o como «un pájaro grande y resplandeciente» o bien — como parecía tan extraño — como «una serpiente con plumas escupiendo fuego». Estremecidos, narrarían la experiencia padres a hijos, y éstos, a nietos a través de los siglos

y decenas de siglos. Al correr del tiempo, la descripción hecha con este vocabulario improvisado iría mudando más y más sus contornos; ya predominaría el dragón escupiendo fuego, ya la serpiente voladora (¡puesto que era tan inconcebible!) que terminaría finalmente por anidarse en los mitos.

También en las planchas de las cuevas subterráneas del Perú y Ecuador, como asimismo en los tesoros del padre Crespi, pueden verse innumerables serpientes — trepando a las pirámides hacia la cúspide — volando al cielo y dejando estelas de fuego sobre cabezas de dioses. Pero ni aquí ni en ninguna parte se encuentra una sola representación de la serpiente común y corriente, como las que se han visto en todas las épocas: enrolladas en la hierba, colgadas de un árbol, deglutiendo tranquilamente una rata, arrastrándose por el barro entre la manada. En todas partes hay dragones, y sobre todo serpientes, como signos de sucesos cósmicos.

¿Qué opinan los arqueólogos?

La serpiente habría sido símbolo de la inmortalidad. ¿Por qué? Porque nuestros ladinos antepasados habían observado cómo el animal muda de piel saliendo del proceso siempre renovado. ¿No reparaban estos prehistóricos observadores que *a pesar de todo* la serpiente termina por morir?

La serpiente habría sido expresión de adaptabilidad, de agilidad. ¿No habrían sido los pájaros y mariposas mejores modelos que este miserable reptil?

La serpiente habría sido símbolo de fecundidad y por ello habría sido venerada por los pueblos primitivos — ¡que le temían sin excepción! —. Un singular estímulo para la propagación de la especie.

El habitante de la selva habría temido a la serpiente y por esto la habría escogido como divinidad. Leones, osos y jaguares eran, a pesar de todo, mucho más peligrosos. La serpiente sólo ataca cuando tiene hambre, no sólo por el simple placer de matar.

Moisés (1/3) aborda mejor la cuestión: Para él, la serpiente es agorera de calamidad, algo así como en la mitología germánica, Midgard en la antigüedad, desdicha para aquella heredad entre cielo y tierra, serpientes Midgard rondan la hacienda como personificación del peligro y el poder de las tinieblas.
Testimonios de la prehistoria manifiestan:
—• La serpiente (y el dragón) tienen relación con la creación del hombre;
— La serpiente (y el dragón) tienen relación con las estrellas;
— La serpiente puede volar;
— La serpiente tiene un aliento dañino y ardiente.

Hasta el momento falta en la literatura arqueólogo-etnológica una investigación concienzuda que explique la presencia de la serpiente en mitos y leyendas.
Los especialistas pueden llenar estos vacíos. Yo pongo gustoso mi archivo a su disposición.
El padre Crespi ha apilado las planchas y láminas de oro en parte según los distintos motivos, por ejemplo, las que representan pirámides. Pude contemplar más de cuarenta, algunas de ellas se hallan reproducidas en este libro. *Todos* los grabados de pirámides ofrecen cuatro características comunes:
— Sobre las pirámides se encuentra siempre uno, las más de las veces varios soles;
— siempre se observan serpientes volando junto o sobre las pirámides;
— siempre hay animales de distintas clases;
— notable: Alrededor de las pirámides se ven círculos dobles, todos grabados del mismo tamaño y en cantidades variables. Yo pude conta'r entre 9 y 78 círculos.

Estos círculos dobles — un punto bien marcado dentro de un círculo — los encontramos no solamente aquí en Cuenca, tropezamos con ellos en todos los grabados en

cuevas prehistóricas y en todos los relieves. Hasta ahora se han interpretado estos círculos punteados como sím-. bolos del Sol. Tengo mis dudas. El Sol tiene siempre *además* su lugar asegurado; a menudo se ven incluso varios soles. Si se dibujan soles en forma tan inequívoca, es de considerarse qué quieren representar los puntos. ¿Indican el número de astronautas observados? ¿Recuerdan, tal vez, en las proximidades de las pirámides, el número de dioses extranjeros allí sepultados? ¿o significan posiblemente la secuencia de explosiones observadas? Soy de opinión que los círculos punteados significan una simple enumeración. Mi criterio no podría ilustrarse mejor gráficamente que con la pintura encontrada en las cuevas de Kimberley Ranges, Australia (Fig. 12). La aureola del dios simboliza el Sol, pero junto a la figura pue-



FIG. 12. Pintura de un dios hallada en las cuevas de Kimberley Ranges en Australia. ¡Nadie puede seriamente interpretar los 62 anillos como soles!

den verse 62 círculos. ¿Se trata acaso de 62 soles? — Hay muchísimas incógnitas, y cualquier respuesta me parece más sensata que la hipótesis de que los círculos serían símbolos del Sol. Nuestros primitivos corresponsales no nos han hecho las cosas tan fáciles.

¡Y siempre hay animales ahí! Que me perdone el lector una breve disgresión: Al pie de la pirámide, exactamente construida de pulidas piedras labradas, hay dos preciosos pequeños elefantes. Tierno.

Se han desenterrado en Norteamérica y Méjico huesos de elefantes, estimándose que corresponden a ejemplares que vivieron alrededor del año 12.000 A. C. En la época de los incas, sin embargo, cuya cultura tiene sus orígenes alrededor del año 1.200 D. C, ya no hay elefantes; se habían extinguido. Esto está comprobado. Ahora, quien pueda que resuelva el jeroglífico: O bien recibieron los incas un talentoso visitante del Africa que les labró elefantes junto a las pirámides, o bien estas láminas de oro tienen una antigüedad superior a los 14.000 (12.000 + 2.000) años. No queda otra alternativa.

Las pirámides estampadas en las láminas de oro del padre me parece que dan al traste con una interpretación equivocada. Hasta la fecha, se sostuvo que tanto las pirámides sudamericanas como las de América Central de los mayas no tenían ninguna conexión con las egipcias. Las colosales obras habrían sido aquí tumbas, allí, simplemente grandiosas construcciones en cuyas plataformas superiores se habrían erigido templos. Las láminas de oro a que me refiero aquí no presentan ningún achatamiento sobre el que se asiente un templo. Tienen la *misma* forma piramidal que las de Egipto. ¿Quién ha copiado de quién? ¿Quién construyó pirámides primero, los incas o los egipcios? Falsificaciones postumas no pueden haber sido. Los falsificadores habrían debido tener más oro a su disposición que el que hay en las bóvedas de Fort Knox, habrían debido emplear a una legión de

artistas con profundos conocimientos de los pueblos primitivos y sus culturas y, por otra parte, en todo caso, las grandiosas falsificaciones habrían tenido que ser realizadas en los tiempos de los incas.

Encuentro realmente impresionante la forma en que se pretende desconocer el enorme tesoro de incalculable valor arqueológico e histórico que describo aquí por primera vez y que parece no ajustarse a los intereses de nuestra época. ¿Es posible que *todas* las pirámides en *todos* los lugares del mundo hayan tenido los mismos arquitectos?

En las esculturas de Cuenca pueden a menudo observarse signos de escritura. ¿Se trata de escrituras más antiguas que las ya conocidas?

Alrededor del año 2000 A. C, bajo la influencia de las culturas egipcia y babilónica, se había desarrollado en Fenicia la escritura cuneiforme y en Egipto, los jeroglíficos. Alrededor del año 1700 A. C, la población preisraelita de Palestina había desarrollado, en base a los dos sistemas de escritura ya mencionados, una escritura silábica simplificada con alrededor de cien signos. De este último sistema, habría nacido alrededor del año 1500 el alfabeto fenicio (Fig. 13) con 22 signos. ¡Por agregación o cambio de interpretación de estos signos del alfabeto fenicio han derivado todos los alfabetos fonéticos del mundo! Alrededor del año 1000 A. C, los griegos adoptaron el alfabeto fenicio en dos variantes; dejaron a un lado algunos signos de consonantes superfluos, utilizándolos para representar vocales. ¡En esta forma nació la primera escritura fonética del mundo!...

Por generaciones, los hombres de ciencia han afirmado que los inteligentes incas no tenían escritura. Han admirado las obras de los indios, construcciones de vías, instalaciones hidráulicas, su preciso calendario, la cultura Nazca, las construcciones de Cuzco, su bien desarrollada agricultura, un correo oral bien organizado y mucho más. Solamente una cosa le han negado: La escritura.

El Profesor Thomas Barthel, Director del Instituto de Etnología de la Universidad de Tübingen, comunicó al 39. Congreso Internacional Americanista en Lima que le había sido posible reconocer 400 signos de una escritura inca, de los cuales sería capaz de comprender el sentido de 50 y podría leer 24. No se trataba de una escritura alfabética. Investigadores peruanos y alemanes hablaron de «dibujos coloreados y adornos» a los cuales concedían el carácter de escritura.

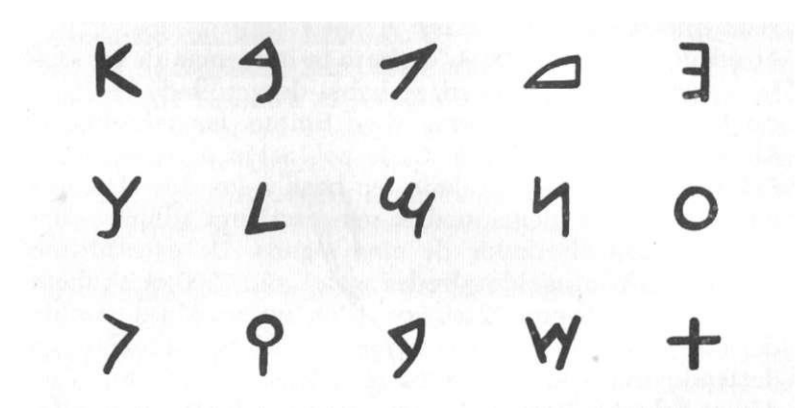


FIG. 13. Del alfabeto fenicio con 22 signos se han derivado todos los alfabetos fonéticos del mundo. Esto es lo que se ha creído hasta la fecha.

Una verdadera bomba explotó en enero de 1972 en el Congreso de Arqueología Andina en Lima. ¡La etnóloga peruana, doctora Victoria De La Jara, probó con documentos reunidos a lo largo de diez años de investigaciones que los incas ciertamente tenían escritura! Los dibujos geométricos (cuadrados, rectángulos, rombos, puntos, guiones, etc.) que encontramos en la cerámica inca, urnas

y decorados no son otra cosa que signos de escritura con contenidos desde los más simples hasta los terriblemente complicados: Narran sucesos de la historia, mitos y demuestran, entre otras cosas, que ya algunos incas se dedicaban al hermoso pero mal remunerado arte de la poesía. Grupos de elementos forman, según colores complementarios, una verdadera gramática. — Cuando la doctora de De La Jara terminó su conferencia, recibió una atronadora salva de aplausos de los científicos allí reunidos.

¿Qué dirán ahora las etnólogos cuando, después de esto, cavilen acerca de los signos escritos en las láminas de metal de Cuenca? Con toda seguridad, no recibiré ninguna salva de aplausos. Digo, a pesar de todo: ¡Las escrituras en las láminas de oro encontradas bajo tierra serán reconocidas como las más antiguas del mundo! y: ¡Sabios mensajeros de los dioses han escrito aquí información técnica y mensajes para el futuro!

¡He visto tres modelos prehistóricos de avión del más moderno diseño!

El primero (Fig. 14) puede verlo expuesto cualquiera que pase por Colombia en el State Bank de Bogotá. El segundo está en poder, naturalmente, del padre Crespi, y el tercero está todavía a 240 m. bajo el suelo en las cuevas de Juan Moricz.

Durante siglos, el modelo exhibido en Bogotá ha sido considerado por los arqueólogos como «ornamento religioso». Los arqueólogos me dan lástima: *rien ne va plus.*

El objeto ha sido examinado por expertos en aerodinámica quienes lo han sometido a prueba en el túnel aerodinámico: Opinan que se trata de un modelo de avión. El doctor Arthur Poyslee del Aeronautical Institute de New York se expresa en estos términos:

«La posibilidad de que el objeto represente un pez o un pájaro es altamente improbable. No solamente este modelo de oro fue encontrado profundamente al interior del país sino que además es imposible imaginarse un

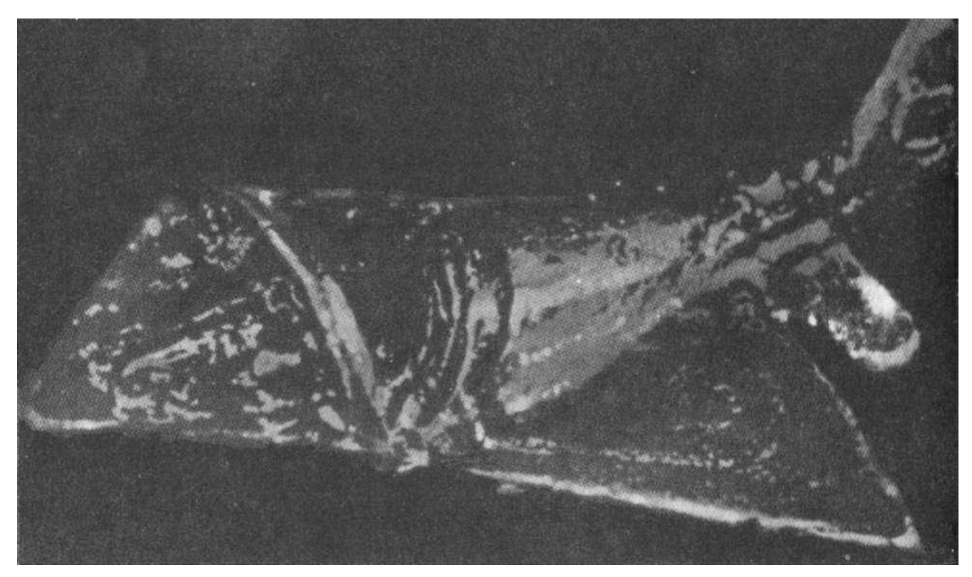
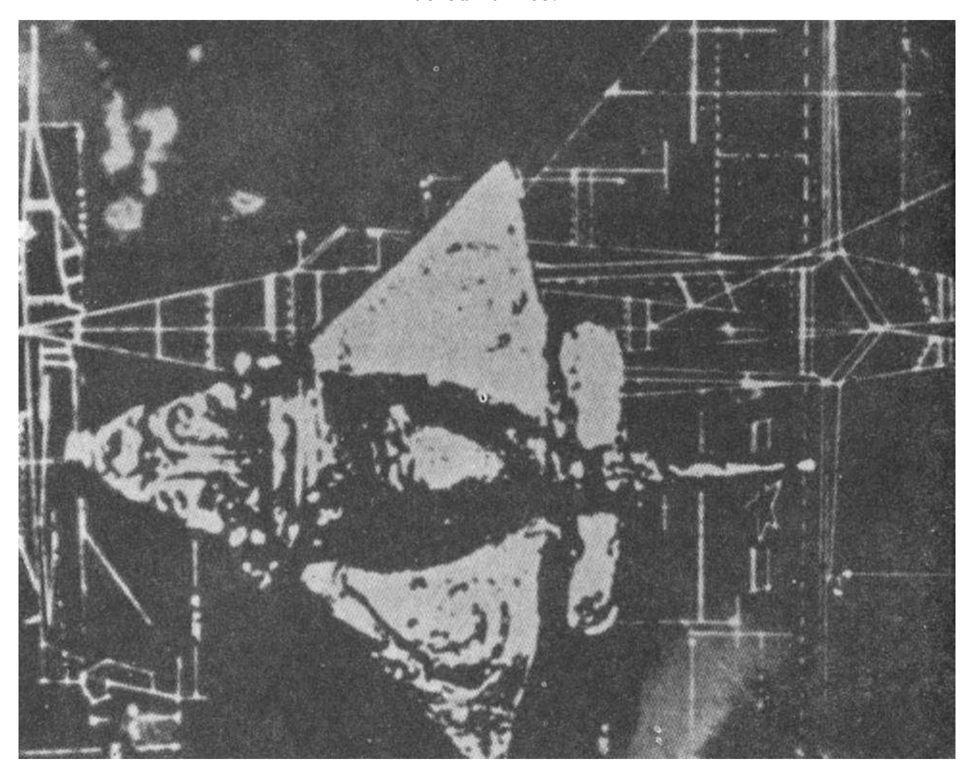
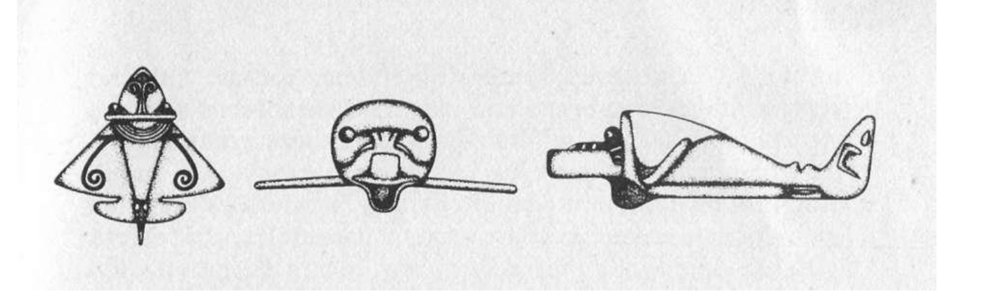


FIG. 14. Este modelo «Concorde» de oro está expuesto en el State Bank, Bogotá. No encaja dentro de ningún culto a peces o pájaros ¡no existía tal culto!

FIG. 15. Estos son los complementos técnicos proyectados por el Aeronautical Institute de Nueva York luego de acuciosas pruebas en el túnel aerodinámico.





pájaro con superficies sustentadoras tan precisas y aletas vueltas verticalmente hacia arriba».

La parte delantera es maciza como el más pesado US-B52. Directamente detrás del tren delantero está la carlinga protegida por una superficie corta-viento. El fuselaje, abultado a causa de los mecanismos de impulsión allí alojados, descansa en aerodinámica simetría sobre dos superficies sustentadoras redondeadas. (El modelo en Bogotá tiene dos planos sustentadores en forma de delta, como el Concorde, y concurren, como las de éste, hasta formar una nariz puntiaguda). Dos aletas estabilizadoras y la cola de dirección completarían el modelo de avión inca (ver Fig. 15).

¿Quién será el espíritu taciturno y falto de imaginación que se ponga a sutilizar con pájaros o peces voladores en presencia de estos aerodinámicos modelos?

El oro fue siempre un metal escaso y por consiguiente costoso: Se lo encontraba en templos y palacios reales. Cuando un objeto se representaba en oro eso quería decir: a) Era muy importante; b) debía ser conservado por tiempo indefinido; c) por consiguiente, se lo reproducía en un material inmune a la oxidación y a la corrosión. — Por lo demás no existió ningún culto al pez o al pájaro ante el cual debieran deponer sus pretensiones nuestros vehículos del espacio.

En la bóveda cronológica de María Auxiliadora, reluce una maciza esfera de oro (Fig. 1C) rodeada de un ancho

limbo. — Para anticiparme a objeciones tontas: Esto no representa un sombrero con alas. Los sombreros siempre tienen una concavidad, aún para las cabezas más vacías. En *Regreso a las estrellas* he fundamentado, sin haber sido aún rebatido, mi opinión de que la esfera es la forma ideal para vehículos y estaciones espaciales: La esfera gira en el espacio; esto genera una fuerza de gravitación artificial para la tripulación de las cabinas situadas en el ecuador de la misma, y esta fuerza es necesaria para el metabolismo de los órganos durante viajes prolongados. La esfera de oro corrobora una vez más mi sospecha que, ya en tiempos primitivos, los vehículos espaciales tenían forma esférica. El extenso limbo no solamente podría ser una rampa portátil para vehículos de enlace, podría también tratarse de una superficie dividida en paneles destinada al almacenamiento de energía solar. Hay aquí vasto margen para la fantasía.

¡En todo caso quisiera *saber* cómo llegó el molde (Fig. 16) de esta esfera en Cuenca a la lejana Turquía, a 12.000 Km. de distancia! El descubrimiento hecho allá está esculpido en piedra y se encuentra en el Museo Turco de Estambul. Es el negativo de la esfera de oro del Padre Crespi: La misma esfera, la misma corona dentada dibujada sobre el limbo. Bajo el molde de piedra en el primer piso del museo se lee: «No clasificable». — En tanto la Ciencia permanezca encerrada en la torre de marfil de los prejuk cios y rehuse aceptar la posibilidad de vehículos voladores en la prehistoria capaces de transportar mares y continentes, se encontrará siempre impotente ante enigmas como éste.

No pretendo insinuar que los científicos carecen de fantasía sino simplemente que quieren ajustar los resultados a un clisé.



FIG. 16. Molde, negativo de piedra de la esfera de oro de Cuenca. ¡Está expuesta en el Museo Turco de Estambul! _>

En Cuenca fotografié una escultura de metal de 52 cm. de altura que representa un ser de proporciones humanas normales (Fig. 6C). Lo fuera de lo normal es que tanto las manos como los pies presentan solamente cuatro dedos. En la antigua India, entre los maori, entre los etruscos y otros pueblos, encontramos representaciones de dioses que no muestran todos sus miembros.

Leí en una publicación científica seria cuan sencilla es la solución del enigma: Dedos de pies y manos deben haber sido una especie de máquina de calcular. Si se hubiese querido representar el número «19», por ejemplo, habrían tenido que dejar de dibujar un dedo de la mano o del pie. ¡De acuerdo a esta fantasía «científica», resultaba lógico representar el número «16» con seres de cuatro dedos en manos y pies! Este torpe sistema de numeración no me parece digno de un pueblo capaz de construir vías, fortalezas y ciudades. ¿Por qué los inteligentes incas han debido dibujar un hombre completo, con manos y pies, con el simple objeto de representar el número «4»? La Ciencia, tan terriblemente seria, se enreda en la malla de su propia fantasía: Siempre ha reconocido que los incas podían *contar,* pero no les concede que fueran capaces de representar un «4» con cuatro palotes o cuatro puntos. Para ello debían amputar dedos.

Por lo que respecta a la escultura de Cuenca, con manos y pies de cuatro dedos, aquí las muy humanas cuentas no tienen nada que hacer. Se trata, en efecto, — opinión del padre Crespi — de una representación de la «Divinidad de las Estrellas». A la derecha muestra el buen dios Sol un grupo de animales: Caballitos de mar, papagallo y serpiente. A la izquierda, una vara con su insignia — un sol sonriente — en su extremo superior y una cabeza de serpiente en su parte inferior. Del regocijado rostro salen puntas de estrella, análogas a las que presentan sus dos colegas de la selva australiana, los «seres creadores» (Figura 17). En todo caso, estos últimos ya visten monos con anchos ceñidores en torno al tronco.

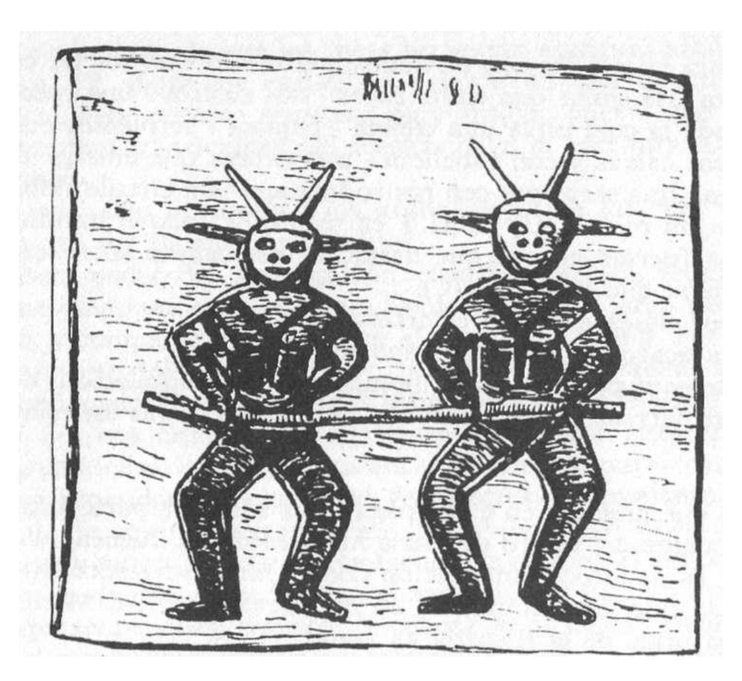


FIG. 17. Estas ufanas figuras míticas, primitivos habitantes de Australia, y conocidos como los «dos seres creadores» llevan las mismas puntas que la «divinidad de las estrellas», actualmente catalogada como máquina de calcular.

Algún día, probablemente después del descifre de la biblioteca metálica, quedará en claro que, en el caso de los seres con miembros anormales, se trata de representaciones plásticas basadas en descripciones de visitantes del espacio que eran «diferentes».

Una obra maestra de los incas, comparable a la de un Dürer, Degas o Picasso, la constituye una plancha de metal de 98 X 48 X 3 cm. Mientras más se la mira más cosas se descubren. A continuación describo lo que encuentro: Una estrella - un ser con el vientre abultado y con cola de serpiente - un animal semejante a una rata - un hombre con camisa blindada al cual se ve acoplado un casco - una

figura triangular con el vientre perforado - un ser de cabeza triangular que emite rayos - dos rostros - una rueda desde la cual espía una cabeza - pájaros - serpientes - cabezas calvas y con cabellera - una cabeza que emerge de otra - una serpiente con rostro humano - un círculo doble con un rostro. ¡Un caos! Y en medio de todo el barullo: Dos fuertes goznes que destacan una cabeza sobre una *bomba* que cae (Fig. 7C).
¿Qué desea expresar el artista?
¿Es acaso su obra un Pandemonio?
¿He aquí perpetuado el momento de la aniquilación, del caos terrestre desencadenado por el dios de las estrellas?

Lo que muestro en estas páginas es sólo una parte insignificante del tesoro de María Auxiliadora de Cuenca, pero no es nada en comparación con el inmenso tesoro intocado que hay acumulado en las cuevas de Juan Moricz, una orgía de la Historia en metal.
¿Cuál era la intención detrás de las obras de metal de los incas?
¿Se trata sólo de costosos juegos primitivos?
¿Son en verdad todos mensajes provenientes de épocas remotísimas que hay que descifrar?
El Profesor Miloslav Stingl es el más destacado americanista de los países del bloque oriental. Presentó una tesis sobre las antiguas culturas americanas. Actualmente es miembro de la Academia de Ciencias de Praga, autor de obras sobre arqueología y etnología. Su obra «In versunkenen Mayastaedten» goza de merecido renombre. - El Profesor Stingl, que fue huésped en mi casa, vio las fotografías que tomé en Cuenca.
«¡Si estas representaciones son auténticas, y todo lo hace suponer, puesto que no se hacen falsificaciones de oro, ni mucho menos en tales cantidades, se trata aquí de la mayor sensación arqueológica desde el descubrimiento de Troya! Yo mismo he sostenido durante años la opinión

prevaleciente de que los incas no tenían escritura alfabética. ¡Y ahora me encuentro delante de una escritura inca! Debe ser una escritura muy antigua puesto que se observan transiciones del ideograma a la escritura alfabética».
¿Qué juicio le merecen los grabados, cómo los clasifica dentro del sistema reconocido?
«Para poder dar una opinión científica precisa, tendría que examinar cada lámina a fondo y durante largo tiempo, y comparar cada una con el material a mano. Por el momento sólo puedo decir: ¡Estoy profundamente impresionado! En los grabados incas conocidos hasta ahora, el Sol era ciertamente con frecuencia parte integrante de un escenario, pero nunca era el hombre mismo — como veo repetidamente en estas fotografías — semejante al Sol. He aquí representaciones de hombres con rayos solares y puntas de estrella en torno a la cabeza. El símbolo de la «fuerza sagrada» fue siempre la cabeza. En estas representaciones, empero, la cabeza es al mismo tiempo Sol o estrella! Esto sugiere relaciones nuevas y directas.»
«¿Qué interpretación daría usted a la «bomba» sobre la lámina de oro?»
El ilustre sabio tomó una lupa y observó en silencio la fotografía por largo tiempo. Casi enojado exclamó:
«¡Es imposible una interpretación, todo esto es completamente nuevo!
Desde el punto de vista totémico diría que los seres resplandecientes, con las estrellas arriba y las serpientes abajo, quieren significar una unión del cielo con la tierra. Y esto significa que los seres de las estrellas y soles han estado en relación con los habitantes de la Tierra.»
«¿Y qué más?»
«¡Ninguna interpretación! Se conoce solamente la Rueda del Sol, pero aquí no está claro si se trata de una Rueda del Sol dado que en medio de ella se ve un rostro, y esto es contradictorio, muy contradictorio. En todo caso, todas las figuras, pájaros, serpientes, seres con casco y

todo lo demás parece provenir del mundo de los sueños, de la mitología...»

«¡Una mitología con fundamentos cada día más accesibles y realistas!»

«Debo decirlo» rió el Profesor «Usted tiene argumentos en su juego de mosaico que desconciertan incluso a un viejo zorro como yo, y lo dejan pensativo».

¿Quién explorará las cuevas y tesoros bajo el Ecuador? ¿Quién expondrá a la luz de la Ciencia los sensacionales descubrimientos arqueológicos? No se vislumbra un hombre de la riqueza de, digamos, Heinrich Schliemann, que descubrió Troya y Micenas. Cuando Moricz descubrió el sistema de túneles era pobre como una rata. De entonces acá ha descubierto algunos yacimientos de hierro y plata cuya licencia de explotación ha cedido a talleres metalúrgicos. Gracias a ello ha conseguido una situación económica de relativo desahogo que, dentro de un marco de vida de gran sobriedad, le ha permitido dedicarse exclusivamente a sus exploraciones. Pero Juan Moricz no es lo suficientemente rico como para poder proseguir las investigaciones con la debida amplitud y rapidez y contratar el personal auxiliar especializado. El sabe que *inmediatamente* podría contar con la ayuda de especuladores y aventureros, como en el Oeste americano: le bastaría con mostrarles sólo *partes* de los seductores tesoros de las cuevas. Pero no desea esta clase de. colaboración; degeneraría en saqueo y no sería de utilidad para la humanidad. Esta es la razón del porqué es difícil organizar una expedición desinteresada con una finalidad puramente científica. Ya en 1968 tuvo Moricz algunos invitados; hizo acompañar al grupo por algunos hombres armados. Mientras más se adelantaban en el laberinto, relatan Moricz y Peña, crecía la desconfianza y el nerviosismo, hasta que al final el grupo empezó a sentir miedo a los guardias quienes estaban siendo presa de la fiebre de oro. Debieron regresar.

¿Por qué el Ecuador no hace nada para organizar una expedición científica que atraería fama al país?

El Ecuador, con sus cinco millones de habitantes, es uno de los países más pobres de Sudamérica. Las plantaciones de cacao, bananas, tabaco, arroz y azúcar de caña no proporcionan divisas suficientes para la compra de aparatos modernos. La agricultura indígena de las tierras altas produce patatas y trigo e incluye la crianza de ovejas y llamas. El caucho natural que antes se cultivaba en la selva oriental ya no tiene mercado.

Probablemente la explotación de recursos minerales (oro, plata, cobre, plomo, manganeso) fomentada por el Estado, proporcione mayores entradas en los próximos años. Posiblemente también el petróleo descubierto frente a la costa signifique una contribución. Sin embargo, cualquier eventual aumento de ingresos será empleado principalmente para aliviar la miseria de las masas. Aún no hay sensibilidad para tareas de otra índole.

Juan Moricz estima que sólo una inspección del sistema de túneles, sin entrar a investigar detalles, costaría más de un millón de francos suizos (unos veinte millones de pesetas): Instalación de una estación eléctrica, construcción de almacenes para aparatos, instrumentos y aprovisionamiento, medidas de seguridad, incluso algunas obras subterráneas.

Con verdadero conocimiento de estos tesoros ocultos de la Historia, renuevo el llamado que hice en 1968 en «Recuerdos del futuro»:

«¡Ha pasado un año de ilusión! Durante este año, tanto arqueólogos como físicos, químicos, geólogos, metalurgistas y especialistas en todas las ramas de estas ciencias debieran haber estado dedicados a la resolución de una sola cuestión: «¿Recibieron nuestros antepasados visitantes del espacio?»

Para que ninguna persona ni institución pueda alegar que no se puede salir a la busca de cuevas misteriosas desconocidas, presento a continuación un facsímil de la

tarjeta del abogado Peña, quien está encargado de poner en contacto con Juan Moricz a cualquier investigador serio (Fig. 18).

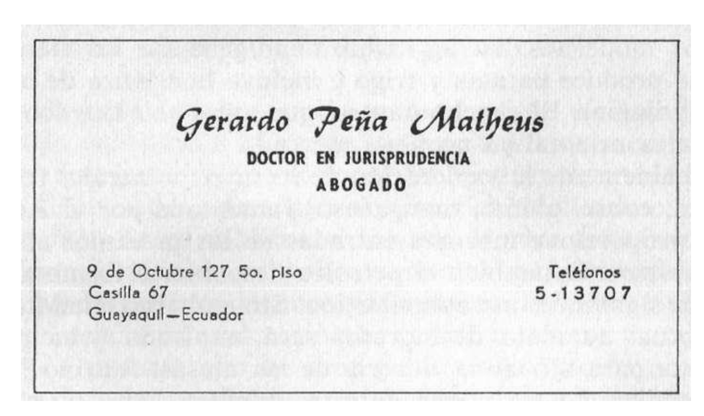


FIG. 18. El abogado Peña está encargado de poner en contacto con Juan Moricz a cualquier investigador serio interesado en los nuevos descubrimientos. ¡Los túneles del Ecuador deben ser explorados!

Para todos aquellos que *me* escriben y *me* piden que *yo* organice una expedición a las cuevas y que *yo* informe de más detalles acerca de las instalaciones subterráneas, debo aclarar: yo no fui miembro de la «Expedición Moricz 1969», ni me hallé junto a entrada principal alguna de las instalaciones subterráneas. Moricz me llevó únicamente a una entrada secundaria, y en total sólo estuve 6 horas en el interior de los túneles. Este breve espacio de tiempo nunca fue suficiente para efectuar un estudio detallado de los objetos. Tampoco bastan seis horas para comprobar si el sistema de túneles se extiende «a lo largo de miles de kilómetros». Tomo estas indicaciones de Juan Moricz. Él mismo y su abogado afirman que los objetos metálicos son de oro.

Por consiguiente, no es a mí sino a él a quien deben consultársele detalles más concretos. Una expedición propia tampoco puede montarse, ya que Juan Moricz reclama para sí, desde el acta notarial, los derechos sobre los tesoros albergados en- los túneles.
Desde diversas fuentes se me ha informado igualmente que Moricz no es el descubridor original de estos tesoros. Es posible. Pero como yo no he pedido para mí los derechos de descubrimiento ni éstos me corresponden en modo alguno, ya dirimirán los descubridores sus derechos entre ellos.
No muy lejos, en los Andes del Perú, el capitán español Francisco Pizarro (1478-1541) descubrió sobre la montaña inca de Huascarán, a 6.768 metros sobre el nivel del mar, las entradas a unas cuevas cerradas con losas de roca. Los españoles pensaron que se trataba de depósitos de provisiones.
Recién en 1971, unos exploradores se acordaron de estas grutas incas. La revista «Bild der Wissenschaft» informó sobre la expedición equipada con toda clase de medios técnicos (tornos de cable, cable eléctrico, reflectores, balones de oxígeno, etc.) que partió de la localidad peruana de Otuzco. - A 62 metros bajo tierra hicieron los científicos un extraordinario descubrimiento: Al final de las cuevas de varios pisos, se encontraron súbitamente ante compuertas hechas con gigantescas losas de roca: ocho metros de alto por cinco de ancho y dos y medio metros de espesor. A pesar del enorme peso, pudieron, entre cuatro hombres, hacer girar las compuertas: Descansan sobre un sistema de rodamientos con bolas de piedra.
«Bild der Wissenschaft» informa:

«Detrás de las "seis puertas" parten grandes túneles que harían palidecer de envidia a nuestros modernos ingenieros civiles. Estos túneles conducen, con un declive de un 14 % en algunos trechos, hacia la costa en trayectoria oblicua. El suelo está cubierto

con baldosas graneadas y acanaladuras transversales que impiden el patinazo. ¡Si hoy día es una aventura internarse por esta vía de transporte de 90 a 105 km. para llegar finalmente a un nivel de 25 metros bajo el nivel del mar, cuáles no serían las dificultades entonces, en el siglo XIV o XV, para transportar mercaderías a fin de ponerlas fuera del alcance de Pizarro y los vizcondes españoles! Al final de las vías subterráneas de "Guanape", así llamadas por la isla que hay aquí frente a la costa peruana — ya que se supone que en otra época los túneles conducían a dicha isla por debajo del mar —, asoma el océano. Después de muchas subidas y bajadas en la más completa oscuridad, empieza a escucharse un rumor y el oleaje con un singular timbre de oquedad. A la luz de los reflectores, termina la última pendiente al borde de una corriente oscura que resulta ser agua de mar. Aquí empieza la actual costa. ¿Era antes otra cosa?»

Los científicos consideran que no tiene sentido hacer exploraciones en la isla Guanape pues allí no hay ningún indicio de la existencia de algún túnel procedente del continente. «Nadie sabe dónde terminan estas vías subterráneas de los incas y sus antepasados, o si acaso llevan a tesoros escondidos de civilizaciones ya desaparecidas.»
Ya Francisco Pizarro y su codiciosa escolta habían husmeado la existencia de tesoros escondidos secretos de los incas. En 1532, el hidalgo capitán prometió al soberano de los incas, Atahualpa, vida y libertad a condición que hiciese llenar con oro las dos terceras partes de una sala (7 x 5 x 3 m.). Atahualpa confió en la palabra del enviado de Su Majestad Juana la Loca (1479-1555). Día tras día cargaron los indios el precioso metal hasta llegar al nivel convenido. Entonces Pizarro rompió la promesa e hizo ejecutar a Atahualpa (1533).
El mismo año, el Capitán General elevó a la dignidad de

rey títere al inca Manco Capac (también él fue asesinado por los conquistadores en 1544). Con este Manco Capac concluyó la dinastía inca que había nacido a la Historia con su legendario fundador del mismo nombre. Entre el primero y el último Manco Capac, habrían regido el Reino Inca, como establecen los historiadores, 13 «Hijos del Sol». Si, siguiendo a los historiadores, fijamos el comienzo del Imperio Inca alrededor- del año 1200 D.C. y su fin, en 1544, fecha de la muerte del último «Rey Sol», entonces resulta que este poderoso imperio que abarcó desde Chile hasta el Ecuador, desde Valparaíso hasta Quito a lo largo de la cordillera andina, habría tenido que ser construido en el breve lapso de 350 años. Durante este período, tendría que haber experimentado el primer imperio precolombino de Sudamérica una transformación radical. Los países sometidos no fueron administrados como zonas de ocupación sino que fueron integrados bajo una misma constitución política común. Por intermedio de funcionarios debidamente adiestrados, se promovió el progreso de la agricultura y se estructuró una excelente organización económica común a pueblos heterogéneos. ¿Durante este espacio de tiempo, construyeron además los incas una red de 4.000 Km. de buenas vías con paradores? ¿Levantaron asimismo ciudades como Cuzco, Tiahuanaco, Macchu-Piccau, las ciclópeas fortalezas Oliantaytambo y Sacsayhuaman? ¿Instalaron en estos lugares tuberías para la conducción del agua y explotaron yacimientos de plata, zinc y cobre produciendo aleaciones de bronce? ¿Desarrollaron al mismo tiempo «con la mano izquierda» una excelente orfebrería, tejieron finas telas y crearon una refinada alfarería? Y no hablemos nada de la elevada cultura que informó éstas y otras manifestaciones de dicho pueblo durante estos escasos 350 años. Cada indio de esta época debió haber sido un genio en alto grado y un ser dotado de fabulosa energía.
¡Pero si además de todo esto fueron capaces de batir, despedazar, perforar y cincelar las rocas para construir los

túneles que hay bajo el suelo de Ecuador y Perú, entonces este imperio fue la más descomunal potencia mundial desde el punto de vista técnico, cultural y artístico de todas las épocas!
No, reconstruir así la Historia es pegar los ladrillos con engrudo; cualquier consideración es suficiente para echar abajo el edificio.

Sostengo:
El sistema de túneles existía ya miles de años antes de la formación del Reino Inca (¿cómo y con qué medios habrían podido construir cientos de kilómetros de túneles a gran profundidad bajo tierra? ¡Nuestros ingenieros, con todos los adelantos de la técnica moderna, llevan más de 50 años estudiando el proyecto de una autopista bajo el Canal de la Mancha, y aún no está en claro cómo deberá ejecutarse esta obra que resulta humilde comparada con la que nos ocupa!)

Sostengo:
Las clases dirigentes de los incas conocían el primitivo sistema de túneles (después del asesinato de Atahualpa, el último Manco Capac ordenó recoger los tesoros diseminados en todos los templos del Sol del reino a fin de ponerlos a salvo en las cuevas *disponibles* y por él *conocidas).*

Sostengo:
Los tesoros en las cuevas subterráneas de Perú y Ecuador proceden de una época muy anterior a la formación del Reino Inca y su cultura. — Alrededor de 1570, el cronista español, padre Cristóbal de Molina, se preocupó de investigar los motivos que habían inducido a los incas a construir cuevas. En su libro «Ritos y fábulas de los incas», publicado en 1572, nos explica el padre Molina que, una vez concluida la creación, el primer padre de la humanidad se habría retirado a una cueva. Este refugio

secreto habría sido la cuna de muchos pueblos que más tarde habrían surgido procedentes de la «noche interminable». Al mismo tiempo, manifiesta el Padre, las cuevas habrían sido, a través de las generaciones, verdaderas bóvedas de seguridad donde se ponían a salvo las riquezas de los pueblos cada vez que éstos eran víctimas de una calamidad. La existencia de estas cuevas sólo habría sido conocida por una élite que estaba obligada a guardar el secreto bajo pena de muerte. (¡Cuan virulenta es esta drástica ley inmemorial, he podido observarlo durante mi viaje por Ecuador en 1972!)
Testigo principal de la antigüedad de los tesoros es el padre Crespi de Cuenca, quien me dijo:
«¡Lo que los indios me traen de los túneles es todo de épocas anteriores a Cristo! La mayor parte de los símbolos y representaciones prehistóricas son anteriores al diluvio.»
Hay tres clases de tesoros en las cuevas y recintos subterráneos de Ecuador y Perú:

1. La insondable herencia de los constructores de los túneles;
2. Las esculturas de piedra de los primeros hombres inteligentes, que presumiblemente eran discípulos de los constructores de los túneles;
3. Los tesoros de oro y plata de los incas puestos a salvo de los conquistadores después de 1532.

La incógnita de las incógnitas, sin embargo, es:
¿Con qué fin fueron construidas las cuevas?

La lucha de los dioses



Guerras en el Universo - Textos alusivos a batallas entre dioses - Los vencidos escapan en una nave espacial - Destino: Nuestro celeste planeta - ¿En cuántos astros hay vida inteligente? - ¿Dónde nació la vida? - La opinión de Lord Kelvin - ¿Los demás seres inteligentes son semejantes al homo sapiens? - ¿Los cosmonautas del espacio estaban más adelantados que nosotros desde el punto de vista técnico? - Planificación de los túneles - Sólo hay un mito de la creación - Los hombres de ciencia americanos cuentan con civilizaciones extraterrestres - Acerca de la «religión sustitutiva».

De esto hace ya casi 30 años, en el segundo curso de la escuela primaria en Schaffhausen. Allí oímos por primera vez de boca de nuestro profesor de Religión que en el Cielo tuvo lugar una batalla: Un día se habría presentado el arcángel Lucifer delante de Dios y le habría declarado: «¡No seguiremos sirviéndote!». Al oír esto, Dios habría ordenado al poderoso arcángel Gabriel expulsar del Cielo a Lucifer y su hueste de rebeldes.

Ahora sé que en el Antiguo Testamento no aparece Lucifer en ninguna parte. Naturalmente, era imposible puesto que la legendaria figura de Moisés, a la cual están subordinados los autores del Antiguo Testamento, debe

haber aparecido alrededor del año 1225 A.C., y el nombre Lucifer proviene del latín, idioma que no aparece antes del año 240 A.C. Lux fare (Lucifer) significa el que trae la luz, el que porta la luz. Resulta divertido que en el catecismo católico se presente al infame Lucifer como portador de la luz.
Pero el Antiguo Testamento ciertamente habla de una batalla en el Cielo.
Del profeta judío Isaías (740-701 A.C.) leemos descripciones y profecías en las capítulos I al XXXV. En el capítulo XIV, vers. 12 está escrito:

> *¡Cómo has caído del Cielo, tú, resplandeciente estrella de la mañana! ¡Cómo has sido arrojado al suelo, tú, vencedor de los pueblos! Te habías propuesto: «Subiré al Cielo y estableceré mi trono por encima de la estrella de Dios, y reinaré en la Montaña de los Dioses...»*

Pero también en el Apocalipsis de San Juan leemos en las revelaciones del Nuevo Testamento, en el capítulo XII, versículo 7, referencias inequívocas a batallas en el Cielo:

> *Y estalló la guerra en el Cielo, y Miguel y sus ángeles hicieron la guerra al Dragón. Y el Dragón hizo la guerra con sus ángeles; y no pudieron resistir, y ya no pudieron hallar lugar para ellos en el Cielo.*

Hay muchos testimonios primitivos que nos hablan de guerras y luchas en el cielo. — Durante miles de años, se guardó en criptas del Tibet el libro de Dzyan, una doctrina secreta. El texto original (no se sabe si aún existe) fue copiado de generación en generación y completado con nuevos textos y conocimientos de los iniciados. Cientos de traducciones al sánscrito de partes del libro revolotean por todo el mundo, y los entendidos afirman que contiene el desarrollo de la Historia de la Humanidad a través de millones de años.

En la sexta estrofa del libro de Dzyan se lee:

> *En el Cuarto (mundo) se ordena a los hijos hacer sus fieles retratos. Una tercera parte rehusa, las otras dos obedecen. Se pronuncia la maldición... Las Ruedas más antiguas comenzaron a girar. La Hueva materna lo llenó todo.* Se libraron batallas entre creadores y destructores, y batallas en el espacio; *apareció el germen y continuó apareciendo. Saca tus cuentas, Lanoo, si quieres saber la verdadera edad de tu Rueda...*

En el «Libro de los Muertos» de los egipcios, aquella colección de textos relativos a la vida de ultratumba que solían colocar en el sarcófago de los difuntos, Ra, el poderoso Dios Sol, lucha contra *los hijos rebeldes en el espacio,* pues Ra nunca ha salido del Huevo del Mundo durante la contienda.
El poeta romano *Ovidio* (43 A.C.-17 D.C.), conocido por su *Ars amandi,* escribió una colección de epopeyas mitológicas, las *Metamorfosis.* En éstas, nos habla el poeta de *Phaeton* (El Resplandeciente), quien obtuvo una vez de su padre, el Dios Sol, *Helios,* permiso para conducir el *Carro del Sol.* Phaeton no fue capaz de guiar el Carro y se arrojó afuera prendiendo, al caer, fuego a la Tierra.
En la mitología griega juegan un papel importante los doce hijos de *Urano* (personificación del cielo) y de *Gaa* (personificación de la Tierra); eran jóvenes revoltosos estos doce *titanes* que, con sus colosales fuerzas se sublevaron contra toda ley universal, protestaron contra Zeus, el rey de los dioses, y atacaron el Olympo, residencia de las divinidades griegas. *Hesiod* (alrededor del año 700 A.C), poeta conocido por su Teogonia, en que trata de la genealogía de los dioses y la formación del mundo, nos habla del titán *Prometeo,* quien, después de una violenta discusión con Zeus, trajo a los hombres el fuego del cielo. El mismo Zeus, después de cruenta lucha, debió

compartir su poder con sus hermanos *Poseidón* y *Hades*. Su nombre significa dios de la luz. Homero (800 A.C.) lo describe como prepotente, que amontona las nubes, pendenciero que, sin ninguna clase de contemplaciones, elimina con rayos a los que osan interponérsele. El rayo como arma aparece también en las leyendas *maori* de la Oceanía: Hablan de una rebelión que habría estallado en el cielo después que *Tañe* estableció el orden en el mundo de las estrellas. La leyenda incluso cita por su nombre a los rebeldes que no estaban dispuestos a seguir a Tañe. Entonces llegó Tañe montado en un rayo, derrotó a los insurrectos y los precipitó sobre la Tierra, y desde entonces en la Tierra lucha hombre contra hombre, pueblo contra pueblo, animal contra animal, pez contra pez. El dios *Hinuno* de las leyendas de los indios *Puyute* de Norteamérica, no salió mejor librado: Después de haberse peleado con los dioses, fue expulsado del cielo.
La Academia Internacional de Investigación del Sánscrito de Mysore, India, tuvo el coraje de traducir vocablos tradicionales contenidos en un texto en sánscrito de Maharshi Bharadwaja, un vidente de la antigüedad, a términos corrientes de nuestra cultura occidental contemporánea. El resultado fue sorprendente: Las leyendas primitivas se transformaron en perfectos informes técnicos (Zurück zu den Sternen, págs. 224 y sig.).
Aplicando cautelosamente el mismo procedimiento y reemplazando solamente la palabra «cielo» por el concepto moderno «espacio», entonces las leyendas y mitos de batallas entre dioses en el cielo se transforman en un abrir y cerrar de ojos en gigantescas batallas entre dos bandos opuestos en el espacio. En el cielo de las religiones, naturalmente no se libraban guerras; allá sólo había y hay un único Dios bueno y omnisciente.
A pesar de todo, en el Antiguo Testamento no se habla solamente de un Dios; se habla de varios dioses:

> Creemos *hombres a nuestra imagen y semejanza que reinen allá sobre los peces del mar y sobre los pájaros del cielo (I. Moisés 1/26).*

Otra vez se le escapa al monoteísta Moisés este fallo:

> *...vieron los hijos de Dios que las hijas de los hombres eran hermosas... (1/6/1).*

Helene Petrowna Blavatsky (1831-1891), que fundó en 1875 en Londres la Sociedad Teosófica, escribió en su obra seis tomos «La Doctrina Secreta» (1888):

> *Uno de los nombres del judío Jehová, «Sabaoth» o el «Señor de los Ejércitos», pertenece a los sábeos de Caldea y tiene por raíz la palabra «tsab» que significa «carro», «navio» y «ejército». Sabaoth significa, por consiguiente, etimológicamente, «el ejército del navio», la «tripulación» o la «escuadra de navios».*

Sospecho que, tanto en la creación (= descubrimiento) de la Tierra como en la «creación» del hombre, intervinieron muchos dioses. El mito de la creación del Quiché-Maya, el Popol Vuh, relata la creación del hombre:

> *Se dice que aquéllos fueron creados y moldeados. No tenían madre, ni padre, y, sin embargo, se los llamaba hombres. No nacieron de hembra. No fueron hechos ni por creador ni por moldeador, ni por Alom ni Caholom. Fueron formados milagrosamente, por un portento...*

El pueblo maya, cuya celebrada entrada en la Historia data de comienzos de nuestra era, vivía originalmente en forma muy primitiva en la selva y se dedicaba a la caza con las armas más rudimentarias. No era precisamente por su sabiduría que se distinguían, sin embargo, los mitos del Popol Vuh provienen de esta época. ¿Cómo

pueden haber tenido cabida en mentalidades tan primitivas conceptos como: ...no tenían madre ni padre ...no nacieron de hembra ...fueron formados milagrosamente, por un portento...
Resulta todo tan contradictorio y confuso. Esto no resulta conciliable dentro del marco de las ideas hasta ahora aceptadas. Por ello me atrevo a sugerir algunas nuevas hipótesis.

En el supuesto de que realmente se libraron batallas en el universo, entonces (como en todas las contiendas que llegan a las vías de hecho) deben haber habido victoriosos y vencidos. Los vencedores pudieron permanecer sin ser molestados en su planeta; los vencidos, sin embargo, debieron huir: Fueron forzados a enfilar rumbo, con toda rapidez, hacia otro planeta. Un vehículo espacial sólo puede almacenar energía y provisiones para un tiempo limitado. Por consiguiente, el vencedor dispone también de un plazo bien limitado — que él conoce exactamente— para aniquilar definitivamente y de raíz al adversario. La más mínima ventaja de tiempo resulta en provecho de los fugitivos, pues éstos sacarán partido de la dilatación del tiempo en su nave espacial. (Este fenómeno está científicamente probado: En una nave espacial que se desplaza a una velocidad ligeramente inferior a la velocidad de la luz, transcurre el tiempo más lentamente que en el planeta de partida.) El vencedor no desea sobrevivientes: Sólo unos pocos de los vencidos que lleguen a un refugio seguro es suficiente para que allí se multipliquen y lleguen a formar un pueblo que más tarde tomará venganza de su derrota (si sólo unos pocos —y eso lo saben los vencedores — tienen conocimnentos de biología molecular, estarán incluso en condiciones de modificar la vida primitiva de su nuevo planeta). Los perseguidos, a su vez, conocen bien la «mentalidad» de sus perseguidores; comparten sus conocimientos técnicos y su «espíritu». En carrera contra el tiempo, enfilan rumbo al planeta más próximo. ¿Encuentran los fugitivos a 28.000 años-luz del centro de la galaxia un pequeño planeta, el tercero en distancia del Sol, nuestra Tierra?
¿Fue nuestro celeste planeta el asilo de los derrotados en una batalla cósmica?

Si se continúa especulando en base a esta hipótesis, entonces se impondrían algunas premisas irrecusables. La patria de los perseguidos debería ser al menos análoga a nuestra Tierra; el planeta de origen tendría aproximadamente la misma distancia al Sol, más o menos el mismo tamaño y con ello una fuerza gravitacional parecida a la de la Tierra, por último, una atmósfera con oxígeno.
¿Es probable que desde planetas semejantes a la Tierra hayan partido vehículos tripulados en vuelos cósmicos? La probabilidad estadística es grande.
Según el profesor Hans Elsásser, hoy en día muchos hombres de ciencia consideran que la suposición de que somos los únicos seres inteligentes en el universo es una tremenda ilusión.

¿Quién conoce el número de estrellas?
Se cuentan cien millones de estrellas fijas en nuestra galaxia. Suponiendo que sólo una de cada diez estrellas fijas cuente con un sistema planetario a su alrededor, resulta que habrían diez mil millones de sistemas planetarios. Ahora supongamos en este cálculo aproximado que cada una de estas estrellas con sistema planetario tenga solamente un planeta a su alrededor (en realidad, habrían muchas con varios). Así serían diez mil millones de planetas. Ahora supongamos que entre éstos sólo uno de cada diez presente cualidades semejantes a la Tierra; llegaríamos a la cantidad realmente astronómica de mil millones de planetas «parientes» de la Tierra. Una vez más, podemos suponer que tal vez sólo uno entre diez sea de tamaño análogo al de la Tierra y ofrezca condiciones de temperatura que permitan el nacimiento y conservación de la vida. Quedaría todavía la fabulosa cifra

de cien millones de planetas. Separemos todavía en la razón 1 : 10 aquellos planetas que podrían estar rodeados de una atmósfera de gases nobles y ¡nos quedan finalmente diez millones de planetas a los cuales podríamos «exigirles» condiciones para la vida orgánica en nuestra galaxia!

El profesor auxiliar Dr. Hans F. Hebel, Heidelberg, escribe en su ensayo «¿Posible Vida en otros Planetas?»: «Los astrónomos estiman que el número de planetas semejantes a la Tierra y habitables, en nuestra Vía Láctea solamente, es del orden de los cientos de millones.»

Por consiguiente, mi teoría no tiene que inquietarse por falta de espacio para rampas de lanzamiento en planetas similares a la Tierra.

La opinión que hasta hace pocos años presidía nuestra concepción del mundo y según la cual sólo en la Tierra podía darse la vida inteligente ha desaparecido incluso del círculo de los catedráticos más rigurosos. *Tempi passati.*

Y aquí nos topamos con otra incógnita.

Y suponiendo que hayan tantos planetas con seres inteligentes, ¿no podría haberse desarrollado la vida en ellos en formas completamente distintas de la nuestra? ¿No resulta temerario suponer que los seres que libraron la batalla cósmica eran semejantes a los hombres?

Las últimas investigaciones en muchos campos relacionados con el tema confirman que las inteligencias extraterrestres *tienen* que haber sido semejantes a los hombres: Las estructuras atómicas y reacciones químicas son las mismas en todo el cosmos y, según el profesor Heinz Haber:

«Es completamente falso lo que se ha pensado repetidamente en el pasado, que el fenómeno de la vida aguarda pacientemente hasta que la naturaleza inanimada de un planeta haya creado las condiciones bajo las cuales aquélla puede darse. Parece, por el contrario, que la vida, con su notable actividad química, coopera en forma decisiva

a crear su propio medio ambiente y a transformar un planeta de modo de hacerlo apto para albergarla en todos sus matices.»

Lord Kelvin Of Largs (1824-1907) era profesor en Glasgow. Goza de gran renombre como físico. No solamente descubrió el segundo principio de la Termodinámica; además dio una definición científica estricta de la temperatura absoluta (hoy día medida en grados Kelvin). Este sabio estableció asimismo la fórmula standard de la duración de la oscilación en los circuitos eléctricos oscilantes. Descubrió igualmente el llamado «efecto termoeléctrico». Lord Kelvin fue, desde luego, un gran hombre en el campo de las ciencias exactas; todo estudiante lo conoce como uno de los más grandes en su disciplina. Sin embargo, nuestra época nada sabe de la convicción de Kelvin que la «vida» no apareció originalmente en la Tierra, nuestro diminuto planeta, sino en las profundidades del universo en forma de esporas. Kelvin estaba convencido que estos gérmenes vegetales unicelulares — gérmenes asexuados — son de tal modo insensibles a las más bajas temperaturas que llegaron a la Tierra en buenas condiciones junto con meteoritos o polvo meteórico. Estas esporas se habrían desarrollado en la Tierra bajo la acción de la luz, de modo que así se habrían formado los primeros organismos superiores. Soy partidario de tomar el serio al Kelvin *entero,* es decir, también al que ya en su tiempo discrepó de la opinión prevaleciente de que la vida sólo pudo nacer en nuestro planeta. — También en estos campos, que son de la estricta incumbencia de las ciencias naturales, se encuentran siempre barreras que interpone el pensamiento religioso (confesional): puesto que la vida tiene sus límites, tiene que tenerlos en el cosmos. — Mientras los científicos no hayan *demostrado* que la convicción de su tan reverenciado Lord es un error, debe ésta ocupar un lugar de honor entre las hipótesis sobre el origen de la vida en la Tierra. Esto lo ha merecido el ilustre sabio.

Jamás me arriesgaría a poner en discusión una tesis tan audaz y grandiosa, pero debo dejar bien establecido que las especulaciones por las que se me ataca están sustentadas por una buena dosis de lectura de la literatura científica. Tranquilizador para mí, intranquilizador para mis críticos.

Por ejemplo, y esto es importante para mi teoría de una batalla en el universo, encuentro escepticismo cuando sostengo que las representaciones encontradas en las cuevas recuerdan algunas veces objetos e instrumentos propios de nuestros viajes espaciales (trajes, antenas, sistemas de aprovisionamiento) y que podrían sugerir la presencia de visitantes del espacio.

Disparate, me dicen: Si estos objetos, corrientes *en nuestros días,* se hubiesen dado *en tiempos pretéritos,* entonces estos seres del espacio tendrían que haber evolucionado en forma muy diferente de la nuestra. Argumentos precisos, ciertamente, no escucho; pero no puede ser lo que no debe ser. En medio del mar de conjeturas, hay algunos raciocinios lógicos que fundamentan mi tesis de que los seres del espacio tendrían que haber sido iguales, o por lo menos muy parecidos al *homo sapiens.*

El Prof. Roland Puccetti, colaborador en publicaciones especializadas de tanto renombre como «The Philosophical Quarterly» y «Analysis», escribe en su libro «Inteligencias Extraterrestres desde el Punto de Vista Filosófico y Religioso», que ha abordado el referido estudio porque «después de todas las argumentaciones vulgares que han sido expuestas, ha llegado, a mi parecer, la hora de discutir los últimos resultados de la investigación científica sobre estos temas, sin reservas, desde el punto de vista del filósofo y del teólogo». Puccetti es de la opinión que los demás seres inteligentes del universo tienen que ser, en gran medida, semejantes al *homo sapiens,* y comparte esta opinión con un selecto grupo de científicos. Ya en 1964, el conocido biólogo, Dr. Robert Bieri, publicó en «American Scientist» un trabajo titulado «Humanoides y otros Planetas», en que expresa análoga convicción. Igualmente, el bioquímico, Dr. Joseph Kraut, de la Universidad de California, llegó, luego de quince años de investigación sobre las enzimas, a la misma conclusión.

¿Pero cómo demostrar que los seres del espacio han evolucionado en forma análoga al hombre? La demostración tendrá que ser un razonamiento basado en hechos comprobados.

El Prof. Puccetti parte de la base de que condiciones exteriores iguales conducen a la configuración de formas y órganos similares en seres genéticamente diferentes. Tal convergencia se da en todos los planetas semejantes a la Tierra en los cuales se dan las condiciones de vida para los organismos complejos. Por consiguiente, las diferencias en la evolución de los seres vivientes deberían ser insignificantes. Tanto aquí como allá, comenzó la vida con la transformación química de la superficie del planeta «con la formación de la materia orgánica a partir de la materia inanimada sobre la base de carburos en un medio acuoso». Está probado que, tanto herbívoros como carnívoros, se diferenciaron en su medio ambiente oceánico evolucionando hacia especies diferentes «antes de abordar tierra firme»: Se han encontrado fósiles en formaciones pétreas de más de sesenta millones de años, y hasta un esquisto de mil millones de años. El desarrollo de nuevas formas entre especies que primitivamente llevaron vida de anfibios no es accidental: Para su desplazamiento y para poder escapar en tierra firme, necesitaban miembros diferentes a los peces. La naturaleza desarrolló la única forma adecuada de desplazamiento: la marcha, ya que ésta es posible sobre cualquier subsuelo. Si bien los anfibios ya poseían un pequeño cerebro, los animales de tierra necesitaban un aparato pensante más desarrollado para poderse desenvolver en medio de los múltiples peligros a que se veían expuestos. La forma de transporte más adecuada para un cerebro voluminoso es la marcha, la cual resulta asimismo la más indicada desde

el punto de vista de la irrigación sanguínea del mismo. «¿Cuántas patas debían tener los nuevos colonos?», pregunta Puccetti. Una sería demasiado poco pues el animal no podría ponerse de pie nuevamente en caso de perder el equilibrio. Un número impar no sería lo más práctico por razones de estabilidad, pero muchos pares no serían tampoco lo más indicado porque el movimiento resultaría demasiado lento. En realidad, los hallazgos de fósiles son una buena prueba de que la evolución fue continuamente disminuyendo el número de patas a lo largo de millones de años hasta reducirlo finalmente a dos pares. «Dos piernas parecen lo más indicado para el desarrollo de un cerebro grande. Al disponer el animal de cuatro patas, pudo transformar dos de ellas en brazos, lo que le facilitó la vida entre los árboles y le hizo posible el manejo de los primeros instrumentos.» Es evidente que el tránsito de la vida anfibia a la terrestre forzó tal modificación de la «carrocería». Si así sucedió entre nosotros, lo mismo ha debido acontecer en todas partes. Ahora bien, dado que ya no existe ninguna duda de que la vida tuvo su origen en el mar, hasta este punto de nuestra argumentación, no deberían haber disidentes.

No obstante, pronto se hizo patente la necesidad de una nueva puesta al día del «chasis» con el comienzo de la vida activa de las fieras. El hocico pertenecía a la parte anterior del cuerpo, el ano, a la posterior. Ambas zonas se revelaron como particularmente apropiadas para la alimentación y la evacuación respectivamente. — Los órganos sensoriales más importantes y los instrumentos prensiles se encuentran en todas las fieras en la parte anterior, en la región del hocico. No es de sorprender, por consiguiente, que también el cerebro, el principal centro nervioso, se encuentre situado en dicha zona: En esta forma, las órdenes del cerebro a los órganos prensiles se transmiten por las vías más cortas. Con el desarrollo en tierra firme, tiene lugar un proceso de refinamiento del tejido nervioso que, muy gradualmente, va haciendo posible la actividad intelectual. Es sabido que los delfines «poseen un cerebro de considerables dimensiones, si bien viven en el agua. La capacidad para formar conceptos parece, sin embargo, desarrollarse en conexión con la vida en sociedad, con el empleo del habla y la utilización de instrumentos en el sentido estricto de la palabra». Siendo que resulta extraordinariamente difícil el empleo de instrumentos — aún los más simples — bajo el agua, es «improbable que, bajo estas condiciones, pueda haberse desarrollado un cerebro capaz de pensamiento conceptual ya que este proceso supone un medio ambiente social y cierta forma de lenguaje objetivo». El Prof. Puccetti excluye también la posibilidad de seres inteligentes con aspecto de ave ya que un ser volador debe ser liviano y un cerebro voluminoso pesa demasiado y necesita abundante irrigación sanguínea. Menciona esta variante de vida solamente para pasar por el tamiz de la Ciencia algunas especulaciones de la fantasía.

Una ilustración más de lo compulsivo que resultan los dictados de la evolución se da en la semejanza que se observa en la disposición de los ojos en especies totalmente diferentes del mundo animal: Poseen un ojo perfectamente similar a una cámara fotográfica, con cristalino, retina, músculos oculares, córnea transparente, etc. Incluso son idénticos el número y posición de los ojos siempre en la cabeza, en las proximidades del cerebro. Otro tanto sucede con las dos orejas; siempre encuentran su lugar más adecuado en la parte superior del cuerpo. Los sentidos del gusto y olfato se desarrollaron, junto con el hocico y nariz, en las proximidades del sistema nervioso.

El Prof. Puccetti expone la argumentación recogida en estas líneas a fin de rebatir la opinión de algunos biólogos según los cuales la vida inteligente podría haberse desarrollado adoptando una variedad ilimitada de formas diferentes. Es imposible sostener al mismo tiempo la multiplicidad de vías posibles de evolución y la necesidad

de existencia de vida inteligente. Puccetti establece, y ésta es la tesis que siempre he sostenido, que, bajo condiciones externas análogas a las de la Tierra, deben haberse formado seres vivos que, tan pronto abordaron tierra, evolucionaron compulsivamente siguiendo vías análogas a las recorridas en nuestro planeta «y tuvieron las mismas posibilidades de servirse de un lenguaje, emplear instrumentos y vivir en sociedad». Esta vía de evolución le ha sido trazada a la vida inteligente en todo el universo, y los casos similares al nuestro serían tan numerosos que sería perfectamente posible ponerse en contacto con estos seres y comunicarse con ellos. Puccetti dice: «Mi conclusión... es muy simple: *Que los seres inteligentes extraterrestres deben ser muy semejantes al homo sapiens»*.

El anillo se va cerrando: Lord Kelvin opinaba que la vida llegó a la Tierra desde el espacio exterior; Puccetti, basándose en las leyes que presiden la evolución de la vida, concluye que las vías de este desarrollo son en todas partes las mismas. Joseph Kraut está convencido que en planetas similares a la Tierra, la naturaleza debió resolver sus problemas en forma análoga. Albert Einstein opinaba:

«Me pregunto si acaso la naturaleza no repite siempre el el mismo juego.»

Si se puede (o debe) aceptar que existe vida inteligente en millones de otros planetas no se puede descartar la posibilidad de que, si esta vida ha evolucionado durante mayor tiempo que la nuestra, estos seres estén más adelantados que nosotros en todo sentido. ¿No sería ya hora de ir contratando los funerales de Adán como cabeza de la creación?

Naturalmente, no puedo probar mi teoría, pero tampoco nadie tiene argumentos para convencerme de lo contrario; por consiguiente sigo adelante:

Las partes rivales en el cosmos disponían de los mismos conocimientos matemáticos, habían recogido las enseñanzas de una experiencia común y tenían en su haber los mismos conocimientos técnicos. Los vencidos debieron escapar en una nave espacial rumbo a un planeta similar al suyo, desembarcar allí y desarrollar una civilización. Los fugitivos tenían conciencia del peligro que corrían de ser ubicados desde el cosmos y que se los buscaría con el auxilio de todos los medios técnicos a disposición de los vencedores. Así comenzó un juego de escondite del cual dependía la supervivencia: Los astronautas se refugiaron bajo tierra, construyeron túneles a gran profundidad para servir de comunicación entre puntos muy alejados; instalaron bases hondamente enclavadas desde las cuales podían explotar algunos sectores de su nueva patria haciéndolos formar parte integrante del sistema de infraestructura.

Se ha objetado que los constructores de los túneles habrían tenido que traicionarse a causa de la enorme cantidad de material excavado a que habría dado lugar una empresa de esta naturaleza, pero hay que considerar que, disponiendo de una técnica superior como supongo, podrían perfectamente haber empleado un taladro térmico. Después de un año y medio de investigaciones, los científicos del centro de investigación atómica de Los Alamos han desarrollado un instrumento semejante. Este taladro es completamente diferente de los usuales. La broca es de acero al tungsteno y se la calienta mediante un elemento de calefacción de grafito. Este procedimiento no da lugar a material excavado: El taladro térmico funde el material comprimiéndolo contra las paredes en las cuales se enfría. El primer modelo experimental se introdujo a una profundidad de cuatro metros en la roca sin producir casi ningún ruido. En los Alamos está en proyecto la construcción de un taladro térmico en forma de vehículo blindado que roe la tierra como un topo. Este taladro está concebido para atravesar la corteza terrestre de aproximadamente 40 kilómetros de espesor a fin de extraer muestras de magma hirviente.

Las especulaciones no pagan derecho y por ello considero también concebible que nuestros recién llegados astronautas hayan podido emplear haces de electrones en sus construcciones; habrían podido «vaporizar» electrones mediante un cátodo recalentado y acelerarlos luego en un campo eléctrico entre cátodo y ánodo. Habrían enfocado el haz mediante un electrodo de enfoque: Todos los electrones «evaporados» quedarían así formando un haz. Esto no es una fantasía mía. La firma Westinghouse ha desarrollado un generador de haces de electrones en el curso de sus investigaciones sobre procedimientos de soldadura en el espacio. El haz de electrones se adapta a las mil maravillas para demoler la roca, no constituyendo su dureza inconveniente alguno; las tensiones producidas por el calor despedazan los más enormes bloques. ¿Disponían nuestros astronautas de taladro térmico y cañón de electrones? *Todo es posible.* Al toparse el taladro con capas demasiado duras, éstas podrían ser reventadas mediante rayos del cañón de electrones; nuestro taladro térmico blindado proseguirá su camino fundiendo las masas de rocalla. Al enfriarse luego la masa pastosa, se forma una capa vidriada dura como el diamante, quedando los túneles provistos de un excelente revestimiento impermeable. Los apuntalamientos ya no son necesarios en las nuevas cavidades.

Lo que me ha inducido a hacer estas conjeturas han sido los túneles del Ecuador. Juan Moricz dice que estas paredes vidriadas se ven sobre todo en las galerías largas y rectas (Fig. 19) y que los grandes recintos han sido abiertos con explosiones. En las entradas de los túneles (Figura 20) puede apreciarse cómo han sido reventadas capas enteras de rocas; igualmente se ve la puerta de marco rectangular abierta por este mismo procedimiento. Las capas en que está dispuesta la roca así como los elementos de construcción que pueden apreciarse no pueden ser obra de la naturaleza, de irrupciones de agua por ejemplo. Del cuidado en la planificación hablan los pozos

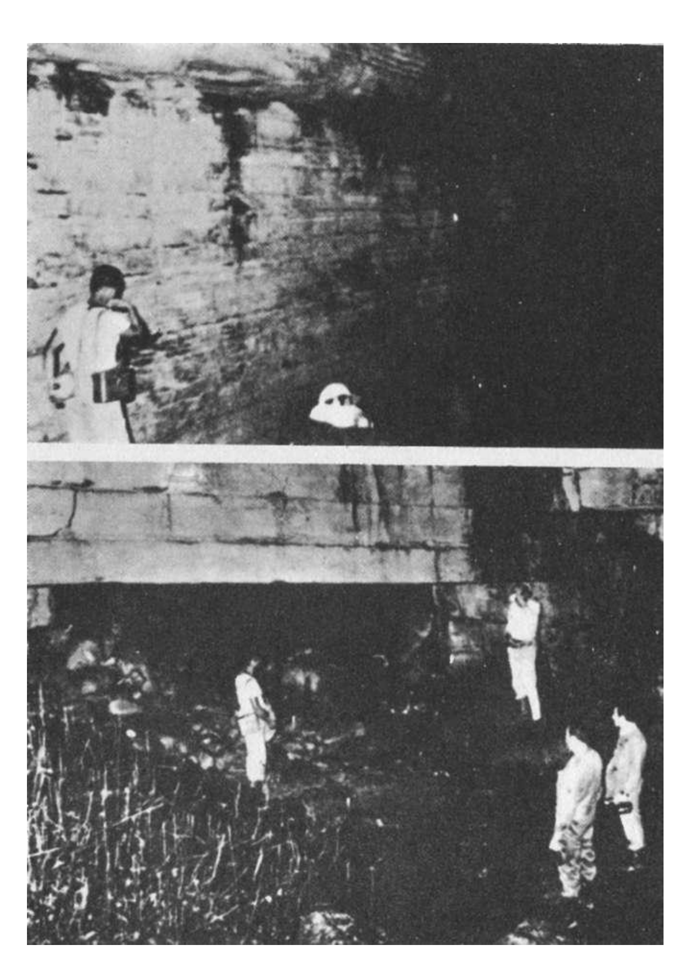


FIG. 19. Juan Moricz dice que sobre todo las largas galerías tienen las paredes vidriadas y que los recintos han sido abiertos por explosiones.

FIG. 20. Una entrada principal a 110 metros bajo la superficie. Puede ciarse cómo han sido voladas las capas de rocas, como asimismo la puerta a escuadra abierta en la roca. Igualmente, los elementos de construcción que se ven a la derecha no pueden ser obra de la naturaleza. Originalmente estaba a un nivel más elevado; en algún momento debió producirse una irrupción de agua que arrastró rocalla.



FIG. 21. Cada 1.100 m. se encuentran estos pozos de ventilación artificiales. Miden entre 1,80 y 3,10 m. de largo por 80 cm. de ancho.

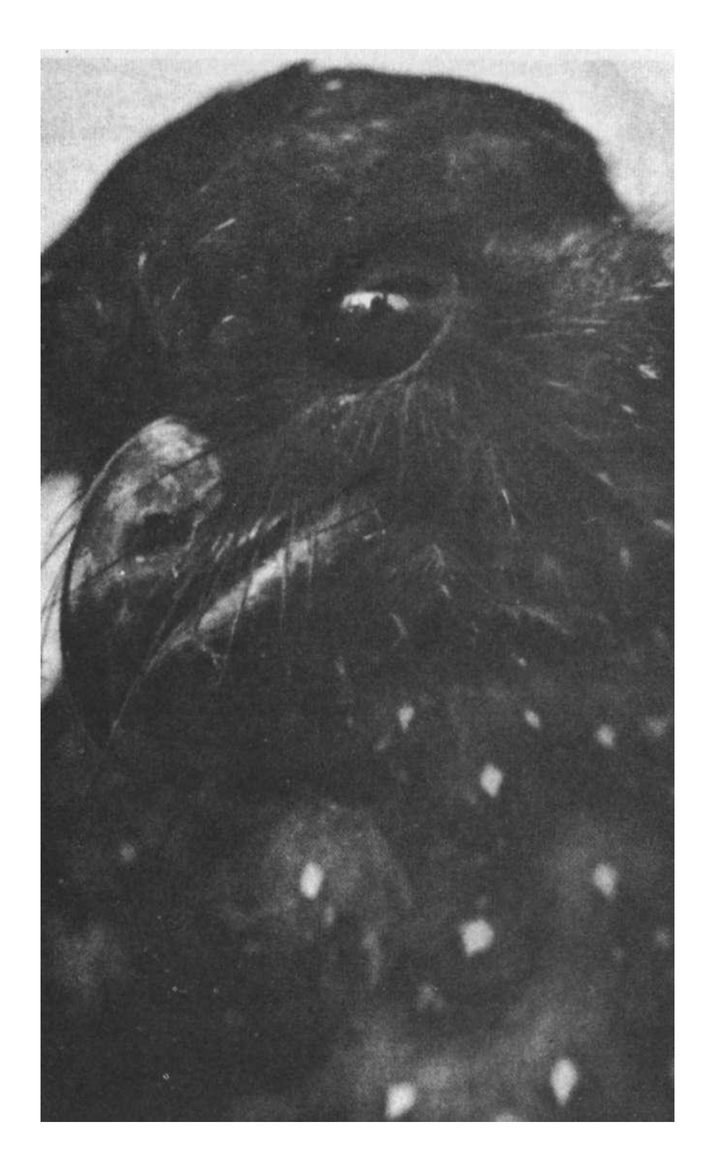


FIG. 22. ¡El número de estos pájaros semejantes a las cornejas qu viven en los túneles es legión! Entran y salen día y noche por lo pozos de ventilación para morir finalmente en el laberinto.

de ventilación practicados con precisión a intervalos regulares (Fig. 21); tienen en promedio entre 1,80 m. y 3,10 m. de largo y 80 cm. de ancho. Por estos conductos de aire puro salen del laberinto bandadas de pájaros semejantes a las cornejas (Fig. 22) y van regresando día tras día para morir finalmente en la mazmorra.

Aquí, en las insondables profundidades, después de muchos años, cuando ya parecía alejado todo el peligro de ser descubiertos, decidieron los dioses crear hombres «según su imagen».

El *Popol Vuh,* la sagrada escritura de los indios quiche, pertenecientes a la gran familia de América Central habla de esta «creación» primitiva en los siguientes términos:

> *Pero el nombre del lugar al que se dirigieron Bálam-Quitze, Bálam-Acáb e Iqui-Balam era: la Gruta de Tula, siete grutas, siete desfiladeros. También Tamud e Ilocab partieron hacia allá. Este era el nombre de la ciudad en que recibieron a sus dioses... Uno tras otro fueron dejando atrás a ¡os dioses y Hacavitz fue el primero... También Mahucutah dejó atrás a su dios. Pero Hacavitz no desapareció en el bosque sino en un monte árido desapareció Hacavitz...*

Y ahora leemos en el *Popol Vuh* aquel pasaje ya citado más atrás, pero que, por su contenido, es oportuno recordar en el presente contexto:

> *Se dice que aquéllos fueron creados y moldeados. No tenían madre ni padre, y, sin embargo, se los llamaba hombres. No nacieron de hembra. No fueron hechos ni por creador ni por artífice, ni por Alom ni Caholom. Fueron formados milagrosamente, por un portento...*

En una tabla escrita con caracteres cuneiformes que fue

hallada en Nippur, ciudad de la antigua Babilonia que fue la sede del dios súmero Enlil alrededor del año 3000 A. C, se lee lo siguiente acerca de la creación del hombre:

> *En aquellos días, en el táller de los dioses, en su morada Duku, fueron formados Lahar y Aschman...*

Alguien podría objetar aquí que este paralelo entre los textos del *Popol Vuh* y la escritura cuneiforme de Nippur es totalmente tirado de los cabellos puesto que ¡entre la América Central de los mayas y la patria de los someros median en todo caso algo así como 13.000 Km. por vía aérea! No se trata de una desesperada búsqueda de analogías entre culturas extrañas entre sí en su contenido y en la ubicación geográfica. Sin ir más lejos, el Antiguo Testamento y el Popol-Vuh también presentan muchas coincidencias, algunas evidentes y otras más disimuladas, y para el lector escéptico vayan algunos ejemplos:

> *Moisés 1/11/1: Pero todo el mundo hablaba la misma lengua, empleaban las mismas palabras...*
> Popol-Vuh: *Ahí veían salir el Sol. Tenían la misma lengua. No adoraban madera ni piedra...*

> *Moisés 11/14/21: Y Moisés extendió su mano sobre el mar, lo retiró el Señor, soplando toda la noche un viento seco y abrasador y lo convirtió en seco: y el agua quedó dividida. Y entraron los hijos de Israel por medio del mar seco: porque el agua estaba como un muro a derecha e izquierda de ellos.*
> Popol-Vuh: *Apenas se dieron cuenta en qué forma habían cruzado al mar. Lo atravesaron como si no hubiese estado allí; caminaron sobre piedras. De la arena surgieron piedras redondas, y caminaron sobre las hileras de piedras. Arena Movediza llamóse el lugar; los que atravesaron el mar dividido le dieron el nombre. Así llegaron a la otra orilla.*

Moisés 1/9/12: Este es el signo de la alianza que concierto entre Mí y vosotros y todos los seres vivientes con vosotros...

Popol-Vuh: *Esto os ayudará cuando acudáis a mí. Este es el signo de la Alianza. Pero, con mucha pena, ahora debo irme...*

Daniel 3/21: Y en el punto fueron atados aquellos varones y echados en el horno de fuego... (25) ... y él replicó: pero veo cuatro hombres sin ligaduras e ilesos paseándose en medio del fuego y el cuarto tiene el aspecto de un ser celestial.

Popol-Vuh: *En seguida entraron al fuego, a una casa de fuego. Adentro era todo llamas, pero no se quemaban. Con piel tersa y rostro hermoso lucían al amanecer. Se les deseaba la muerte en los lugares por que habían pasado. Pero esto no sucedió. La confusión hizo presa de los de Xibalba.*

Cabría preguntarse qué tiene que ver todo este rodeo con una escritura cuneiforme súmera, el Antiguo Testamento y el *Popol Vuh* con mis túneles. Estoy presentando los argumentos en que se apoya mi convicción de que el *homo sapiens* procede de una fuente única, a saber, la de los autores de la creación misma. Sólo mucho después, cuando pueblos y razas se habían esparcido por el globo, se añadieron nuevas experiencias en distintos lugares a la tradición primitiva original. En todas las tradiciones, sin embargo, se conservó el núcleo del acto creador: ¡los dioses crearon al primer hombre a su imagen! La creación del hombre por seres extraterrenos no atenta ni contra la teoría de la formación de la vida ni contra la teoría de la evolución.

Y ahora dos preguntas. La primera: ¿qué acontecimiento desencadenó el proceso de formación del hombre? La otra ¿por qué, entre todos los homínidos sólo el *homo* sapiens llegó a ser inteligente?

Hay muchas respuestas; convincente ninguna. Al fin de cuentas, hace alrededor de un millón de años, todos los homínidos tenían un cerebro de alrededor de 400 cm[5]. Cuando cientos de miles de años más tarde, el clima hizo bajar a los monos de los árboles, lo hizo, ciertamente, con todos y no solamente con aquella especie predestinada a transformarse en *homo sapiens.* Si la capacidad para fabricar instrumentos hubiese sido condición para el desarrollo y la supervivencia, entonces ya no deberían quedar monos en el mundo. «¿Acaso es necesario transformarse en hombre para sobrevivir?» pregunta Oskar Kiss Maerth en su libro «El comienzo fue el fin». Tratando del problema de la formación del hombre, plantea Maerth algunas preguntas muy sugestivas:

¿Si hubo una raza de monos que, a causa del temor a las fieras y a fin de alimentarse con más facilidad se vio inducida a pararse sobre las patas traseras, por qué no lo hicieron lo mismo los demás primates por idénticas razones?

Todos los homínidos fueron y son fundamentalmente vegetarianos... También lo fueron los antepasados del hombre y sólo se hicieron carnívoros durante el proceso de formación del ser humano... Se dice que el alimentarse de carne habría sido signo de inteligencia y hasta un progreso porque resultaba más fácil y era mejor. Lobos y gatos monteses agradecen el cumplido: habían venido haciéndolo desde varios millones de años antes.

¿Por qué, de la noche a la mañana, a nuestro antepasado le resultó más «fácil» alimentarse de carne? ¿Desde cuándo es más fácil matar una gacela o un bisonte que coger el fruto de un árbol?

Durante el último millón de años hubieron alternativamente muchos períodos de sequía y de lluvia... y todos los monos pudieron retirarse a los bosques para hacer su vida habitual. ¿Por qué lo hicieron todos los primates

grandes excepto aquéllos que más tarde habrían de transformarse en hombres?

Sin la más mínima base ha pretendido explicar hasta ahora la teoría de la evolución, el salto maravilloso por el cual el *homo sapiens* se separó de su familia de homínidos. Se habla con toda simpleza del cerebro que de repente se vuelve capaz de creación técnica, de observaciones meteorológicas y de comunicación social. Y el portento tiene lugar de la noche a la mañana. ¿Milagro? No, los milagros no existen.

La pretensión que la inteligencia humana haya tenido sus orígenes hace ya un millón de años atrás y haya llegado a su condición actual a través de un lentísimo proceso de desarrollo en un medio ambiente comunitario tampoco pasa. Todos los mamíferos viven en grupos; rebaños y manadas cazan y se defienden en común. ¿Se han hecho acaso por esto más inteligentes? Hay incluso seres parecidos al hombre que fabrican ciertos instrumentos primitivos y no por ello podemos considerarlos *homo sapiens.* El doctor Leaky del Centro Nacional de Investigación de Prehistoria y Paleontología de Nairobi habla de hallazgos hechos en Fort Terman que han demostrado que el *Kenyapithecus Wickeri* fabricaba instrumentos con filo y que el *homo habilis* utilizaba ciertos utensilios rudimentarios hace ya unos dos millones de años atrás. Según Leaky, Jean Goddall ha efectuado observaciones de la vida de los chimpancés en su medio ambiente natural, habiendo comprobado que nuestros parientes confeccionan con regularidad una buena cantidad de pequeños instrumentos y los utilizan. ¿Ya que estas criaturas llenan algunas de las condiciones que caracterizan al *homo sapiens* habría alguien dispuesto a admitirlas en el círculo de los seres inteligentes?

Animales parecidos al hombre que fabricaron instrumentos y los utilizaron los hubo en todo tiempo, pero seres parecidos al hombre que adoren dioses y les teman, pinten frescos en las cuevas, canten melodías, sientan vergüenza, cultiven la amistad y entierren a sus congéneres, esta clase de seres no se han dado hasta la fecha. Dudo mucho que puedan darse sin mediar una mutación artificial efectuada por seres extraterrestres. Es por ello que pienso en la posibilidad que hayan sido los derrotados en una batalla cósmica quienes, sirviéndose de su conocimiento del código genético, hayan desencadenado el proceso de formación del hombre mediante una mutación artificial.

El 5 de junio de 1972, la Associated Press de Washington publicó un despacho acerca de un informe de 129 páginas de la Comisión de Astronomía de la Academia Americana de Ciencias. Según opinión de los científicos, durante los últimos siete años se han recogido numerosos indicios que hacen aparecer como mucho más probable de lo que era dable pensar años atrás la existencia de otros seres inteligentes en el universo. La Academia recomienda al Gobierno apoyar con subsidios más elevados los esfuerzos encaminados a detectar aquellos lejanos mundos. Sin duda, los actuales telescopios resultan capaces de recibir señales radiales de civilizaciones extraterrestres, pero sería necesario desarrollar nuevos instrumentos capaces de recoger ondas provenientes de astros fuera de nuestro sistema solar. El informe del comité dice textualmente: «En estos momentos, probablemente nos llegan ondas transmitiendo conversaciones de habitantes de remotos planetas. Es posible que pudiésemos registrar estas conversaciones siempre que tengamos un radiotelescopio debidamente orientado y sintonizado a la frecuencia precisa».

Según mi parecer, una teoría merece ser discutida seriamente en tanto tengamos *indicios* en pro de ella. No se

trata aquí de *pruebas.* ¿Qué teoría científica pudo jamás esbozarse apoyándose en *pruebas?*
No se trata tampoco de una «religión sustitutiva» como la llaman despectivamente algunos críticos. Si mi teoría tiene sabor a religión sustitutiva, entonces lógicamente, las más consagradas verdades científicas que en su época no fueron más que simples teorías, habrían tenido que ser igualmente religiones sustitutivas: el hombre corriente no está en situación de llevar a cabo las series de experimentos necesarios para probar una teoría. ¿No se verá obligado a *creer* en teorías científicas aun a riesgo que más adelante las investigaciones demuestren que estaba en un error? Con mis teorías no pretendo otra cosa que hacer sugerencias. Nada más, pero tampoco nada menos. Y así me permito presentar mis ideas sobre el posible origen del gigantesco sistema de túneles recién descubierto en Perú y Ecuador y sobre el posible origen del *homo sapiens.*
La ciencia dirá la última palabra.

Huellas de los dioses en ¡a China



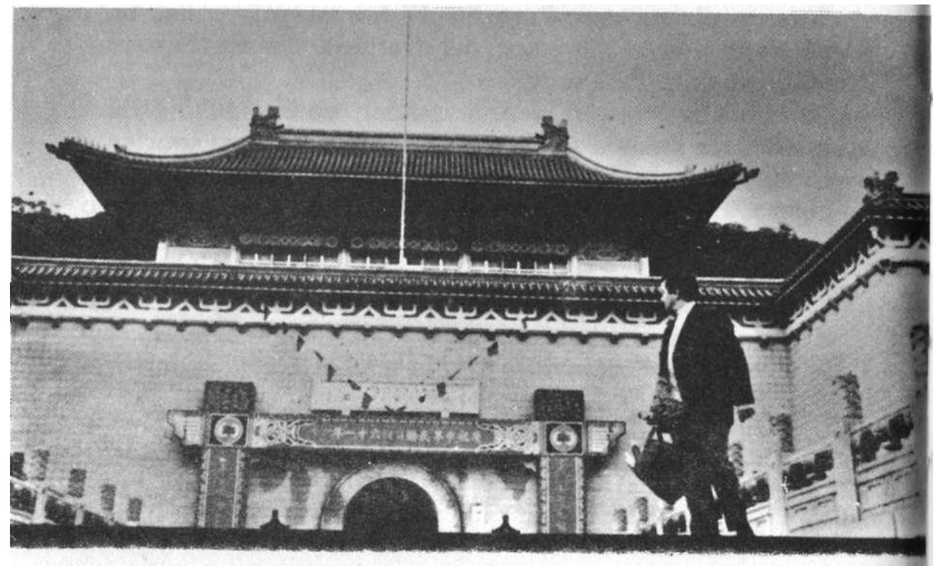
A la búsqueda del informe de Baian Kara Ula - El hombre de Pekin tiene 400.000 años - ¿No hay hallazgos de la prehistoria china? - P'An Ku, el constructor del universo - La alegre diosa Chih-Nu - Ying Yang, las fuerzas duales - ¿Discos de jade según modelo Baian Kara Ula? - El veterano Yuan-Shih - Los cazadores de cabezas de Taiwan y sus esculturas - Hombres-pájaro como en Babilonia - Los túneles del lago Tung-Ting - ¿Disparos en el neolítico?

El Boeing de la Cia. China Airlines había partido de Singapur con una hora de retraso; aterrizó en Taipeh a las 15,30 horas después de una escala de sólo media hora durante el trayecto. Para las 17 horas tenía concertada una cita con el Director del National Palace Museum, señor Chiang Fu-Tsung.
Dejé mis maletas en el Ambassador, en el Nanking East Road, hice señas a un taxi, me senté junto a su sonriente conductor y le dije: — To the National Palace Museum, please. El enjuto y pequeño buda volvió a sonreír, pero a pesar de todo tuve la impresión que no había comprendido.
Traté de indicarle en todas las lenguas que pude el destino de la carrera; mi pequeño buda asintió complaciente, aceleró y se detuvo... ¡frente a la estación de ferroca-

rril! con juvenil agilidad abrió la puerta del coche señalando radiante la entrada de la estación. Chino... ¡si sólo supiese un poquito de chino! Entré en el vestíbulo... ¡y un rayo de luz me iluminó! en el centro del recinto había un gran kiosko con tarjetas postales; cientos de fotos de los lugares de mayor interés de Taipeh y Taiwan para saludos de los turistas. Compré tarjetas de todo tipo para los próximos días. Mi buda asintió muy serio cuando le mostré la maravillosa fachada del museo; subimos nuevamente al coche y recorrimos todo el trayecto de vuelta: el museo estaba casi al lado del hotel (Fig. 23).
Con el señor Chiang Fu-Tsung no habrá ninguna dificultad para hacerse entender; habla el alemán pues estudió en Berlín.

Esto lo sabía por el señor Chi, director del Li-Tai-Peh de Lucerna, el restaurante chino donde mejor he comido en mi vida. El señor Chi ha pasado la mayor parte de su vida como miembro del servicio diplomático de Chiang-Kai-Shek antes de dedicarse a la gastronomía en Suiza. Mi amigo Chi sabe bien que ando obsesionado sobre la pista de los hallazgos de Baian Kara Ula.

FIG. 23. ¡Valiéndome de un tarjeta postal conseguí que mi enjuto buda me condujese al hermoso Palast Museum de Taipeh, donde me esperaba el señor Chiang Fu-Tsung!



Allí, en la frontera chino-tibetana, el arqueólogo chino Chi-Pu-Tei descubrió en 1938 aquellos 716 platos de granito de dos centímetros de espesor. En el centro presentan un agujero desde el cual parte en espiral una escritura a doble surco hasta el borde del plato. Los platillos de Baian Kara Ula son muy semejantes a nuestros actuales discos microsurco. Durante años trabajaron los especialistas tratando de descifrar el misterio de los platos de granito, hasta que en 1962, el Prof. Tsum Um Nui, de la Academia de Prehistoria de Pekin, logró descifrar una parte importante de la escritura acanalada. Los análisis revelaron importantes cantidades de cobalto; los físicos constataron que las piezas tenían un elevado ritmo vibratorio, lo que hace suponer que en algún momento estuvieron expuestos a altas tensiones eléctricas. Los descubrimientos de Baian Kara Ula hicieron sensación cuando el filólogo soviético, doctor Viacheslav Saizev publicó textos descifrados de los platos de granito: hace unos doce mil años, un grupo de seres de procedencia desconocida llegó a parar al tercer planeta, pero su vehículo espacial no tenía energía suficiente para abandonar este mundo extraño. Estos hechos, debidamente documentados, los he expuesto en detalle en *Regreso a las Estrellas.*
Según la noticia publicada en Moscú, el informe de los científicos sobre los platos de granito había sido depositado tanto en la Academia de Pekin como en el Archivo Histórico de Taipeh, y éste fue el motivo de mi viaje a Taiwan.
Gracias a una carta de mi amigo Chi, había conseguido obtener una entrevista con el director del Palace Museum para esta húmeda y fría tarde de enero.
Tenía la ilusión de procurarme una información de primera mano acerca de los discos de granito. El valioso patrimonio con sus sobre 250.000 números de catálogo ha tenido que ser trasladado varias veces durante los últimos sesenta años de Pekin, su lugar de origen: — 1913,

durante la revuelta del Kuomintang — 1918, durante la guerra civil — 1937, cuando Mao-Tse-Tung fundó la República Popular China estableciendo Pekin como capital. Desde 1947 los tesoros artísticos están guardados en Taipeh.
Una fina tarjeta de mi amigo Chi con saludos y recomendaciones a su querido Chiang Fu-Tsung tuvo la virtud de abrir todas las puertas hasta el despacho del jefe. El director me saludó en alemán. Sólo cuando me excusé por el retraso, desechó sonriente mi explicación con una larga frase en chino (Fig. 24).



FIG. 24. Con el director del Palast Museum, señor Chiang Fu-Tsung, sostuve varias conversaciones muy interesantes.

—Usted es amigo de mi amigo, por consiguiente es mi amigo. ¡Bienvenido a China! ¿en qué puedo servirle?
Mientras nos dirigíamos hacia una mesa, dijo algo en voz alta — ¿a quién? —: una orden. Ya antes de sentarnos

apareció un sirviente de librea portando una bandeja con tazas de finísima porcelana y una artística jarra con una infusión de hierbas. El director llenó las tazas.
Fui al grano sin rodeos; le dije que me interesaban los descubrimientos de Baian Kara Ula y que deseaba ver aquí en Taipeh el informe de los científicos sobre los discos de granito. Me cayó como un cubo de agua fría el oír de labios del señor Chiang que el extenso informe no había tenido que vivir la odisea del museo, que debía permanecer guardado en la Academia de Pekin. Advirtió mi tremendo desencanto, pero poco consuelo me trajeron sus ulteriores explicaciones.

—Estoy informado acerca de sus investigaciones. Usted se ocupa de la prehistoria de los pueblos. Aquí sólo puedo hablarle de nuestro antepasado, el *sinantropus,* descubierto en 1927 en el valle de Chou-K'Ou-Tien, a 40 Km. al suroeste de Pekin. Este *sinantropus pekinensis,* el hombre de Pekin, es, según los antropólogos, semejante al *homo heidelbergiensis,* si bien, en todo caso, perteneciente a la raza china. El hombre de Pekin vivió a mediados del período pleitoceno, es decir, hace alrededor de 400.000 años atrás. Después de él no se han hallado más vestigios de la prehistoria.

Los hallazgos posteriores pueden ser situados entre los siglos xxx y **IL** antes de Cristo, declara el director y corresponden a culturas de la Edad de Piedra de la China septentrional, la cultura Yang-Chao en el Huangho: cerámica de cintas. Alrededor del siglo xx A. C, se habría desarrollado la cultura Ma-Chang, la cultura de la cerámica negra, la cultura de piedra y del cobre de Ch'eng-Tse-Ai de Chantung hasta comienzos de la Edad de Bronce con su ornamentación recargada: T'ao-Tie, el cabeza de glotón; Lei-Wen con sus dibujos de rayos quebrados. Entre los siglos xv y xi se habría desarrollado una escritura bastante perfeccionada de más de 2.000 ideogramas en dibujos y símbolos. Los textos descifrados de esta escritura contenían oráculos. Los chinos habrían tenido

soberanos en todas las épocas, «Hijos del Cielo», encargados de vigilar el curso ordenado de los acontecimientos.

—Según mis conocimientos —yo no soy especialista en la prehistoria—, en el Imperio del Centro no Hay nada que pueda dar alas a su fantasía, ni instrumentos primitivos, ni siquiera trazas de pinturas en las cuevas. Hay huesos con inscripciones, pero los más antiguos son posteriores al año 3000 A. C...

—¿Qué dicen las inscripciones en los huesos?

—Hasta ahora no han podido ser descifradas.

—¿Fuera de eso no hay nada más?

—Solamente un jarrón, fue desenterrado en Anyang, cerca de Honan; corresponde aproximadamente al año 2800 A. C.

—¡Discúlpeme, señor director, pero este antiguo pueblo chino tiene que haber dejado testimonios de su prehistoria! ¿no habrán acaso ruinas misteriosas, restos de murallas gigantescas?

—Puede seguirse el rastro de la historia de China sin ningún vacío hasta el emperador Huang Ti, que vivió en el año 2698 A. C. Ya en aquella época —esto está comprobado— se conocía la brújula. ¡Naturalmente, el tiempo no puede haber comenzado a transcurrir a partir de Huang Ti! ¡Lo que había antes, mi querido amigo, está en los astros!

—¿Cómo, en los astros?

¿De modo que a pesar de todo había todavía un bombón para mí en esta conversación? Había uno. El señor Chiang sonrió:

—Bueno, hay leyendas de dragones voladores. El dragón ha sido siempre para los chinos el símbolo de la divinidad, de lo inasequible y de la invencibilidad. P'An Ku (Fig. 25) es, en la leyenda, el creador del universo chino; formó la tierra con bloques de granito que hizo llegar desde el espacio exterior; dividió las aguas y abrió un



FIG. 25. Dibujo chino del dios P'An Ku, legendario hijo del caos y creador del universo chino: él habría construido el mundo con bloques de granito que llegaron volando del espacio.

gigantesco agujero en el firmamento; partió el cielo en dos hemisferios, el oriental y el occidental...

—¿Se trataba, tal vez de un soberano de otro mundo que llegó en una nave espacial?

—No, amigo, la leyenda no habla de ninguna nave espacial; habla de dragones solamente, pero se refiere a P'An

Ku como al dominador del caos en el universo; fue el creador del Yin-Yang, la concepción de las fuerzas duales en la naturaleza. Yang representa la fuerza viril y el cielo, Yin, la hermosura femenina y la Tierra. Todo lo que acontece en el cosmos depende de uno de estos dos polos hondamente arraigados en la cosmología china.
Según la leyenda, cada soberano, «hijo del cielo», habría vivido 18.000 años terrestres, P'An Ku habría regido el cielo durante 2.229.000 años. Es posible que hayan algunos pocos años de diferencia, pero eso no afecta mayormente la cuestión.

La leyenda de P'An Ku es conocida en toda China y al dios se lo representa de distintas maneras según la región ¡lo que no es de sorprender en un país de 9.561.000 Km² de superficie! En algunos lugares se lo representa como un ser con dos cuernos en la cabeza y un martillo en la mano derecha; en otras aparece como un dragón que somete a los cuatro elementos; en ciertas pinturas aparece con el Sol en una mano y la Luna en la otra y también se lo dibuja labrando paredes de roca en tanto es observado por una serpiente.

La leyenda de P'An Ku no es muy antigua: habría sido traída a China por viajeros procedentes del reino indochino de Siam en los alrededores del siglo vi A. C.
—La mitología china reconoce a Yan Shih Tien-Tsun como el padre de todas las cosas — observó el director —. Es el Ser insondable, el Principio y Fin de todas las cosas, El Inaccesible e Inconcebible. Más tarde, se lo llamará también Yu Ch'Ing. Cuando escriba sobre esto, haga notar que no debe confundirse a Yu Ch'Ing con el místico emperador Yu, de quien se cuenta que apaciguó la gran inundación, el Diluvio Universal. ¿Conoce la leyenda de Yan Shih Tien-Wang?

No la conocía. El director trajo un volumen del *Dictionary of the Chinese Mythology* de la estantería.
—Ahí tiene. ¡Lea la historia en el hotel! Encontrará en el diccionario algunas leyendas fascinantes para usted, como por ejemplo la leyenda de la diosa Chih Nu; era la patraña de los tejedores. Su padre la dejó al. cuidado de su vecino, el guardián del Río de Plata en el cielo — lo que nosotros llamamos la Vía Láctea—. Chih Nu fue creciendo y llegó a ser extraordinariamente hermosa. Pasaba días y noches en el jolgorio. Nunca hubo en el cielo joven más loca y fogosa que Chih Nu. El Rey Sol llegó a hastiarse de tanta jarana y, después que dio a luz un hijo de su amigo el guardián, ordenó al apasionado amante que se fuera a prestar servicio al otro confín del Río de Plata, donde podría reunirse con la bella Chih Nu sólo una vez al año: la séptima noche del séptimo mes.
—¡La historia de los príncipes que no pueden juntarse!
—La leyenda tiene un final feliz para los amantes: millones de pájaros resplandecientes se alinearon formando un puente sin fin a través de la Vía Láctea ¡y así, Chih Nu y el vigilante podían verse cuando querían!
—Si los refulgentes pájaros hubiesen sido naves espaciales patrullando el cosmos, entonces habría sido perfectamente factible para los amantes reunirse a voluntad.
El señor Chang Fu-Tsung se levantó:
—¡Usted es un visionario! Pero le aconsejo, no se deje amedrentar por respeto a la opinión prevaleciente. A lo mejor, las interpretaciones modernas de mitos y leyendas tienen su justificación, a lo mejor nos hacen descubrir algo nuevo. No es mucho lo que sabemos...

El director me presentó al señor Marshall P. S. Wu, director de la Sección Excavaciones, como la persona mejor informada para que me sirviese de guía durante mi permanencia. A pesar de que lo que está expuesto son sólo fragmentos de los 250.000 objetos guardados en el museo, hay tantísimo por ver que, sin la ayuda del señor Wu, quien comprendió perfectamente el objeto de mi visita, me habría sido imposible localizar lo que me interesaba.

—*Jarras de bronce* de la época de la dinastía Shang (1766-1122 A. C). Espontáneamente surgen en mi memoria recuerdos del otro lado del Pacífico: bastante más antiguos que las jarras chinas, los objetos de la cerámica nazca preincaica presentan idéntico decorado: líneas geométricas, cuadrados y espirales. —*Hacha de jade,* pequeña réplica de una hacha de mayores dimensiones. Sobre la piedra verdosa se ve grabado el símbolo divino del dragón con su cola de fuego. El firmamento aparece decorado con esferas. Recuerdo las mismas representaciones en los sellos cilindricos de los asirios.

—*Decorado del altar del dios de la montaña y de las nubes.* Así ha sido catalogado de acuerdo al criterio de los arqueólogos. Puede verse bajo un objeto con forma de paralelepípedo del año 206 A. C. Aparece una montaña como elemento dominante, pero, sobre ella, hay una gran esfera con una estela de fuego y más arriba, tres esferitas geométricamente dispuestas. La esfera grande, por su tamaño, no guarda ninguna proporción ni con el Sol ni con la Luna ni las estrellas. ¿Decorado de altar? ¿No será quizá la representación de un suceso extraordinario e incomprensible en el firmamento?

—*Discos de jade* (Fig. 26) con un diámetro de 7 a 16,5 cm. En el centro presentan un orificio como nuestros discos de gramófono. Los discos están en posición vertical, sujetos a un obelisco de 20 cm. de alto por medio de una espiga". No me convence mucho la opinión de los arqueólogos de que se trata de símbolos del poder y de la fuerza y que serían empleados en ceremonias religiosas. Según estos científicos, el obelisco habría sido el símbolo del pene. Los discos me parecieron sobremanera interesantes; en muchos de ellos pueden observarse ángulos practicados en el borde, similares a los de nuestras ruedas dentadas. ¿Hay acaso alguna relación entre estos discos y los

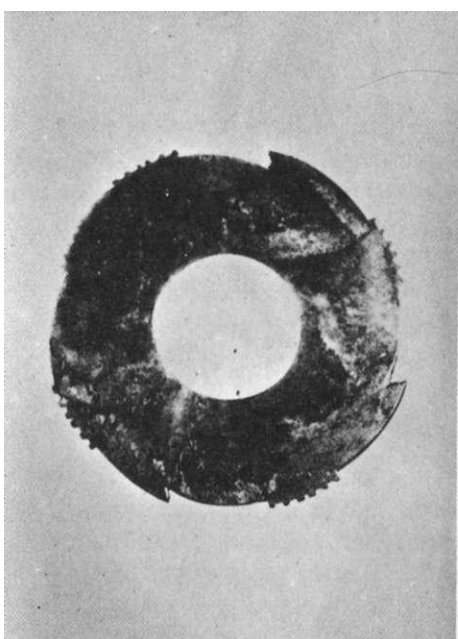
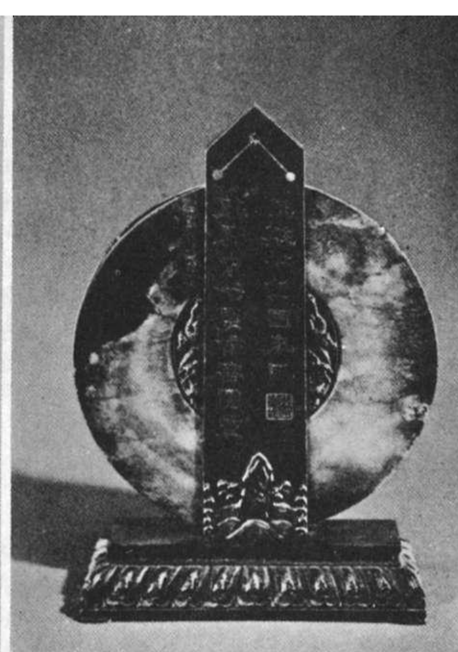



FIG. 26. Los discos de jade tienen un agujero en el centro y a menudo presentan ángulos en el borde parecidos a los de las ruedas dentadas. ¿Habrá sido fabricados según modelo?

platos de Baian Kara Ula? Si aquellos platos fueron los modelos de estos discos del ceremonial, entonces queda descorrido el velo de misterio: después del descenso de los astronautas en Baian Kara Ula, los sacerdotes se habrían imaginado que fabricando discos semejantes a los producidos por los extraños visitantes obtendrían el beneplácito de los dioses o, a lo mejor, llegarían a asemejarse un poco a estos seres de inteligencia superior y así, en esta forma, los discos pueden haber pasado a convertirse en elementos integrantes del culto.

El doctor Viacheslav Saizev, que publicó interesantes revelaciones acerca de los platos de granito, encontró en Fergana, en el Usbekistán, en las cercanías de la frontera

con China, una interesante pintura en una caverna (figura 27): puede verse un ser que lleva algo parecido a un casco de astronauta en la cabeza; pueden asimismo distinguirse los aparatos para la respiración. Pero esto es lo más interesante: ¡en las manos, aisladas por el traje de cosmonauta, sostiene un plato idéntico a los cientos que fueron hallados en Baian Kara Ula!
Durante mi estancia en Taipeh, leí en el *Dictionary of the Chinese Mythology* la leyenda de Yuan-Shih Tien-Wang. He aquí un resumen:

Hace muchos, muchísimos años, vivía en las montañas, al borde de los hielos eternos, el anciano Yuan-Shih Tien-Wang. El abuelo narraba historias de los primeros tiempos de una manera tan vivida que todos los que lo escuchaban creían que Yuan-Shih había sido testigo de todos los maravillosos sucesos que contaba. Uno de ellos,

FIG. 27. El doctor Viacheslav Saizev descubrió en Fergana, en el Uzbekistán, esta pintura en una roca: representa un astronauta con un placa en las manos .similar a las que se hallaron por cientos en Baian Kara Ula. ¡Una portadora de sonido!



Chin Hung, preguntó al anciano dónde había vivido antes de llegar a las montañas. Yuan-Shih levantó en silencio ambos brazos en alto. Entonces Chin Hung quiso saber cómo se había podido orientar en la inmensidad del espacio. Yuan-Shih guardó silencio y en esos instantes llegaron dos dioses con relucientes aprestos y Chin-Hung, que presenció la escena, contaba que uno de los dioses había dicho: — Ven, Yuan-Shih, nos vamos. Partimos de regreso a nuestra patria a través de la oscuridad del cosmos hacia lejanas estrellas.

Taipeh, capital de Formosa y de la China Nacionalista, tiene casi dos millones de habitantes, universidades, escuelas superiores y museos excelentemente organizados. El puerto principal es Kilung, por donde se exportan productos como el azúcar, té, arroz, bananas, ananás (que se desarrollan en clima tropical), madera, alcanfor y pescado. Desde que Taiwan, con sus 13 millones de isleños, se independizó en 1949, su industria se ha venido desarrollando vertiginosamente, de modo que en la actualidad exporta, además de los productos ya citados, tejidos, motores de todas clases, maquinaria industrial, aparatos eléctricos, etc. Al mismo tiempo el Estado explota yacimientos de carbón, oro, plata y cobre.
Aún no se sabe a ciencia cierta de dónde y cuándo llegaron a la isla sus primeros habitantes, los paiwan. De sus descendientes quedan actualmente un cuarto de millón repartidos en siete tribus diferentes en la parte más inaccesible del macizo montañoso central: las sucesivas olas de inmigrantes chinos los indujeron a retirarse al lugar que hoy ocupan. Hasta la pasada generación, los guerreros paiwan destacaban por su valor en el espeluznante deporte de la caza de cabezas. Hoy en día se limitan a la caza de fieras en su territorio. La tribu ha conservado sus hábitos primitivos, vive según las leyes eternas de la naturaleza. La medición del tiempo, por

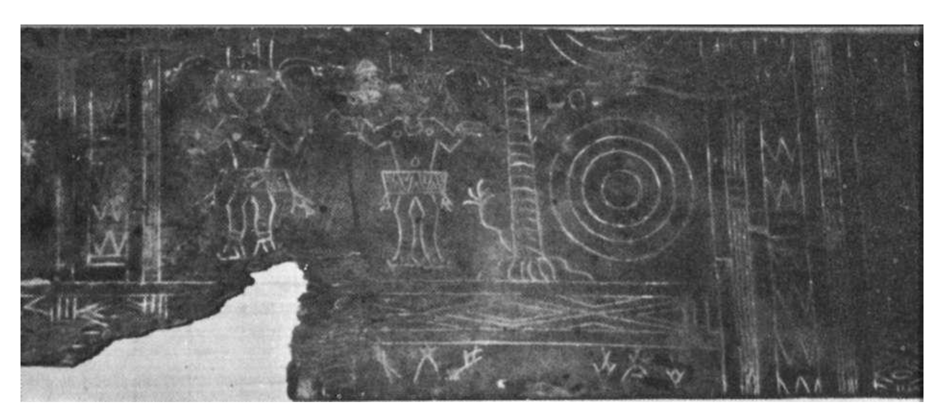


FIG. 28. ¡Aquí vivía el cacique! Las dos figuras flotantes a la izquierda de los cuatro círculos llevan los clásicos mandiles de los astronautas prehistóricos, como puede verse también en muchos monolitos.



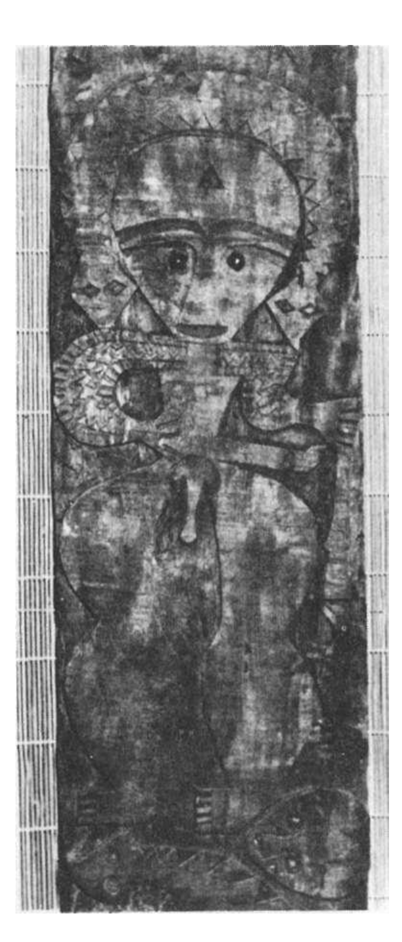


FIG. 30. En la mano una arma de rayos, como pueden verse también en las representaciones de dioses en Val Camonica, Italia, y en el Monte Alban, México. Alrededor del casco hay una serpiente. ¿Símbolo de viajes espaciales?

FIG. 29. Monolitos toltecas del Museo de Etnología de Berlín. La figura de la izquierda lleva el título «Oda al dios sol». La figura de la derecha es una fotografía tomada en el Museo Americano de Madrid que tiene modelos en yeso del original. Siempre los famosos mandiles en madera y en piedra. ¿Eran tal vez partes integrantes de las vestimentas de los <^ astronautas?

ejemplo, es tan simple como su manera de vivir: el día comienza con el canto del gallo, su transcurso se mide por la longitud de la sombra proyectada; se reconoce el comienzo del nuevo año por el florecimiento de las hierbas de la montaña, su apogeo se manifiesta en la fructificación y el fin de año, en las primeras nevadas que los aislan completamente del mundo.

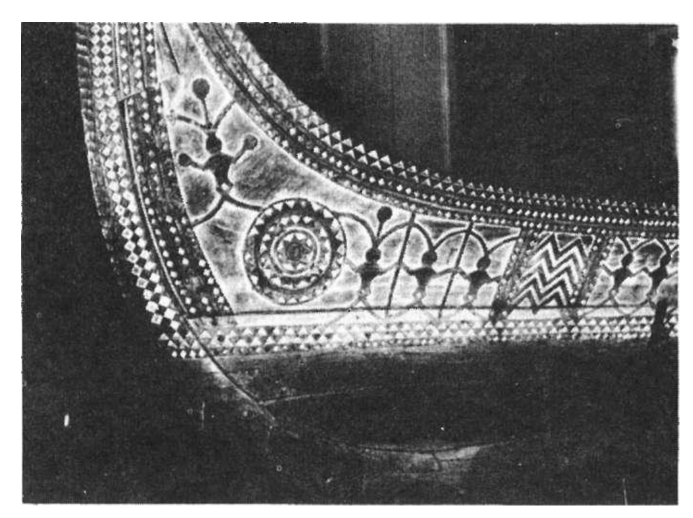
Los paiwan han practicado siempre la monogamia. No importa si el varón conquistó a su mujer cortejándola, comprándola o raptándola, lo importante es que será su esposa por toda la vida. El paiwan es adicto al *betel* como estimulante. Lo preparan en su propio «laboratorio» a partir del fruto de la palma de betel, que es semejante a la nuez moscada; le añaden cal calcinada y una pulgarada de pimienta de betel. El betel tiene un sabor amargo como la hiél, pero se dice que refresca. La saliva se torna rojiza y los dientes toman un tinte azul oscuro. La sonrisa amistosa de un guerrero paiwan, lejos de infundir confianza, suscita más bien temor. Si no hubiese sabido de buena fuente que esta gente ya no practica la caza de cabezas había puesto pies en polvorosa: aún tengo necesidad de mi cabeza por algún tiempo más.

El Museo de la Provincia de Taipeh posee una extraordinaria colección de entalladuras de madera de los paiwan. Sus esculturas se consideran como las últimas manifestaciones de un arte popular en vías de extinción: pueden apreciarse en estas colecciones antiquísimos motivos tomados de leyendas y tradiciones y que fueron transmitidos de generación en generación.

Quien anda a la búsqueda de dioses, aquí los encuentra. He aquí un tablero suspendido de 72 cm. de ancho y 25 cm. de alto (Fig. 28). Estaba colocado a la manera de escudo a la entrada de una casa para anunciar: ¡Aquí vive el jefe! A la izquierda de los cuatro círculos concéntricos pueden verse dos figuras *suspendidas* con los ya clásicos mandiles de los astronautas prehistóricos, como se ven también, por ejemplo, en los monolitos toltecas (Fig. 29)

del Museo de Etnología de Berlín. Ambos seres visten una especie de mono y llevan zapatos. La figura de la izquierda lleva casco y antenas para ondas ultracortas. He aquí una escultura (Fig. 30) de madera que representa un ser con órganos sexuales bien desarrollados. La cabeza va protegida por un casco bien ajustado. En el casco está grabado un pequeño triángulo, posiblemente la insignia del escuadrón espacial. ¡En torno a la cabeza aparece enrollada una serpiente! En los tiempos bíblicos, era el símbolo de lo repugnante, de la adulación rastrera. En las leyendas de los mayas, se eleva por los aires como un «ser provisto de plumas» y aquí surge una vez más, entre tribus olvidadas de un macizo de Formosa. ¡En todo el

FIG. 31. ¿Por qué pintaban los paiwan sus canoas con frescos de dioses, igual que los antiguos egipcios? ¿Qué significan los contactos de las antenas que llevan los seres?



mundo encontramos a la serpiente en el arte folklórico, serpientes voladoras! ¿Por qué pintaban los paiwan (Figura 31) asquerosas serpientes en sus canoas? ¿Por qué tienen las figuras de los dioses sus cabezas conectadas por antenas? ¿Qué significan las conexiones al «Sol» re-

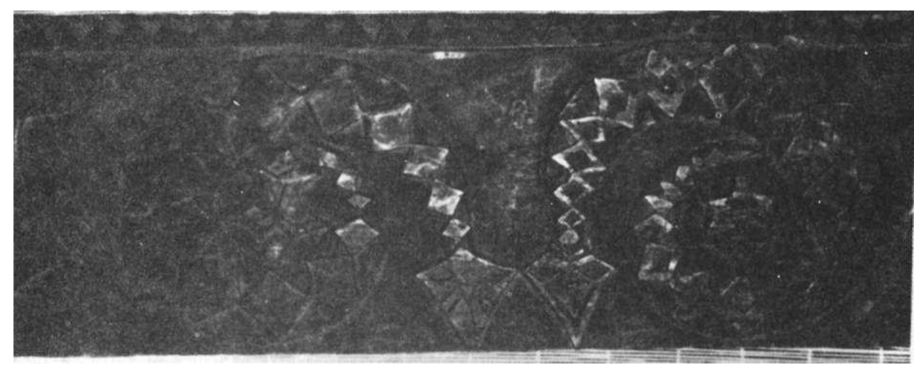


FIG. 32. Un grabado en madera de los paiwan. Nuevamente serpientes alrededor de las estrellas, con los ojos mirando al cielo.



FIG. 33. Esta escultura de madera muestra un dios que lleva un casco muy ajustado en la cabeza, y una vez más la serpiente, antiguo signo de viajes cósmicos.

presentado en forma de rueda dentada? En la figura 32, vemos las serpientes enrolladas en torno a las estrellas; sus cabezas tienen forma de triángulo ¿por qué miran con los ojos desorbitados hacia el cielo? En la figura 33 vemos un dios paiwan que sostiene una serpiente alrededor de su cabeza; ésta aparece cubierta por un casco, ¿qué significado puede tener esto? En la figura 34 vemos un dios cuyo rostro está cubierto por una máscara, pero, para ser más exactos, no se trata de un dios sino de una diosa. ¿Por qué habrán escogido precisamente un ser femenino? ¿Qué significan esos lentes fuera de toda proporción y aquella serpiente en torno al cuello y la cabeza? Esto no puede haber sido precisamente elegante en ninguna época, pero en cambio puede haber sido funcional para un viaje interplanetario.

Los arqueólogos opinan que todas estas manifestaciones pueden interpretarse como formas de expresión religiosa. Según ellos, las serpientes habrían sido símbolos divinos del temor de dios. ¿Cuando los paiwan decoraban sus canoas con motivos de significado religioso, por qué no escogían más bien peces, tiburones, olas o sapos como modelo? ¿Por qué no fijaría el jefe de la tribu un escudo con el emblema de su grupo a la entrada de su vivienda? Tenían a su disposición modelos maravillosos.
Las tallas en madera son de una hermosura extraordinaria. Todas muestran círculos concéntricos, espirales y siempre la unión de hombre y serpiente, representándose esta última en todos los casos *sobre* los demás seres y silbando hacia el cielo. A veces las figuras no están de pie sino que aparecen flotando como si no tuviesen peso. No interpreto estas representaciones como simple producto de la inspiración artística. Los antepasados de los paiwan deben haber visto seres *flotando* en el espacio y deben haber narrado este acontecimiento extraordinario a sus descendientes. Los paiwan son, aún en la ac-

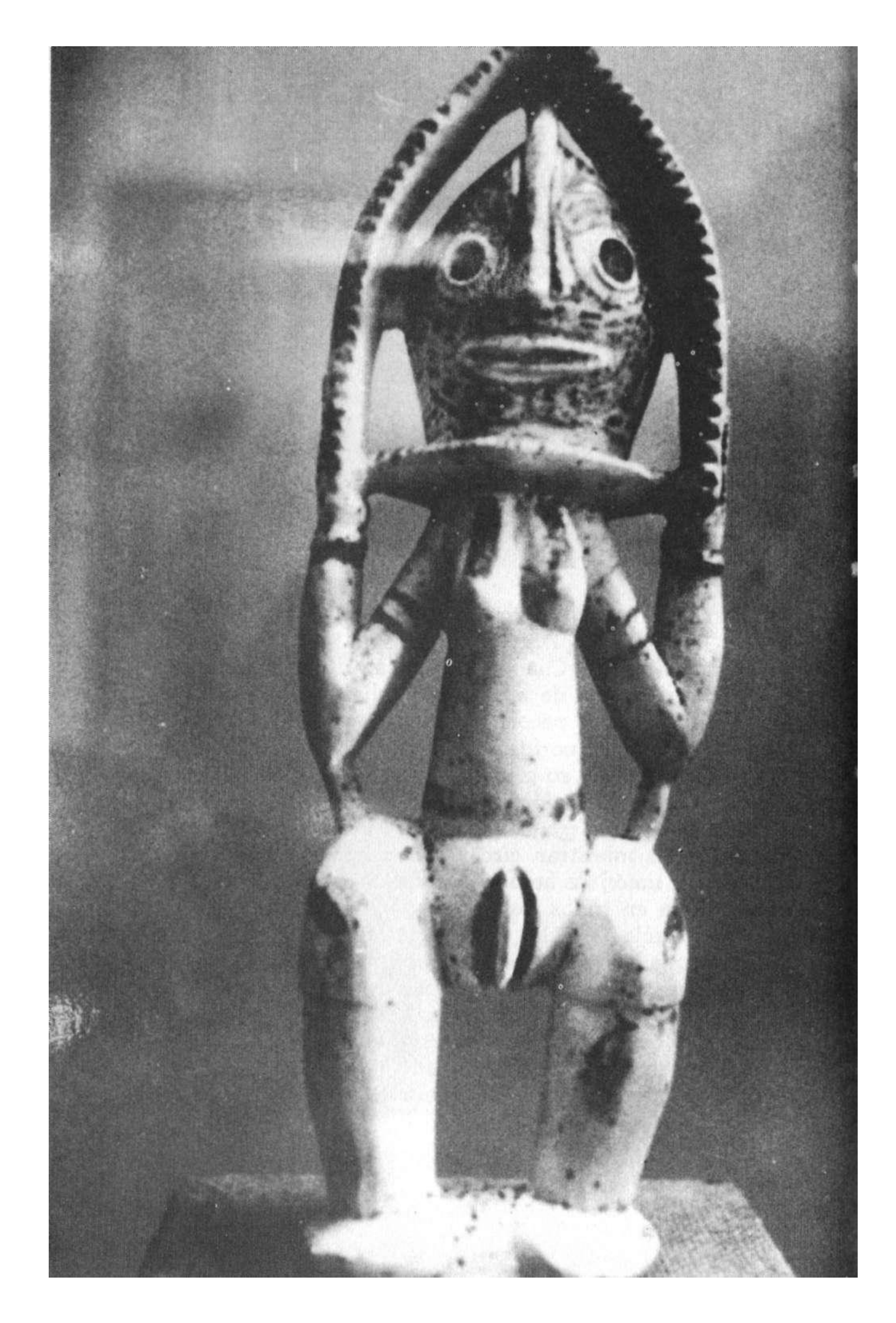


FIG. 34. ¿Diosa paiwan con máscara de astronauta? Sostiene una serpiente, símbolo del cosmos, en las manos. Lleva lentes.

tualidad, gente primitiva; en sus tallas representan objetos *reales* de su medio ambiente o bien aquellas formas consagradas ligadas a un recuerdo imperecedero. Que los paiwan no son gente que viva de fantasías, lo demuestran sus trabajos artísticos en la actualidad: hombres con uniforme japonés y fusiles, los han *visto.* Hoy, como en todas las épocas, se han limitado a plasmar lo que han visto en artística combinación con el contenido de una tradición inmemorial.

Un motivo digno de notarse es un ser de tres cabezas que vuela montado en una serpiente. Hemos encontrado este mismo motivo en un manuscrito de seda de la época de la cultura Chou (1122-236 A.C.).

En el Museo Histórico de Taipeh, el director, Y. C. Wang, me mostró su colección de representaciones de seres mitológicos, mitad hombre, mitad animal, muchos de ellos con cabeza de pájaro y alas. Son figuras análogas a los seres voladores asirio-babilonios. Sellos de la época Chou los hay tan numerosos como anillos en la gaveta de un joyero; los hay hasta de un centímetro de diámetro y no se descubren motivos decorativos en ninguna parte. Bajo la lupa dan la impresión de ser una red de circuitos integrados. Hay espejos de distintos tamaños, de 7 a 15 cm. grabados con símbolos y escrituras que en parte han podido ser descifrados.

Una de las inscripciones de la época de la dinastía Chou dice:

«Doquiera brillan soles, hay vida.»

¡El cuadrado grabado en el centro de este espejo de bronce (Fig. 35) podría compararse con los circuitos impresos integrados de la casa Siemens!

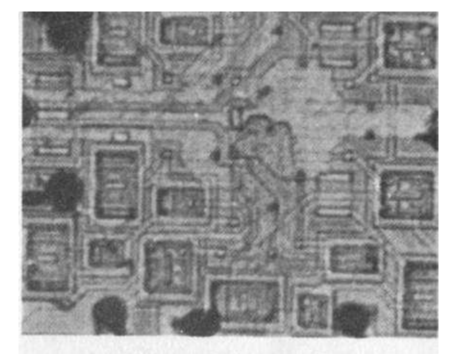
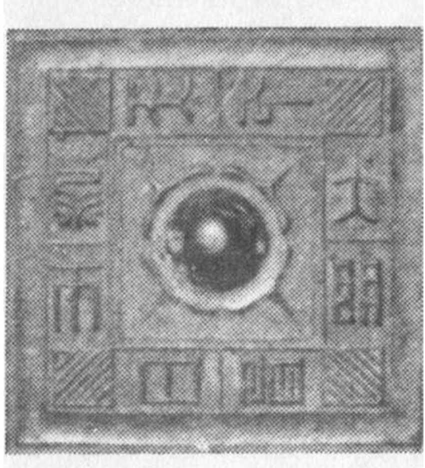


FIG. 35. «Doquiera brillan soles, hay vida», dice una inscripción en un espejo de bronce. ¡Doquiera aparecen grabados como el de este espejo, puede tomárselos por circuitos impresos integrados!



¡Si se coloca el cuadrado del espejo de bronce entre dos redes de circuitos integrados de la casa Siemens, el efecto es sorprendente! ¡En el centro está el espejo de bronce!

El geólogo Thuinly Lynn me habló sobre un descubrimiento desconocido en el mundo occidental:
En julio de 1961, el arqueólogo Tchi Pen-Lao, profesor de arqueología en la Universidad de Pekin, descubrió, mientras realizaba excavaciones en el «Valle de las Piedras», un sistema subterráneo de túneles. Al oeste de Yoyang, en las estribaciones de las montañas de Honan, en la orilla meridional del lago Tung-Ting, encontró el arqueólogo, a 32 metros de profundidad, varios caminos de acceso a un laberinto. Se localizaron algunas vías que, sin lugar a dudas, pasan por debajo del lago. Las paredes de los túneles son lisas y vidriadas. Las paredes de un vestíbulo y el cruce de varias galerías aparecen cubiertos de dibujos: representan animales que huyen todos en una dirección; van conducidos por hombres que portan cerbatanas entre los labios. Sobre los animales que huyen, y esto es para mí lo más interesante aparte de la existencia de los túneles, se ve una chapa volando por el aire y sobre ella hay varios hombres de pie que portan instrumentos semejantes a nuestros fusiles y con los cuales apuntan a los animales. Los tripulantes de la chapa voladora, relata en profesor Tchi-Pen-Lao, llevan chaquetas semejantes a las nuestras y pantalones largos. Según el señor Lynn, es posible que entretanto ya haya quedado establecida la época en que fueron construidos los túneles, pero desgraciadamente las noticias de la China Popular llegan sólo en forma muy intermitente y con demasiado retraso. Este informe de la chapa voladora y de los hombres que apuntan a los animales desde arriba me trajo inmediatamente a la memoria algo que vi en 1968 en el Museo de Paleontología de Moscú: está ahí expuesto el esqueleto de un bisonte (Fig. 36) cuyo hueso frontal ha sido limpiamente atravesado por un proyectil.

Como sabemos, el bisonte es originario de Siberia. Se calcula que este bisonte vivió en el período neolítico (8000 a 2700 A. C), época durante la cual se fabricaban armas de piedra y el modelo más perfeccionado no pa-

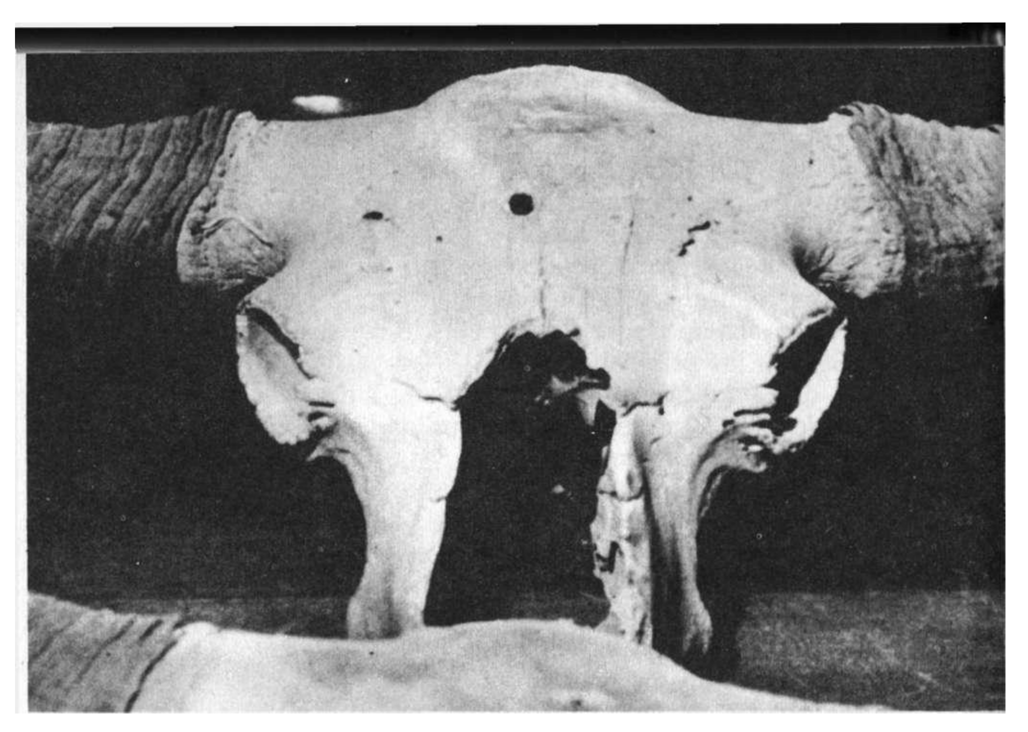


FIG. 36. Este esqueleto de bisonte del período neolítico está expuesto en el Museo de Paleontología de Moscú. En el cráneo puede observarse una perforación que sólo pudo haber sido producida por un arma de fuego. Pregunta difícil de contestar: ¿quién tenía armas de fuego 8.000 años A.C.?

saba de ser el hacha de piedra. Un golpe de hacha simplemente habría destrozado el cráneo y en ningún caso podría haber formado un agujero. ¿Un arma de fuego en el período neolítico? Disparate. Y, sin embargo, ahí está el trofeo del cazador prehistórico expuesto en Moscú.

La decimoprimera y última tarde de mi estancia en Taipeh fui agasajado con una cena en mi honor por el presidente Ku Cheng-Kang, miembro de la Asamblea Nacional (figura 37). Asistió un selecto grupo de hombres de ciencia y políticos: B. Hsieh, profesor de la Universidad de Fujen; Shuan Yao, entonces secretario general de la UNESCO; Hsu Chih-Hsin y Shuang Jeff Yao, del Departamento

de Relaciones Públicas; Senyung Chow, del Gobierno y, por supuesto, mis amigos del museo, Chiang, Lynn, Wang y Wu.

Algunos de estos apellidos son tan corrientes como Herr Müller, Míster Smith y Monsieur Dupont. Me costaba hacer distinción entre tanto rostro sonriente y no atinaba a asignarles nombres.

Mientras volaba sobre la isla de Guam en el Pacífico, hice un balance de mi viaje. No había podido ver el informe de Baian Kara Ula, pero por lo menos, había podido llenar un vacío en mi agenda con los domicilios de las divinidades chinas.

Huellas como las que busco, las hay en todas partes del mundo.

FIG. 37. La noche antes de mi partida de Taipeh, el presidente Ku Cheng-Kang ofreció una cena en mi honor a la que asistieron hombres de ciencia, políticos y directores de museos. Todos me ayudaron en mis investigaciones.



P. D. Mi película «Recuerdos del Futuro» fue comprada por una entidad estatal para el reino de Mao. A lo mejor me abre la puerta a un viaje de estudio a Pekin. Esta vez, llevando tarjetas postales, no tendré dificultades en dar con la Academia y su archivo histórico.
Por otra parte, hace tiempo que tengo deseos de visitar el desierto de Gobi...

IV

Temuen — La isla llamada Nan Madol

¿Quiénes construyeron Nan Madol? - Juego de micado con bloques de basalto - Túneles prehistóricos - ¿Sarcófagos de platino? - Los portentos del dragón mago - En viaje a islas sin retorno - Cómo se formó Nueva Zelandia - Ingenios para volar en masa - Leyendas de la Polinesia - Errores en la interpretación de los mitos - Hallazgo en una geoda - ¿De dónde sacan tanto dinero los pobres polinesios? - El sagú, LSD de los mares del sur.

El más importante de los archipiélagos de la Micronesia lo constituyen las islas Carolinas, que comprenden más de 500 islas con una superficie total de 1.340 Km².
La más extensa de las Carolinas es la isla de Ponape, de 504 Km², tres veces mayor que el Principado de Licchtenstein y con una población equivalente: 18.000 habitantes. El clima es tropical, la mayor parte de Ponape es montañosa e inhabitable. Alrededor de Ponape hay un cinturón de pequeñas islas y arrecifes de coral. Una de estas diminutas islitas, de tamaño no mayor que el Estado del Vaticano —0,44 km²—, aparece en los atlas bajo el nombre de Temuen. En Temuen se encuentran las imponentes ruinas de Nan Madol que ocupan casi toda la isla y a las cuales debe su importancia y fama, hasta el punto que corrientemente se designan estas islas bajo el nom-

P. D. Mi película «Recuerdos del Futuro» fue comprada por una entidad estatal para el reino de Mao. A lo mejor me abre la puerta a un viaje de estudio a Pekin. Esta vez, llevando tarjetas postales, no tendré dificultades en dar con la Academia y su archivo histórico.
Por otra parte, hace tiempo que tengo deseos de visitar el desierto de Gobi...

Temuen — La isla llamada Nan Madol



¿Quiénes construyeron Nan Madol? - Juego de micado con bloques de basalto - Túneles prehistóricos - ¿Sarcófagos de platino? - Los portentos del dragón mago - En viaje a islas sin retorno - Cómo se formó Nueva Zelandia - Ingenios para volar en masa - Leyendas de la Polinesia - Errores en la interpretación de los mitos - Hallazgo en una geoda - ¿De dónde sacan tanto dinero los pobres polinesios? - El sagú, LSD de los mares del sur.

El más importante de los archipiélagos de la Micronesia lo constituyen las islas Carolinas, que comprenden más de 500 islas con una superficie total de 1.340 Km².
La más extensa de las Carolinas es la isla de Ponape, de 504 Km², tres veces mayor que el Principado de Liechtenstein y con una población equivalente: 18.000 habitantes. El clima es tropical, la mayor parte de Ponape es montañosa e inhabitable. Alrededor de Ponape hay un cinturón de pequeñas islas y arrecifes de coral. Una de estas diminutas islitas, de tamaño no mayor que el Estado del Vaticano —0,44 km²—, aparece en los atlas bajo el nombre de Temuen. En Temuen se encuentran las imponentes ruinas de Nan Madol que ocupan casi toda la isla y a las cuales debe su importancia y fama, hasta el punto que corrientemente se designan estas islas bajo el nom-

bre de Nan Madol. Las ruinas de Nan Madol datan de tiempos remotos. Hasta el momento no ha podido determinarse a qué época corresponden estas obras prehistóricas, como tampoco quiénes fueron sus constructores.
He aquí las fechas históricas más importantes de la isla dé Ponape y sus satélites:

1595 — el portugués Pedro Fernández de Quirós llega a la isla... y ve las ruinas de Nan Madol.

1686 — todo el archipiélago pasa a manos de los españoles, bautizándoselo bajo el nombre de Carolinas en homenaje al rey Carlos II.

1826 — llega el irlandés James O'Conell con los sobrevivientes de un naufragio; es recibido amistosamente por los ponapeses y contrae matrimonio con una nativa.

1838 — a partir de este año, los anales de la isla registran numerosas visitas de blancos.

1851 — los nativos masacran la tripulación de un barco británico. Una expedición punitiva desata un baño de sangre sobre la isla.

1880 — los misioneros de distintas sectas y confesiones cristianas caen como nube de langostas, queman tablas grabadas con escrituras antiguas y prohiben prácticas tradicionales.

1899 — España vende el grupo de las Ponape (junto con las islas Marianas y Palau) al Reich alemán.

1910 — los isleños asesinan misioneros y funcionarios de gobierno. Sólo unos pocos blancos se libran de la masacre.

1911 — el crucero alemán Emden bombardea la isla; los rebeldes son degollados y sus cabecillas ahorcados en público.

1919 — las Carolinas, junto con Ponape, quedan bajo el protectorado japonés.

1944 — durante la batalla del Pacífico Sur, los norteamericanos ocupan el archipiélago.

1947 — las islas quedan bajo el fideicomiso de los EE. UU.
Estas son las fechas históricas ciertas y culminantes de

los anales de la isla. Por consiguiente, queda establecido que las misteriosas ruinas de Nan Madol existían ya mucho tiempo antes de la primera visita de los blancos a la isla el año 1595. No es efectivo que la historia de los habitantes de la isla sólo haya comenzado a partir de su «descubrimiento» en las leyendas sobre Nan Madol. A partir de 1595 no hay lagunas en la historia de Ponape. Las leyendas sobre Nan Madol envuelven una información mucho más interesante y significativa que los sucesos incomparablemente más recientes arriba mencionados. Sólo que como no se ha podido encontrar ninguna explicación satisfactoria al misterio de Nan Madol, se pretenden hacer pasar pseudo interpretaciones bajo disfraz científico.

Después de haber pasado más de una semana en el infierno húmedo y tórrido de Nan Madol con huincha de medir, aparatos fotográficos y libreta de anotaciones puedo sonreír — por desgracia rendido de cansancio — ante tales interpretaciones. Prefiero atenerme a las leyendas, ya que a la postre resultan más plausibles.

Y vamos a ver por qué.

Al descender en Ponape de un Boeing 727 de la Continental Airlines, aún no podía imaginarme las fatigas y sorpresas a que me estaba conduciendo mi curiosidad.

Me desplacé por entre el enjambre de pequeñas islas en una pequeña lancha a motor que había fletado por intermedio del Hotel Kasehlia, a lo largo de canales flanqueados por una vegetación tropical exuberante. El calor era sofocante y el aire tan húmedo que se hacía irrespirable (Fig. 38).

Acompañado de dos nativos, pasé varias islitas y luego, de súbito, aparecen las ruinas de Nan Madol, una islita como cualquiera de las vecinas, que sólo se distingue por los extraños restos que la cubren. Aquí se encuentra, no mayor que un estadio de fútbol, el panteón, la pequeña ciudad de basalto y el legendario retiro de sus habitantes prehistóricos. Uno se encuentra de repente ante estos



FIG. 38. Por los canales de la jungla se navega entre las islitas, un mundo de plantas tropicales y pájaros exóticos.

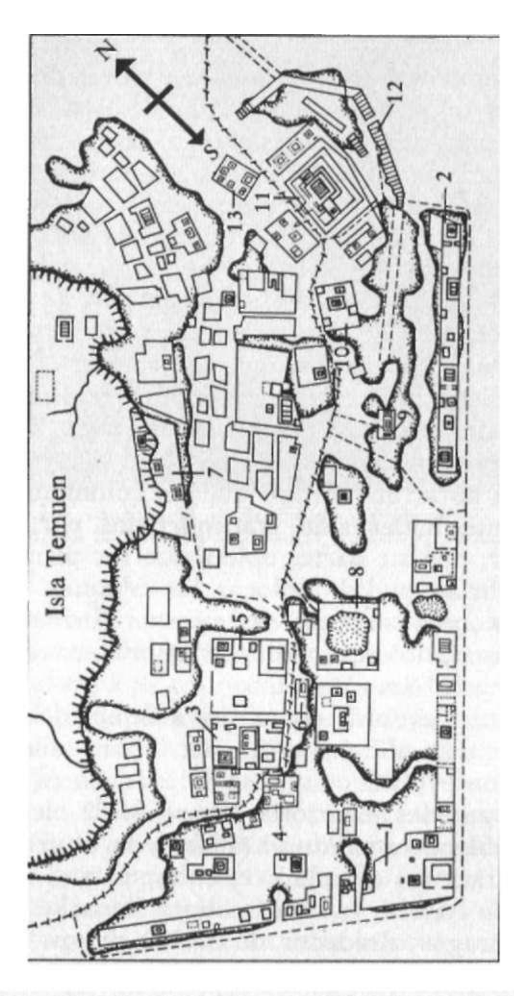
testimonios de la antigüedad; lo toman a uno de sorpresa. Observando alrededor, se distinguen claramente los contornos del complejo en medio del desorden de las ruinas. Como en el juego de micado, pueden verse innumerables vigas apiladas, ordenadas en capas. No puede haber sido fácil este juego ya que las vigas son gruesos largueros de basalto de toneladas de peso. Los científicos dicen que se trata de lava enfriada. Me pareció un tanto singular el comprobar, metro por metro, que la lava se enfriase exclusivamente en forma de columnas de aproximadamente el mismo largo y de sección hexa u octogonal (Fig. 8C). Dado que en la costa septentrional de Ponape hay claros signos de haberse extraído basalto para construcciones, puedo desde ahora desestimar la necia explicación de las columnas de lava endurecidas a la medida, y suponer que este material fue cortado en la costa norte y subsecuentemente elaborado. Pero aquí nos topamos con una dificultad: estas columnas de una longitud media entre tres y nueve metros y de un peso muchas veces superior a las diez toneladas habrían tenido que ser transportadas des-

de la costa septentrional de Ponape a través del laberinto de canales y a lo largo de docenas de islas igualmente apropiadas para servir de asiento a las construcciones. La posibilidad de transporte por vía terrestre hay que descartarla ya que en la jungla se desatan aguaceros varias veces al día. Además, Ponape es una isla montañosa. Aun partiendo del supuesto que se hubiesen abierto caminos en la jungla y se hubiese dispuesto de medios de transporte capaces de desplazarse por la montaña a través de lodazales pantanosos, en todo caso la carga habría tenido que llegar a la región sudoriental de la isla, donde habría tenido que ser transbordada para su ulterior transporte por los canales.

Me hicieron notar ahí mismo que las columnas pudieron perfectamente haber sido transportadas por balsa. Un investigador, por su parte, opinó que los primitivos habitantes habrían podido colocar los bloques de basalto suspendidos bajo sus canoas; en esta forma, disminuyendo el peso, hubiesen podido transportar a remo pieza tras pieza hacia Nan Madol.

Me tomé la molestia de contar los bloques de basalto de un costado del edificio principal: sobre una longitud de 60 m. conté 1.082 columnas. El edificio es cuadrado, las cuatro paredes exteriores tienen 4.782 elementos de basalto. Habiendo medido el ancho y la altura, hice que un matemático me calculara el volumen y el número de columnas de basalto necesarias para llenarlo: el edificio principal «tragó» alrededor de 32.000 piezas. El edificio principal es solamente una parte del complejo (ver mapa Fig. 39).

Hay canales, sepulturas, túneles y un muro de 860 m. de largo cuyo punto más alto mide 14,60 m. El recinto principal es rectangular y está escalonado en plataformas hechas asimismo con sillares de basalto de primera calidad. El edificio principal de que hablaba anteriormente posee más de 80 pequeñas dependencias. Partiendo de la base del número 32.000 más arriba indicado, puede es-



Explicación de los dibujos:

Cimientos de casas	Obras inacabadas
Cimientos con hogar	Canal
Bóveda funeraria	Gran canal

FIG. 39. Esta vista en planta del complejo de Nan Madol fue dibujada por Paul Hambruch durante sus trabajos de investigación en los años 1908-1910.

timarse que el número de columnas de basalto contenidas en estas 80 construcciones asciende a unas cuatrocientas mil piezas por lo menos. Esta clase de cálculos son siempre útiles para hechar por tierra hipótesis falsas. He aquí una, por ejemplo:

En la época en que se construyó el complejo de Nan Madol, la población de Ponape era, según todos los investigadores, insignificante en comparación con la actual. El trabajo en las canteras de la costa septentrional era pesado, fatigoso y largo. El transporte de las piezas elaboradas a través de la jungla requería un verdadero ejército de hombres fornidos y, asimismo, el número de cargadores que debían atar los bloques bajo las canoas era considerable. Por último, debía quedar disponible una buena cantidad de gente para la recolección de cocos, la pesca y otros menesteres necesarios para el diario vivir. En caso que, por ejemplo, cada día llegasen cuatro columnas de basalto a la costa meridional para su transporte a Nan Madol, estaríamos en presencia de un verdadero portento, si se atiende a los medios técnicos a disposición de los isleños. Dado que en aquellos tiempos no habían sindicatos obreros, estoy partiendo de la suposición que se trabajaría como negro los 365 días del año. ¡En las citadas condiciones llegarían a Nan Madol alrededor de 1.460 bloques de basalto al año! ¡Se habrían necesitado 296 años sólo para poner el material al pie de la obra!

No, en ninguna época han sido los seres humanos tan necios como para someterse a una tortura semejante sin motivo suficiente. Si habían canteras de basalto en la costa septentrional de Ponape, ¿por qué no se levantó el complejo en la isla principal? ¿Por qué se prefirió una

pequeña isla tan alejada de las fuentes de aprovisionamiento?
¿Habrá acaso alguna explicación convincente?
Nan Madol está lejos de ser una ciudad «hermosa»; con toda seguridad no lo fue nunca. No hay relieves ni esculturas ni estatuas ni pinturas. La arquitectura es fría y cortante. Duras, toscas y amenazantes se proyectan las pilas de bloques de basalto. Esto no puede dejar de llamar la atención ya que los isleños de los mares del sur siempre se distinguieron por la profusión con que decoraron sus palacios y fortalezas; eran lugares para honrar a sus reyes y aplacar a los dioses. El muro espartano de Nan Madol excluye ambas posibilidades. ¿Se trataba tal vez de instalaciones militares? Las plataformas que allanan el acceso a los edificios contradicen esta hipótesis: ¿desde cuándo se dieron semejantes facilidades al enemigo? Pero: las plataformas conducen al centro del complejo, a la «fuente».

La «fuente» sólo tiene el nombre de tal: es la entrada o salida de un túnel. El hecho que la abertura esté llena de agua hasta escasos dos metros del borde no prueba nada ya que también las construcciones se prolongan más allá de la orilla de la isla y son visibles a simple vista bajo la superficie del agua.

¿Pero qué objeto pudo haber tenido este túnel en la diminuta isla? ¿Dónde comienza y dónde termina?
Por primera vez leí acerca de esta curiosidad en el libro de Herbert Rittlinger *Der masslose Otean.* Rittlinger exploró los mares del sur y en Ponape tuvo noticias que hace muchos miles de años estas islas habían sido el corazón de un fastuoso imperio. Los relatos acerca de tesoros fabulosos habrían sido aprovechados por pescadores de perlas y comerciantes chinos, quienes habrían explorado secretamente el fondo del mar. Los buzos habrían regresado con increíbles narraciones de las profundidades... habrían caminado por calles perfectamente bien conservadas y cubiertas de conchas y corales... «allá abajo» existirían innumerables bóvedas de piedra, columnas y monolitos... habrían visto piedras labradas adheridas a restos de casas.

Lo que no encontraron los pescadores de perlas, lo descubrieron los buzos japoneses provistos de aparatos modernos. Estos confirmaron con sus descubrimientos lo que aseguraban las leyes: una inmensa riqueza en metales nobles, perlas y barras de plata. Según la ley enda, los cadáveres descansan en la «casa de los muertos» (el edificio principal del complejo). Los buzos nipones descubrieron que los muertos habían sido sepultados en sarcófagos de platino impermeables. ¡Día tras día sacaron los buzos trozos de platino a la superficie! ¡Los artículos de exportación más importantes de las islas — copra, vainilla, sagú, nácar— fueron relegados a segundo término! Según Rittlinger, los japoneses habrían continuado explotando estos «yacimientos» de platino hasta que un buen día dos de los buzos — a pesar de los aparatos modernos — no pudieron regresar a la superficie. Luego habría estallado la guerra y los japoneses habrían tenido que retirarse. Rittlinger termina así su relato:
«Las historias de los nativos, sobrecargadas de leyendas, son probablemente exageradas, pero los hallazgos de platino en una isla cuyas rocas no contienen este elemento son y siguen siendo una realidad indiscutible».
Todo esto sucedió alrededor de 1939.
Personalmente, no creo en los tales sarcófagos de metal. Bajo el agua, resulta fácil confundir pilares hexa u octogonales cubiertos de conchas y corales con los pretendidos sarcófagos. Sin embargo queda en pie el hecho que Japón exportó platino de Ponape desde que asumió el protectorado de la isla en 1919.
¿De dónde procedía este platino?

Si bien los sarcófagos pueden haber sido una ilusión, lo que sí me convence son los relatos de los buzos acerca de casas, calles y bóvedas en el fondo marino, puesto que estas obras son visibles ya desde la misma orilla del mar

y puede apreciarse cómo concurren hacia la pretendida fuente. Es muy probable que aquí haya estado la entrada a un sistema de túneles que dominaba la isla. Y: Nan Madol no tiene absolutamente nada que ver con la legendaria Atlántida que, según Platón, se hundió en el mar 9.000 años antes de Cristo. Aquí, las construcciones de superficie están en el mismo sitio en que fueron erigidas originalmente y sus prolongaciones submarinas forman parte del proyecto general de las obras. Lo que hay aquí son restos de una obra maravillosa, pero no hay milagros. ¿Y qué nos dicen las leyendas acerca de las misteriosas ruinas de Nan Madol?

Los investigadores K. Masao Hadley, Pensile Lawrence y Carole Jencks, todos residentes en Ponape, han estado reuniendo material desde hace tiempo, pero hasta la fecha no han arriesgado interpretación alguna.

El edificio principal es lo que la leyenda llama el «Templo de la Sagrada Paloma». Hace tres siglos, el dios y sumo sacerdote Nanusunsap habría navegado en una canoa por los canales; frente a él se habría posado una paloma, a la cual habría tenido que mirar fijamente a los ojos sin interrupción: si la paloma parpadeaba —y las palomas lo hacen constantemente — el pobre sumo sacerdote habría estado obligado a hacer otro tanto.

Pero, según las leyendas, en un principio no habría sido la paloma el símbolo de la divinidad en Nan Madol sino el dragón que escupe fuego. Alrededor de este terrible dragón se centran también los relatos acerca de la formación de la isla y sus obras. La madre del dragón habría abierto los canales con su poderoso resoplido y en esta forma se habrían formado los islotes. El dragón habría tenido un ayudante mago y este dragón-brujo habría conocido una fórmula mágica por cuya virtud podía hacer volar por los aires los bloques de basalto desde la gran isla vecina para luego, mediante una segunda invocación, depositarlos ordenadamente en una pila en Nan Madol, sin la más mínima intervención humana.

Una de las interpretaciones de la leyenda del dragón me ha hecho gracia. El dragón, dicen los arqueólogos, no sería precisamente dragón sino más bien un cocodrilo que, extraviado, habría ido a parar a Nan Madol donde habría causado grandes trastornos. Cocodrilos los hay en los mares del sur a una distancia de alrededor de 3.000 millas de las islas. No es imposible que alguna vez se haya extraviado un cocodrilo —¿por qué no?— pero lo que resulta sobremanera singular es que un simple reptil blindado haya podido pasar a la leyenda y no así el suceso incomparablemente más impresionante de la construcción del misterioso complejo que ha hecho famosa a esta isla. ¿Un cocodrilo deja huellas en la leyenda popular y no así construcciones cuyas ruinas son aún hoy día motivo de admiración y perplejidad? En todo caso, el cocodrilo no construyó terrazas ni edificios ni túneles.

Por supuesto, hay muchas más leyendas sobre Nan Madol además de la de la Paloma y la del dragón. El etnólogo alemán Paul Hambruch nos presenta en el segundo tomo de *Ergebnisse der Südsee-Expedition 1908 bis 1910* una profunda visión del conjunto de los mitos y leyendas de las Carolinas. El District-Economic-Development-Office de Ponape vende a los turistas un folleto con datos de la historia y leyendas al precio de un dólar. Si aquí menciono solamente la leyenda del dragón, lo hago por buenas razones. No es porque haya hallado un excelente padrino de bautizo y testigo para mi concepto de los dioses.

Se da el caso que en todas las islas de los mares del sur que ostentan ruinas de antiguas construcciones y que poseen mitos basados en su historia, nos encontramos con la inusitada fantasía de enormes piedras que viajan volando a su destino. La más conocida de estas leyendas es la de la Isla de Pascua. Según los mitos de los rapanui, las cerca de 200 gigantescas estatuas a lo largo de la costa de dicha isla habrían llegado a su actual posición desde el aire y «por cuenta propia».

Leyendas de dragones y palomas las hay por todas partes si bien, naturalmente, con contenidos diferentes. En la mayor parte del resto de las leyendas sobresalen los acontecimientos bélicos, sucesiones de dinastías reinantes, bodas y asesinatos, como asimismo hechos históricos más recientes narrados en verso. Esta parte de las leyendas parte de hechos reales, tiene un núcleo real. Esto me parece del todo lógico puesto que aun la más atrevida fantasía tiene necesidad de asideros, de rampas de lanzamiento, para decirlo así. La fantasía humana tiene sus raíces en el terreno de las experiencias o al menos en el terreno de lo concebible, y esto vale incluso tratándose de las más utópicas especulaciones. Ahora bien, los dragones constituyen un elemento común a muchos mitos y leyendas. Lo encontramos tanto en las más antiguas leyendas de los chinos como en los mitos de los mayas. Este monstruo escupiendo fuego es un personaje familiar a todos los pueblos antiguos de los mares del sur; en ocasiones se nos presenta como una serpiente voladora, pero siempre aparece dotado del mágico poder de transportar los objetos más grandes y pesados a gran distancia y en un orden predeterminado. ¿Qué jefe de obras de nuestros días no quisiera ser un dragón con tales poderes?

Los constructores de las obras de Nan Madol no llevaron a cabo su tarea en un día. Con la ayuda de un amigo matemático calculé que para ello fueron necesarios cerca de 300 años. Fue un trabajo de negros por varias generaciones. ¿A qué se debe que no hayan quedado documentos sobre esta proeza de los isleños siendo que, como afirman los arqueólogos, las construcciones no tendrían más de 500 años de antigüedad? La prueba en que basan esta estimación es bastante frágil: hace seis años se descubrió bajo un bloque de basalto cerca de la «fuente» un trozo de carbón de leña; se determinó su antigüedad por el método del C-14, dando como resultado que el dicho trozo databa aproximadamente del año 1300 D. C.

Aparte de la inexactitud ya varias veces comprobada del método del C-14, que supone una proporción constante de los isótopos radioactivos del carbono (C) con peso atómico 14 en la atmósfera, es mucho más probable que los habitantes de aquella época hayan hecho un pequeño fuego en el sitio de unas obras ya existentes desde mucho tiempo atrás. Estas estimaciones no pueden ser tomadas en serio, no son otra cosa que subterfugios destinados a encubrir la ignorancia...

La Polinesia, el grupo de islas de la Oceanía oriental, está situada en el gran triángulo formado por Hawai, la Isla de Pascua y Nueva Zelandia. Todos los primitivos habitantes de las islas de la Polinesia con sus 43.700 Km^2 de territorio tenían los mismos mitos y leyendas; tienen el mismo tronco lingüístico y — sólo con pequeñas variantes — el mismo aspecto físico. ¡Y los mismos dioses!

La mayor parte de los arqueólogos, antropólogos y especialistas en filología antigua están de acuerdo en que tanto la cultura como el lenguaje tuvieron su cuna en la Polinesia oriental. De acuerdo a esta tesis, el centro cultural y lingüístico habría estado constituido por las nueve islas Cook y sus múltiples atolones, la isla Tahiti (1.042 Km^2) y el grupo de las islas Tuamotu con sus cerca de 80 atolones, como asimismo por las islas Marquesa y las Mangarewa.

No me atrevería a impugnar esta opinión científicamente fundamentada, pero habría lugar a plantear algunas preguntas.

¿Cómo pudieron los habitantes de la Polinesia oriental salvar las enormes distancias entre las islas para poder difundir su cultura?

Y aquí nos sale al paso la teoría según la cual se habrían dejado llevar en sus canoas por las corrientes marinas. ¿Llevar hacia dónde?

De hace medio siglo a esta parte, se sabe con bastante exactitud gracias a la investigación oceánica en qué dirección se mueven las grandes corrientes y a lo largo de

qué costas fluyen. Así, la carta de las corrientes marítimas demuestra en forma concluyente que los colonos de la Polinesia oriental habrían tenido que llegar a Nueva Zelandia, la isla más importante del Pacífico meridional, navegando en sus primitivas canoas *contra* la corriente. Una de las explicaciones favoritas de este tipo de navegación sin brújula ni motor supone que los navegantes procedentes de la Polinesia oriental con destino a Nueva Zelandia viajaban en dirección norte-sur hasta llegar a un punto situado al este o al oeste de su destino: acto seguido los listos muchachos enfilarían con toda precisión dejándose llevar por las corrientes.

¡Está muy bien si los primitivos polinesios hubiesen tenido conocimientos de navegación moderna y los medios técnicos a su disposición! ¿Pero qué sabían ellos acerca de la lentitud precisa en la cual debían cambiar de rumbo virando hacia el este u oeste? ¿Y cómo conocían su destino? ¿Sabían acaso de la existencia de otras islas y dónde se encontraban?

El que parte de la hipótesis que los antiguos polinesios hicieron uso exacto de las corrientes marítimas —¡de sentido contrario al de sus viajes! —, debe aceptar como consecuencia lógica que conocían lo relativo a dichas corrientes, y entonces me permito plantear la pregunta: ¿en qué forma habían llegado a tal conocimiento?

Al hablar de difusión de lengua y cultura, hay que tener en cuenta que se trata aquí de distancias inmensas, como puede verse a continuación según datos tomados en una compañía aérea internacional:

Isla de Pascua-Tahití	3.700 Km.
Tahiti-Fidschi . . .	4.300 Km.
Fidschi-Australia . . .	3.000 Km.
California-Hawaii . . .	4.000 Km.
Hawaii-Islas Marshall	3.800 Km.

Si, no obstante, por azar, hubiese ido a parar una canoa

o una balsa a una isla desconocida, sus intrépidos tripulantes (contra la corriente) jamás hubiesen podido establecer nuevamente contacto con su patria ni hacerles llegar noticia alguna, y en caso de volver a hacerse a la mar, nuestros marinos se habrían ido alejando cada vez más del puerto de origen. Pero esto no es todo; de acuerdo a la ciencia, estos aventureros serían los autores de un portento aún mayor: ciertamente, no llevaban mujeres, pero trajeron a la isla no solamente la cultura; además de eso procrearon y se multiplicaron. ¿Cómo pudieron hacer todo eso? ¡Los navegantes se habrían orientado por las estrellas!

«Cuando, durante el otoño, la Cruz del Sur esté a medianoche en el horizonte, deberemos virar hacia la izquierda para llegar a Bora-Bora».

¿Cómo sabían estos conquistadores culturales dónde se halla Bora-Bora? ¿Había estado acaso alguno de ellos en alguna de las innumerables islas? ¿De qué manera habían recibido la información necesaria para determinar la posición?

El marino de nuestros días sabe muy bien, a diferencia de los primitivos descubridores, cuál es el destino de su viaje, dónde se encuentra y cuál es la ruta. Los primitivos polinesios carecían de todos estos conocimientos indispensables; si llegaban a una isla, era por feliz casualidad. Los antiguos habitantes de Nueva Zelandia, los inteligentes y diestros maoríes, tienen una leyenda que invita a la reflexión.

Hace muchos, muchísimos años, había un rey llamado Kupe quien emprendió una expedición en compañía de sus dos hijas y dos pájaros. Kupe descubrió la costa oriental de Nueva Zelandia, desembarcó y envió ambos pájaros en misión de reconocimiento. Uno de los pájaros recibió el encargo de medir el declive de los ríos y corrientes marinas; el otro, debía informar acerca de plantas y bayas desde el punto de vista de su utilidad como alimento para el hombre. El primer pájaro se rompió las

alas mientras medía una caída de agua. Cojo, como estaba, ya no pudo volar más. El segundo pájaro —narra la leyenda maorí— habría hallado un tipo de baya tan exquisito que prefirió pasar el resto de su vida en el bosque: Kupe no lo vio nunca más. La consecuencia fue que el rey Kupe y sus hijas no pudieron regresar nunca más a su patria.

¿Por qué no?

En todo caso, el rey conservaba aún la canoa en que había viajado; contaba aún con sus dos hijas, con toda seguridad muchachas deportivas. A pesar de esto, el regreso se hacía imposible. ¿No podía prescindir de sus inteligentes pájaros para la navegación?

Pero la leyenda más antigua de los maoríes es todavía mucho más curiosa: ¡según ella, Nueva Zelandia habría sido pescada de las olas del mar por el dios Maaui!

Según la leyenda, Maaui habría tenido un pez en la caña; el pez se habría agitado violentamente lo que habría hecho montar en cólera al dios, quien habría descuartizado al pez, reduciéndolo a pequeños trozos... y por eso Nueva Zelandia habría quedado tan desmembrada.

Aún en la actualidad, los maoríes se refieren a la isla septentrional — Te Ika-A-Maaui — como al pez de Maaui, en tanto que la isla meridional (Stewart Island) la conocen como la canoa del dios. La península Mahia —Te Matau a Maaui — es el anzuelo; la región de Wellington — Te Upoko O Te Ika — es la cabeza; la península de Nord Auckland — Te Hiku O Te Ika —es la cola del pez. Se trata de una leyenda que da mucho que pensar. En la época que pescaba el dios Maaui aún no habían mapas, sin embargo un vistazo al atlas basta para poner en evidencia la exactitud con que esta leyenda representa la forma de Nueva Zelandia: ahí está el pez Rarecido a una raya con su hocico abierto al sur, su larga cola al norte y con una aleta lateral en el anzuelo.

Las leyendas acerca del poderoso e irascible Maaui difieren de isla en isla, pero aparece siempre como un ser

dotado de fuerza sobrehumana... y siempre como el «pescador de tierra».

Los mismos polinesios han sido pescadores desde tiempos inmemoriales, siempre han tenido toda clase de frutos del mar en sus redes o en sus cañas; con toda seguridad, más de una vez exageraron haciendo de un terrón un tiburón, pero siempre supieron que no se puede pescar *tierra.* Y, a pesar de esto, todas las leyendas de la isla lo afirman: el dios Maaui era el «pescador de tierra». ¡Ahora, con un audaz simsalabim, transformamos al dios Maaui en el intrépido Charles Lindbergh que el 20 de mayo de 1927 partió en un vuelo de 33 horas cubriendo los cerca de 6.000 Km. que separan a New York de París! Solo en su aparato de un motor, expuesto al viento y volando constantemente sobre el océano sin fin. Un día y medio solo sobre el agua — ¡una pesadilla! —. De pronto, Lindbergh divisa en medio del océano una mancha oscura, un punto. ¿Un gran pez?, ¿una pequeña isla?, ¿un cardumen de peces?, ¿un grupo de islas? Lentamente comienza a descender y reconoce las manchas en el Atlántico: eran islas. Se relaja la tensión del solitario aviador: había «pescado» una manchita de tierra.

Muy divertido, se me dirá, pero los polinesios en la prehistoria aún no conocían el arte de volar. A lo que contesto: estoy casi completamente seguro que los antiguos polinesios podían volar.

Cualquier espíritu abierto que no se empecine, en presencia de tanto testimonio de la prehistoria, en afirmar que se trata de «máscaras» o «vestimentas rituales» o «requisitos rituales» según sea el caso, todo aquél que sea capaz de interpretar los hallazgos en las islas de la Polinesia o dondequiera que fuese con una mentalidad moderna, no tendrá dificultad en reconocer en las supuestas máscaras (Fig. 40) dispositivos para el vuelo individual mal copiados: la «máscara» se pone deslizándola de arriba abajo a lo largo de la cabeza; las tablas no eran otra cosa que alas; se ven los agujeros para el deslizamiento

FIG. 40. En el Bishop Museum de Honolulú, Hawaii, pueden verse numerosas copias de aparatos voladores catalogados hasta ahora como «máscaras rituales». No es necesaria tanta fantasía para reconocer en estos «recuerdos» construidos a lo largo de siglos, ingenios para volar con tablas que servían de alas, apoyos para brazos y piernas y el corsé «_ que debía ajustarse el aviador.

en los extremos inferiores. Incluso los apoyos de brazos y piernas, hasta el mismo ceñidor que debía ajustarse el aviador han quedado en la memoria de los artistas folklóricos polinesios.

Naturalmente, ellos no sabían ni saben tampoco en la actualidad por qué representan a sus dioses y reyes con aparatos tan complicados: desde hace muchísimo tiempo que ya ningún hombre puede volar con tales aparatos, ¡pero en épocas prehistóricas, en los albores de la humanidad, cuando Maaui «pescó» las islas, los especialistas podían volar con estos aparatos!

En el Bishop Museum de Honolulú, donde se encuentra la mayor colección de objetos de la antigua Polinesia que hay en el mundo, pueden verse largas galerías repletas de tales aparatos voladores. En el museo de Auckland también están expuestas grandes cantidades de tales ingenios. Dondequiera que se las encuentre, estas malas copias de primitivos equipos de vuelo pasan a los museos sin mayores trámites bajo la clasificación de «objetos rituales».

Los seres de cuatro alas de Assur eran seres rituales, las cerámicas con motivos técnicos de discos y esferas eran igualmente objetos rituales, el astronauta dibujado sobre la tumba de Palenque no era más que un indio en posición ritual; los aparatos en las manos de las estatuas de Tula eran objetos rituales; las mochilas y cámaras (sistemas de aprovisionamiento) que se ven en las espaldas de los sacerdotes mayas eran equipo ritual.

En presencia de tanta estupidez me viene a la memoria el título de la novela de Moscheh Y. Ben-Gavriel: «Los camellos también beben agua turbia».



Los polinesios no descubrieron por sí mismos el arte de volar; tuvieron maestros que vivieron sobre la Tierra en alguna época pasada y que procedían de una civilización mucho más adelantada que la nuestra. Estas técnicas de vuelo eran para nuestros visitantes un juego de niños, podríamos decir que un pasatiempo, y una de sus aportaciones fueron los rocket-belts (Fig. 41). Los norteamericanos y rusos concibieron estos equipos originalmente para su empleo en las misiones espaciales y luego encontraron una nueva aplicación en las operaciones de comandos, permitiendo a un hombre llegar a su destino volando por sobre ríos y colinas. Existen hoy día incluso equipos de helicóptero: hélice y motor van montados en un dispositivo que se acopla a la espalda y al pecho va sujeta una caja con el equipo de servicio. Dejemos que un niño trate de reproducir con paja y madera un tal hombre que vio en la televisión y nos encontraremos con toda seguridad ante una máscara ritual. El niño verá en su obra su «hombre que vuela».

Ahora, naturalmente, sería una temeridad de mi parte afirmar que los primeros antepasados de los polinesios tuvieron maestros procedentes de una civilización extraterrestre si esto no lo diesen a entender las leyendas de los pueblos de los mares del sur.

En su libro *Ancient History of the Maori,* New Zealand, 1887, John White nos presenta una cuidadosa recopilación de las leyendas de estos pueblos. Al comenzar su trabajo, en 1880, recogió White numerosas leyendas de primera mano que le fueron relatadas por los sacerdotes. En el primer tomo ya se habla de los primeros tiempos:

Genealogía de los dioses
Historia de la creación
Guerra en el cosmos
Creación del hombre y la mujer
Diluvio y relatos sobre el arca
Matrimonios entre dioses y hombres



FIG. 41. El equivalente contemporáneo de los ingenios para volar de los isleños de los mares del sur: rocket belts utilizados por los comandos norteamericanos y rusos. ¡Cuándo nuestros niños construyen rocket belts de madera y paja estarían haciendo máscaras rituales!

Viajes entre la Tierra y los astros
Alimento caído del cielo.

La leyenda Rongamai nos narra guerras entre las tribus. En peligro de ser arrollada, la tribu de los Nga-Ti-Hau busca refugio en una aldea fortificada. Al verse allí asediados por el poderoso adversario, los guerreros Nga-Ti-Hau imploraron ayuda al dios Rongamai. Cuando el Sol llegó al cénit, apareció el dios:

«Su aparición fue
cuál estrella fulgurante,
cual llama de fuego,
semejante al Sol.»
Rongamai voló sobre la plaza y se dejó caer:
«La tierra se vio revuelta,
nubes de polvo se elevaron impidiendo la visión,
el estrépito fue como el trueno
y luego un rumor como el zumbido de una concha.»

Los guerreros cobraron valor gracias a esta demostración de poder del dios y abrumaron al aterrorizado adversario.

En la leyenda Tawhaki, la joven Hapai desciende del séptimo cielo a la Tierra a fin de pasar las noches con un varón apuesto. El escogido desconoce el origen de la muchacha; sólo después de quedar encinta, la ninfa le revela la «verdad»: venía desde un mundo lejano y desconocido para él, donde tenía el rango de diosa. Naturalmente, ya ha dejado de ser virgen, da a luz una hija y luego regresa a su patria en las estrellas.
Confunde la multitud de medios que emplean los misteriosos seres para regresar al espacio. Algunas veces utilizan escaleras interminables para evadirse, otras veces hay torres que sirven para la partida; en ocasiones hay

telarañas o sarmientos lo suficientemente fuertes como para permitir el despegue a las alturas, pero también a menudo parten llevados por pájaros, de preferencia dragones, o bien suben al cielo sirviéndose de cuerdas. Por muy distintos que sean los medios empleados, invariablemente, antes de la partida, hay allí una anciana... ¡que inclinada sobre el suelo se ocupa de contar patatas! La vieja advierte a los viajeros acerca de «vientos que soplan hacia la tierra» y en seguida comienza a lanzar patatas al fuego, una después de otra: nueve, ocho, siete, seis, cinco... una verdadera cuenta regresiva como en el *space center.*

En la Polynesian Mythology, Wellington, New Zealand, o. J., hay una leyenda que contaban los pescadores de estas islas:
El guerrero Uenuku caminaba al borde de un lago cuando divisó una columna de niebla suspendida sobre la playa; armándose de valor, se acercó a la aparición y vio dos hermosísimas muchachas que habían bajado del cielo para bañarse en el lago. Impulsado por una fuerza irresistible, se acercó a las jóvenes y las saludó con gran respeto. Fascinado, rogó a una de las mozas que lo acompañase a su casa y se desposase con él. La dama contestó:

«Me gusta este mundo.
No es frío y vacío como
allá arriba.»

Es curioso que sencillos pescadores de la Polinesia puedan hablar de un espacio vacío y frío «allá arriba». Mar y tierra les eran familiares, pero... ¿el espacio allá arriba?
De la misma fuente tomo el siguiente relato que linda en lo grotesco:
Rupe, conocido también bajo el nombre de Maui Mua sale en busca de su hermana Hinaura. Como no puede hallarla, toma consejo de su abuelo Rehua que vive en el cielo en un lugar llamado Te Putahi Hui o Rehua.

Rehua se ciñe, se pone una máscara y comienza su ascensión.
Llegó a un lugar en que habían hombres. Preguntó:
—¿Están habitados los cielos más arriba de éste?
—Sí, están habitados — contestaron.
—¿Puedo llegar a esos cielos? — preguntó.
—No, no podrás llegar a ellos porque fueron construidos por Tañe.
Rupe se abrió paso al segundo cielo y nuevamente encontró gente a quienes hizo la misma pregunta:
—¿Están habitados los cielos más arriba de éste?
—Sí, pero no podrás llegar a ellos porque fueron construidos por Tañe.
Una vez más Rupe se abrió paso hacia arriba y otra vez encontró un lugar poblado.
—¿Están habitados los cielos más arriba de éste?
—Sí, pero no podrás llegar a ellos porque tu máscara no es la de Tañe.
Rupe no se da por vencido; haciendo un supremo esfuerzo, alcanza el décimo cielo donde encuentra a Rehua (también: Hinaura).
Según *The Ancient History of the Maorí* el todopoderoso Tañe era el dios de los bosques y de los animales. En una leyenda se cuenta que fue el creador de la primera mujer y en otra, que después de la segunda gran guerra en los cielos, Tañe obligó a los dioses sublevados a descender a otros mundos en las tinieblas por toda la eternidad.
A estos efectos, Tañe proveyó a los vencidos de todos los conocimientos y habilidades necesarios para que pudiesen realizar el viaje.

¿Serán necesarias mayores explicaciones? ¿Será necesario señalar que para un vuelo al espacio se necesitan aparatos y máscaras? ¿Será necesario decir a una generación que siguió por televisión todas las etapas del viaje a la Luna que los cielos se alcanzan uno después de otro y que para ello son precisos grandes conocimientos — llámense NASA o TAÑE?

Siguiendo sobre el tema, quisiera de paso recordar la principal obra del Kabbala, el libro *Sohar.* El reportaje del rabino Simón Bar Jochai contiene una conversación entre un habitante de la Tierra y un recién llegado del planeta Arqua. Unos fugitivos sobrevivientes de una catástrofe en nuestro planeta se encuentran repentinamente con un ser extraño que emerge desde una grieta entre las rocas; el rabino Yossé que va al mando del grupo pregunta al extranjero de dónde viene; el extraño ser contesta:
—Soy habitante de Arquas.
El sorprendido rabino pregunta:
—¿De modo que hay seres vivientes en Arqua?

El extranjero contesta:

—Sí, cuando os vi venir, salí de mi cueva para saber cuál es el nombre de este planeta.
Y relató que en «su» mundo las estaciones del año eran diferentes, que siembra y cosecha se repetían después de varios años y que los habitantes de Arqua *visitaban todos los planetas y hablaban todas las lenguas.*
El Kabbala habla de siete planetas distintos, pero que sólo Arquea envió delegados a la Tierra.
No puedo evitarlo, en las leyendas hay referencias directas e inequívocas acerca de otros planetas. Se las interpreta siempre de acuerdo a los exégetas tradicionales que no nos han llevado a ninguna parte. Sí, dicen los exégetas, estas leyendas no se pueden interpretar si no se las mira a la luz de la mentalidad de sus autores. ¿Lo hacen acaso? *Creen* hacerlo. En realidad, resulta imposible apropiarse la mentalidad de pueblos primitivos desaparecidos que apenas han dejado rastros de su paso; sólo puede suponerse: *tendrían* que haber pensado esto o aquello. Es una suposición. El significado de toda leyenda queda atado a la mentalidad de los pueblos en que ésta se incubó, pero esto tiene sus límites: las anteojeras caen tan pronto como las interpretaciones subjetivas se ven confrontadas con

los conocimientos de la era espacial. Pero esto hay que evitarlo a toda costa.
Puesto que en la prehistoria no se volaba, no puede haber habido contacto con otros planetas. Basta. ¿Cómo puede uno salir del pantano de lo inexplicable tirándose de los propios cabellos?
Se intentan las explicaciones psicológicas: se trataría de expresiones de deseos inconscientes. Incluso mi compatriota, Cari Gustav Jung (1875-1961) debe sacar aquí la cara con su doctrina de la energía psíquica, con su teoría de las individuaciones, pero principalmente con su filosofía del arquetipo con los modos de ser y símbolos innatos y primitivos. El mundo ha vuelto a la normalidad. «El hombre siempre sintió la necesidad de imitar a los pájaros.» ¿Fantasías innatas? ¿Símbolos arcaicos? No tengo nada contra el deseo de volar; a mí personalmente me gusta mucho volar. Con seguridad, nuestros antepasados deben haber tenido el mismo anhelo. Pero, por favor, ¿llegó el inconsciente hasta darles imágenes concretas de dispositivos para el vuelo? ¿Llegó hasta hacerles dar detalles precisos de planetas desconocidos? ¿Les guió la mano cuando esculpían redes de circuitos integrados en la Puerta del Sol de Tiahuanaco?
En la epopeya babilónica, Etana está poseída del deseo de volar. No es para sorprenderse que sueñe o hable acerca de sus deseos. Pero ni sueño ni fantasía habrían sido capaces de una descripción tan fiel como la que aparece en la epopeya:

«La Tierra era como un jardín, y
el mar abría surcos en la tierra
como las zanjas que abre el jardinero.»

Y el deseo de volar jamás pude inspirar a Enkidu en la descripción de la Tierra, vista desde gran altura, como lo hace en la epopeya *Gilgamesh:*
«Y la tierra era como una montaña y el mar como un

pequeño arroyo... y la tierra se veía como papilla y el mar como artesa.»
En el 18.° volumen del *Anuario de la Asociación de Ingenieros Alemanes,* Berlín 1928, el profesor Richard Hennig publica un estudio acerca de la prehistoria de la aviación. En este estudio, señala la leyenda Etana como el más antiguo cuento sobre vuelos del mundo, que debe remontarse a los primeros tiempos de la historia, ya que se han encontrado representaciones de esta leyenda en sellos cilindricos del año 3000 y 2500 A.C., en tanto que el texto, escrito en caracteres cuneiformes, se conserva sólo en parte. El siguiente pasaje es particularmente interesante para el técnico:

«No a espaldas del águila sino sujeto a ella pecho a pecho vuela Etana en su viaje a las estrellas... Seis veces en el curso de la ascensión, el águila muestra a Etana el aspecto cada vez más reducido de la Tierra que van dejando atrás.»

¿Descripciones precisas, representaciones plásticas como productos del inconsciente? Creo que aquí los psicoanalistas deberían detenerse a fin de no perder la confianza de los adeptos a su disciplina.
Tanto la investigación de mitos y leyendas como las interpretaciones proporcionadas por la arqueología han estado — *en lo que concierne a la prehistoria* — encerradas en la jaula de los prejuicios. Los ojos no ven, la mente está como anquilosada. Se objeta que la ciencia no puede aceptar tesis fantásticas que carecen de suficiente fundamento, pero lo que está pasando es que las tesis «serias» se están volviendo cada día más fantásticas al tiempo que las heréticas fantasías se ven cada día mejor avaladas. Toda labor de investigación supone tres premisas: libertad de pensamiento, don de observación y capacidad de síntesis. También el investigador aficionado debe hacer uso de ellas.

¡Y ahora volvamos por unos momentos a los mares del sur!
Según las leyendas maoríes, por estas regiones hace sus andanzas el dios Pourangahua (Fig. 42), quien voló a



FIG. 42. Según la leyenda maorí, el dios Pourangahua voló desde su legendaria sede, Hawaiki, montado en su pájaro mágico, hacia Nueva Zelanda. Vengo y un nuevo cielo gira sobre mí...

Nueva Zelanda desde su legendaria sede Hawaiki cabalgando sobre un pájaro mágico. Hawaiki es una palabra compuesta que proviene del indio antiguo y cuyo sentido es *de la vía láctea.* A este dios Pourangahua se le atribuye la oración maorí más antigua:

«Vengo,
y bajo mis pies
hay una Tierra desconocida.
Vengo,
y un cielo nuevo gira >
sobre mí.
Vengo,
a esta Tierra,
tranquilo lugar de reposo
para mí.
¡Oh, espíritu del planeta!
el extranjero te ofrece modestamente
su corazón en holocausto.»

En Nueva Zelanda, los turistas pueden ver esferas en los bordes de las calles y playas, grandes esferas hasta de un diámetro de 3,16 m. En Moeraki-Beach, al norte de Dunedin, ruedan por montones, de todos los tamaños (Figura 10C). Ya un experto en esferas gracias a mis estudios de las bolas de piedra de Costa Rica, me puse, por supuesto, a examinar concienzudamente la variedad neozelandesa. Estas esferas han sido formadas por la naturaleza. Están constituidas de piedra arenisca por sedimentación de la calcita alrededor de un núcleo. Según los geólogos, estas esferas habrían comenzado a formarse en el período cretáceo superior hace unos 135 millones de años. Si bien se han formado naturalmente, hay ejemplares extraordinarios, entre ellos las llamadas geodas. El concepto de geoda es bastante importante en geología y proviene del griego; se trata de una especie de burbuja de gas dentro de la roca que está total o parcialmente

llena de minerales o recubierta de sedimentos cristalinos. Fuera de los geólogos, hay muchos comerciantes que se interesan por las geodas; las cortan en trozos y las pulen, convirtiéndolas en apreciados adornos que ofrecen en sus negocios de curiosidades. Buscadores de tesoros de esta clase encontraron en 1961, en las cercanías de Olancha, en los confines del desierto de Amargosa una piedra con aspecto de geoda. De vuelta a casa, se dispusieron a preparar la piedra para la venta. Al tratar de partir la supuesta geoda con una sierra de diamante, ésta se quebró porque la piedra, a pesar de su aspecto, no era hueca sino maciza. Los geólogos que partieron la piedra encontraron en su interior una roca desconocida fundida bajo la acción de elevadas temperaturas y cuya superficie reflejaba los colores del arco iris... y en su seno, una clavija metálica de 2 mm. de diámetro y 17 mm. de largo.
¿Curioso?

«¡Horacio, hay más cosas en el cielo y en la tierra que las que dejan suponer vuestros libros!»

La administración norteamericana se esfuerza en mejorar la infraestructura de la isla; en Ponape se construyen carreteras, hay ya una planta de energía eléctrica en funcionamiento, se está construyendo el puerto, hay una, estación radioemisora que transmite música a todo el archipiélago. Pero todo sólo está en sus comienzos; por esto no deja de llamar la atención que, en la pobre isla, casi cada familia nativa posea un automóvil. En muchas cabanas, incluso en aquellas que aún no tienen corriente eléctrica, se ven cajas de música. El propietario de mi llamado hotel de primera clase tiene tres de estos aparatos, y, como si fuera poco, casi siempre tenía los tres funcionando al mismo tiempo; los escasos huéspedes se divertían con dos máquinas automáticas y el día de mi partida, fue entregada en su establecimiento una máquina de calcular eléctrica. No he podido llegar a descifrar el

misterio que hay detrás de esta absurda riqueza. Los nativos son pobres y bastante perezosos, además no tienen ningún interés por los negocios. Debí hacer uso de toda mi habilidad dialéctica para poder persuadir siquiera a dos muchachos que me condujesen todos los días a Nan Madol. Sin duda, los norteamericanos son verdaderos genios como vendedores, pero en todo caso no están dispuestos a regalar sus mercaderías. ¿De dónde sacan los isleños tanto dinero para tantas cosas en su mayoría superfluas? Constantemente me acordaba de los buzos nipones trayendo platino del fondo del mar...
Es posible que haya dejado pasar la ocasión de descifrar el misterio al no aprovechar debidamente unos momentos de especial clarividencia por los que me tocó pasar.
El día anterior a mi partida, recibí una invitación de los nativos para visitar su aldea. Sé muy bien que no se pueden rechazar tales gestos de hospitalidad: no se puede regresar más al lugar en que uno se ha demostrado descortés. La mujer de más edad del clan me saludó y me condujo a través de algunas chozas hasta la plaza del villorrio: mujeres y muchachas estaban acuclilladas delante de un tronco de árbol hueco y, al verme, comenzaron a batir con varillas, marcando un ritmo parecido a un blue. Súbitamente entran hombres y mozos en el círculo marcando el compás en el suelo con los pies y golpeando con destreza troncos de madera afinados para distintos tonos. Me hicieron entrar en el corro; el ritmo era, al comienzo, tranquilo, pero poco a poco fue haciéndose frenético; el compás de las mujeres era cada vez más rápido, hacía un calor sofocante y yo tenía que participar, bailar, correr en círculo y golpear en el suelo con los pies. Lo único que pude ahorrarme fue la lanza. El rock'n'roll de los años cincuenta resultaba suave como un tango en comparación con nuestra exhibición.

Pero me esperaba algo aún peor.

Me condujeron a una choza; en el suelo había una gran piedra plana; seis hombres y yo tomamos colocación alrededor de la piedra. Unos muchachos de la tribu trajeron raíces de un árbol nuevo (lat. *piper methysticum).* Con un manojo de lianas limpiaron un poco las raíces y las colocaron sobre la piedra. Los hombres cogieron piedras de moler y comenzaron a machacar las raíces al mismo compás. Al cabo de media hora, comenzó a salir de las raíces una masa pastosa y pegajosa de color café. Los muchachos trajeron entonces unos manojos de fibras vegetales y los extendieron cuidadosamente a lo largo de los cantos de la piedra. Ahora los machacadores comenzaron a barrer la papilla de la piedra volcándola sobre las fibras y, por parejas, fueron retorciendo las fibras hasta formar una cuerda. La malsana salsa que goteaba sobre cascaras de coco se llama sagú.

Un adolescente inocente — los ritos decretan que es inocente — se arrodilló ante mí y, sin mirarme a los ojos — lo que está severamente prohibido —, me pasó la cascara. ¡Qué es lo lo que no se hace en aras del entendimiento entre los pueblos! Me llevé la cascara a los labios; todos los ojos estaban fijos en mí. Tragué algunos sorbos y pasé la cascara a mi vecino quien bebió del terrible brebaje como si se tratara de un champagne de primera clase. Se volvió a llenar la cascara y todos disfrutaron del banquete, hasta que finalmente comenzaron a recostarse cayendo en profundo sueño.

El sagú produce el efecto de una droga, pero no causa apego ni tampoco dolor de cabeza al despertar. Dicen que el sagú provoca un efecto semejante al LSD. He leído que el LSD lleva por momentos a estados de sobrenatural clarividencia. Si hubiese tragado un poco más del repugnante zumo, a lo mejor, bajo la impresión de lo sucedido en los últimos días, hubiese recibido la inspiración que tanto me faltaba para descifrar de un golpe los misterios

de Nan Madol. Así las cosas, no me resta sino plantear mis interrogantes a los especialistas que, hasta el momento, sin mayor clarividencia, siguen pescando en aguas turbias.

Dicho sea de paso: Nan Madol es una palabra compuesta en la lengua de los ponapeses y significa «lugar de los espacios intermedios».

Sobre las rutas de los indios

Brasil, tierra de extremos - El misterio de las Siete Ciudades - Yde nuevo las conjeturas - Escritura jeroglífica «internacional» - Oso Blanco lee los símbolos - Leyenda de la Ciudad Roja del Sur - La blanca que se sumergió en la selva - Cómo los antepasados de los hopi descubrieron la Tierra - Astronautas kayapos - La leyenda de Bep Kororoti.

Desde el extremo sur de Sicilia hasta Hammerfest, la ciudad más al norte de Europa, se vuela, sobre una ruta de 4.000 Km., a través de ocho países. En un vuelo de Moscú al Yemen, se pasa, en un recorrido aproximadamente igual, sobre siete naciones distintas. Tomemos ahora un avión en Cacipore con destino a Río Grande, y a través de los 4.000 a 4.500 Km. de recorrido en dirección norte-sur, veremos extendida sobre la alfombra terrestre una sola nación: Brasil. Incluso en la dirección oeste-este, desde la frontera con Perú hasta Recife, en el Atlántico, es todo un solo país: Brasil. Con una superficie de 8.511.965 Km.², sólo Rusia, China, Canadá y EE. UU. sobrepasan en extensión a este gigante sudamericano.

Esta tierra pujante y poderosa está llena de misterios.

Si, por ejemplo, en el curso de un vuelo «normal» de 2.000 Km., un piloto de la VASP divisa torres o aldeas o

ruinas que no aparecen señaladas en los mapas, procederá en seguida a determinar su posición geográfica exacta y pasará el comunicado correspondiente. Apenas tres días más tarde, cuando se llega para verificar la información, es muy posible que las torres, aldeas o ruinas ya no estén más a la vista. Lo que había sido sólo momentáneamente visible debido a condiciones atmosféricas favorables, al estado de los vientos en ese momento o quizás a causa de incendios en los bosques, hace ya tiempo que ha sido nuevamente devorado por el insaciable Moloch de la selva verde.

Brasil es la tierra de los extremos. Es difícil formarse una idea cabal de lo que es en la actualidad o de lo que fue su prehistoria. Desde que la Dodge, VW, Ford y Chevrolet se instalaron en este país produciendo toda clase de vehículos, casi todos los días tiene lugar un nuevo descubrimiento arqueológico: objetos encontrados bajo tierra por los zapadores durante los trabajos de construcción de carreteras. Nadie puede formarse una idea de cuántos objetos valiosos se pierden para siempre bajo los montones de tierra excavada.

La arqueología es en Brasil un pasatiempo popular, pero los arqueólogos profesionales son raros en este país. Si en otra parte se tuviese conocimiento de una tal sobreabundancia de riqueza arqueológica, las universidades habrían organizado expediciones científicas y los gobiernos habrían proporcionado la ayuda financiera necesaria, pero aquí todo es diferente.

La extensión del territorio, la inmensa variedad de la riqueza arqueológica en él contenida, pero muy especialmente las dificultades de acceso, hacen imposible una exploración y examen planificados.

Si llega a descubrirse una ciudad prehistórica olvidada y resulta además que es accesible con vehículos apropiados al objeto, pasarán años antes de que se disponga del dinero necesario para equipar una expedición moderna. Con mucha frecuencia, esto significa: demasiado tarde.

Los hallazgos arqueológicos en Brasil se deben en su mayor parte a la fortuna, al tesón y al celo de los aficionados. El austríaco Ludwig Schwennhagen fue uno de estos obsesionados. Era profesor de Filosofía e Historia y vivió durante largos años en Teresina, la capital del estado de Piau, en el norte del Brasil. Schwennhagen fue el primero que, en 1928, en su libro *Antiga Historia do Brasil,* escribió sobre las misteriosas Siete Ciudades. Cuando finalmente en 1970 vio la luz la segunda edición de su libro, su autor había muerto hacía ya tiempo como maestro de escuela en la pobreza.

La primera vez que oí hablar de Schwennhagen fue por boca del doctor Renato Castelo Branco, quien me entregó una invitación de la Gobernación de Piau para visitar las Siete Ciudades.

—¿Y dónde se encuentran estas Siete Ciudades? —pregunté.

—Solamente a 3.000 Km. de aquí por vía aérea —contestó el doctor Branco—. Al norte de Teresina, entre la pequeña ciudad de Piripiri y el río Longe. ¡Pasado mañana podemos estar allá!

El que hayamos llegado a Teresina con gastos pagados por el gobierno se debe ciertamente a dos razones: *Recuerdos del Futuro* y *Regreso a las Estrellas* han tenido gran circulación en Sudamérica, especialmente en Brasil, y abren al autor todas las puertas. Además, el gobernador de Piau tiene la intención de convertir el área de las Siete Ciudades en parque nacional y no escatima publicidad en sus propósitos.

Se llega a Piripiri desde Teresina por una buena carretera de 160 Km. de largo. El paisaje es plano y de un verde intenso. Los bordes de la carretera hacen las veces de un ribete en torno de los matorrales empujados por la espesa jungla. Jabalíes, vacas y caballos salvajes hacen el tráfico de transeúntes un tanto peligroso. Si bien casi en el ecuador, el clima es soportable: desde la costa, a sólo 300 Km., sopla constantemente una suave brisa. Desde

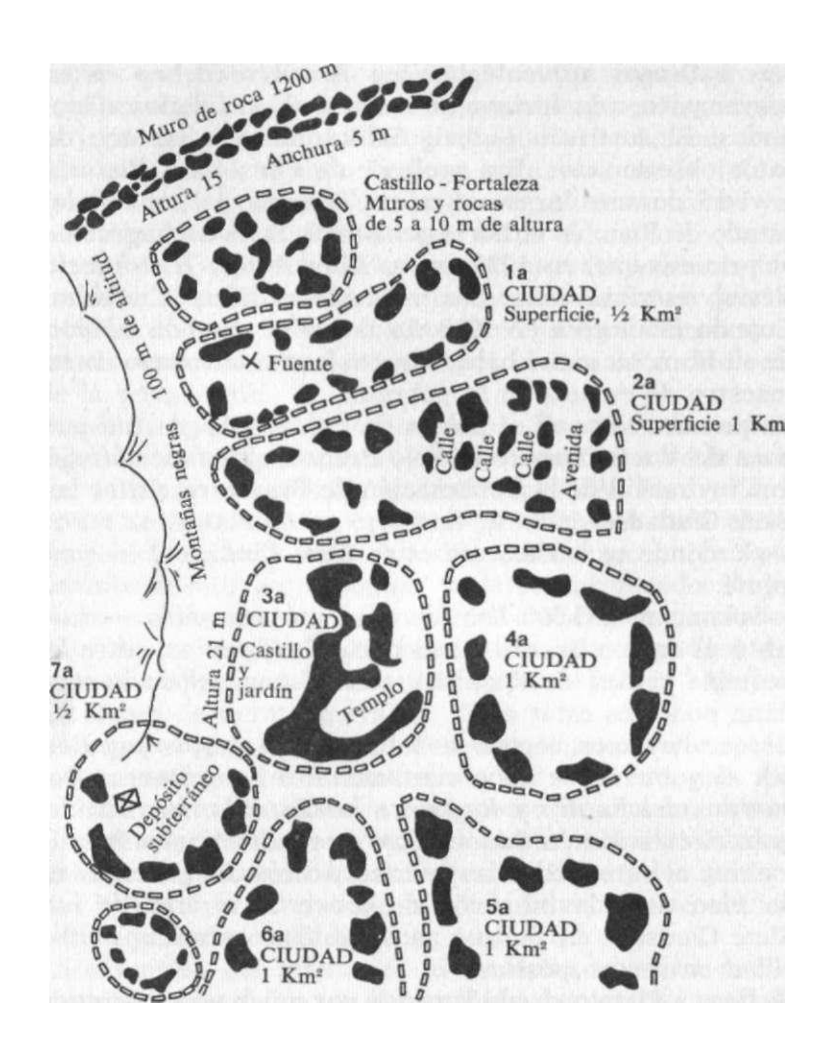


FIG. 43. Plano de Siete Ciudades. Se puede reconocer un orden en medio del caos. ¡Rocas destrozadas por poderes apocalípticos!

Piripiri se viaja a Siete Ciudades por un camino rural de 16 Km. de largo, utilizable por vehículos para toda ruta. Repentinamente se llega a la primera ruina (Fig. 43). ¡Absurdo, aquí no se puede hablar de ruinas! Aquí no se ven restos de piedras que pudiesen haber estado apiladas en otra época. No se ven monolitos de cantos afilados y superficies esculpidas como en Tiahuanaco, en la meseta boliviana.

Por mucho que se busque y por muy fértil que sea nuestra fantasía, no descubriremos ni peldaños ni escaleras ni callejuelas. Siete Ciudades es un tremendo caos, algo así como Gomorra, que fue aniquilada con fuego y azufre desde el cielo. La roca está destrozada, seca, ha sido derretida por poderes apocalípticos. Y debe hacer mucho tiempo que la ira del cielo se hizo presente aquí.

Aquí no se han hecho excavaciones. Jamás ha intentado la ciencia retirar capa por capa del pasado.

Aquí se yerguen extrañas formas de piedra, monstruos con miembros cual signos de interrogación desde el suelo. Un perito que puso a mi disposición el gobernador de Piau para que me sirviese de acompañante me dijo que se suponía que las Siete Ciudades debían su singular forma a la erosión provocada por los glaciares. Es posible, pero personalmente no puedo aceptarlo. En todas partes del mundo —y esto precisamente lo he observado muy bien en Suiza, mi patria— los glaciares dejan en su retirada anchas bandas de roca de erosión como huellas inequívocas. Aquí, en cambio, no hay tales huellas. Siete Ciudades tiene un contorno de 20 Km. de diámetro. Mi acompañante me ofreció otra suposición: esto habría sido hace mucho tiempo el fondo de un mar y las Siete Ciudades no habrían sido otra cosa que restos de rocas arrastradas por la erosión. El viento y los cambios de temperatura habrían más tarde modelado los pintorescos y singulares restos (Fig. 44).

Posiblemente, ¿por qué no?

Me ha tocado ver las obras más singulares producidas

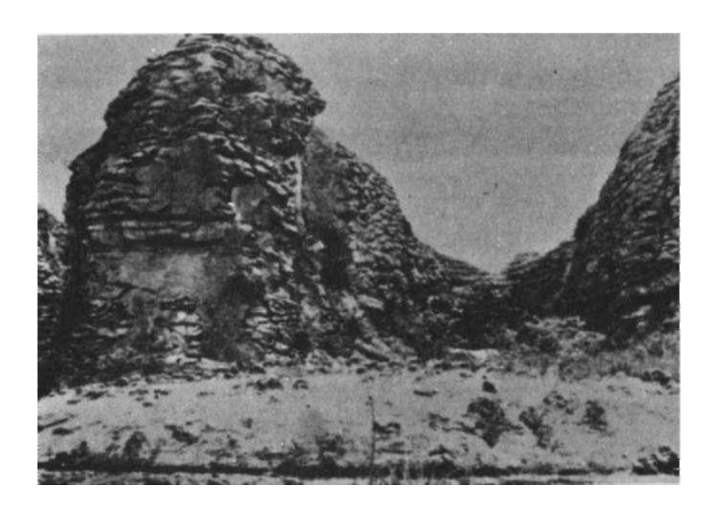


FIG. 44. Ruinas de Siete Ciudades. En medio del caos, aún puede reconocerse una organización en siete sectores. Hasta la fecha, ninguna investigación científica se ha hecho aquí.

por la fantasía y las inagotables posibilidades de la naturaleza. Grotesco y maravilloso es el Death Valley en los EE. UU., la Catedral de Sal en Colombia, la Caldera de Granito en Bolivia, las extrañas y casi arquitectónicas barandillas del Mar Muerto. Sin duda que a la madre naturaleza no le falta humor.

Sin embargo, en Siete Ciudades, me parece todo tan inexplicablemente diferente...

En el mapa «oficial» de Siete Ciudades puede apreciarse claramente la coordinación de las «ruinas» en siete sectores. ¿Azar? ¿Caprichos de la naturaleza? Me resultó imposible aceptar tanto orden *intencionado* como el resultado de un juego de la naturaleza. Al contrario, me parece que detrás de este orden ha existido un plan bien preciso. Especialmente me llamó la atención la escoria de metal triturado que asoma por entre las capas de roca y cuyas huellas de orín semejan lágrimas cayendo por su superficie. Dentro de todo el caos aparece lo singular con demasiada frecuencia y con demasiada regularidad. Es posible que algún día se encuentre una explicación geológica para las «Tortugas» (Fig. 45), la gran atracción de

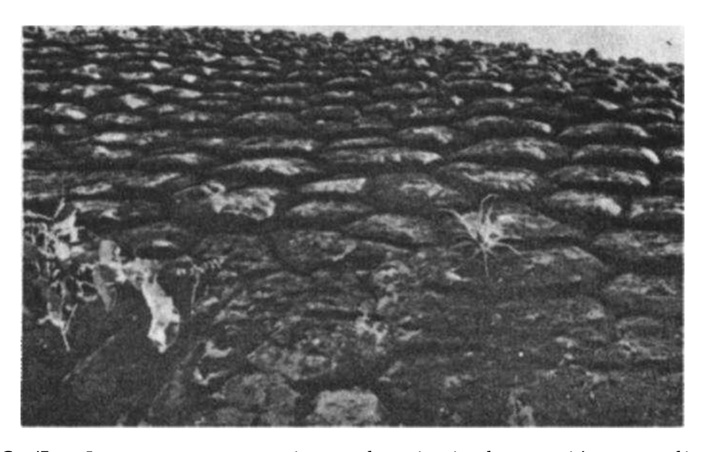


FIG. 45. «Las tortugas» constituyen la principal atracción en medio de la desolación de Siete Ciudades. A falta de investigación, no se sabe nada a ciencia cierta.

Siete Ciudades. A falta de investigación, no se sabe nada con precisión. Si bien el origen de Siete Ciudades es un misterio y posiblemente continúe siéndolo, las pinturas en las rocas son hechos ciertos: se pueden ver, tocar y fotografiar. Es indiscutible que estas pinturas datan de mucho antes que las frágiles y arruinadas formas pétreas. Siete Ciudades tiene dos «pasados»: uno oscuro y primitivo que quizás jamás se llegue a conocer y uno «moderno» que, en todo caso, es también prehistórico.

¡Una vez más, no tenemos la menor sospecha de quién pudo ser el autor de las pinturas en las paredes! Lo que

sí aparece claro es que los artistas prehistóricos —con pocas excepciones— recurrían a los mismos motivos y símbolos, como puede observarse en las pinturas de cuevas y rocas por todo el mundo: círculo, rueda (con rayos), Sol, círculos concéntricos, rectángulo inscrito en un círculo, variedades de cruces y estrellas. ¡Cómo si hasta en los lugares más apartados los artistas procedieran de la misma escuela!

En su libro *Kult Symbol Schrift,* Oswald O. Tobisch ha mostrado, valiéndose de cuadros, que los dibujos en las rocas de Africa, Europa, Asia y América están emparentados entre sí. Al final de su estudio comparativo, plantea Tobisch asombrado la pregunta:

> *¿Hubo tal vez en alguna época un concepto único de dios en una, a nuestros ojos, casi incomprensible «internacionalidad» y estuvo acaso la humanidad de aquellos tiempos todavía bajo la influencia de la «revelación original», del Dios creador único y todopoderoso a quien están sujetos materia y espíritu, todo el universo con sus astros y seres vivientes?*

Citaré sólo unos pocos ejemplos de las extravagantes ocurrencias de los pintores de Siete Ciudades, pero, con todo gusto, pongo a disposición de los investigadores mi voluminoso archivo fotográfico:

Llaman la atención los círculos rojo amarillos con su inconfundible aspecto de señales; las pinturas a dos colores en las rocas son muy raras: incuestionablemente, deben comunicar algo muy especial (Fig. 46).

También es muy notable un esquema con aspecto de dibujo técnico. El objeto representado se asemeja a un tubo de ensayo; en la mitad inferior pueden distinguirse dos banderolas; puede verse una barra gruesa de color rojo y de 32 cm. de alto a la cual están adheridos cinco ovales a la manera de un árbol de navidad. No se ve nada que pertenezca al mundo prehistórico como, por ejemplo, animales, plantas o astros (Ver fig. 47).



FIG. 46. Llaman la atención los círculos rojo amarillos. Indudablemente se trata de señales.



FIG. 47. Notable, y a mi saber sin nada que se le asemeje en el catálogo internacional de dibujos en rocas, es este esquema que parece un tubo de ensayo.

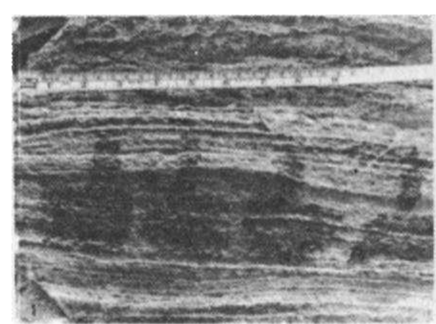
He ahí una línea bajo la cual se ven cuatro esferas como si fueran notas musicales. Dado que los hombres prehistóricos no tenían escritura musical —¿quién lo discute? —, debe tratarse de otro medio de comunicación gráfica. Y como haciendo juego, un antiguo relieve hindú: esta vez con nueve «notas» bajo la línea y dos por encima. Los investigadores hindúes, valiéndose de textos en sánscrito, identificaron el relieve como representación de una vimaana (aparatos voladores). *(Regreso a las Estrellas,* página 195.)

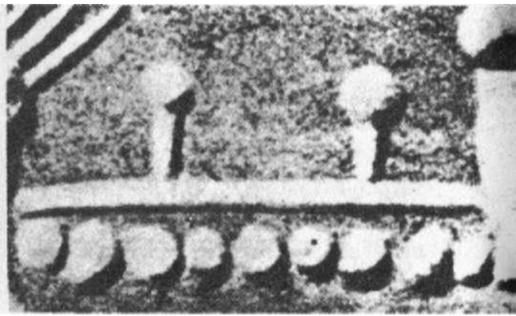
Sumamente curiosa es una máquina voladora (Fig. 49) que parece haber sido dibujada por un niño. Los pintores de la prehistoria lo estilizaban todo con una simplicidad extraordinaria. ¿Qué sirvió aquí de modelo?

Lo que encontré más singular e impresionante fue *una pared con astronautas:* dos figuras con cascos redondos, sobre ellos flota un objeto que los visionarios tomarían por un ovni; entre las figuras hay una espiral; al lado se ve una imagen que no impone ninguna constricción a la fantasía interpretativa.

Un jeroglífico sutil. ¿Qué podrá ser? *¿Una estación en órbita* (Fig. 50)? En los bordes, círculos concéntricos con

FIG. 48. El dibujo de la izquierda, hallado en una pared de roca de Siete Ciudades, se parece a un relieve indio antiguo identificado por los investigadores como «vimaana», un aparato volador.





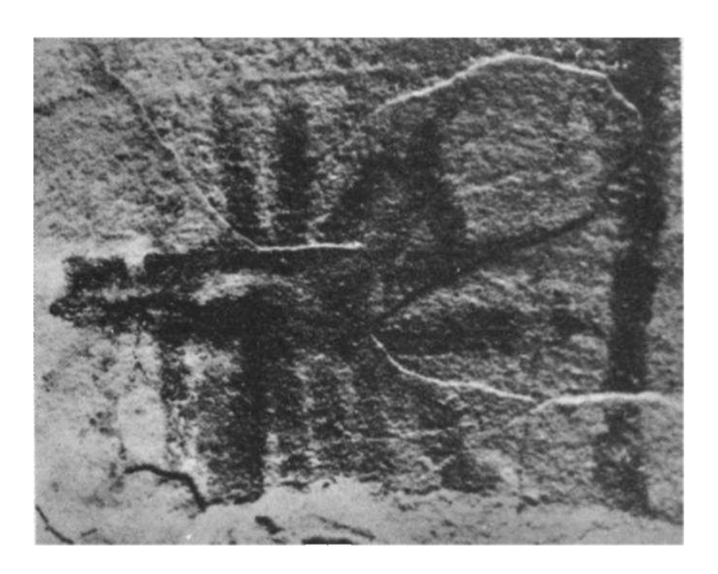


FIG. 49. Los pintores de la prehistoria siempre estilizaron los objetos de su medio. ¿Cómo habrá sido esta máquina voladora?



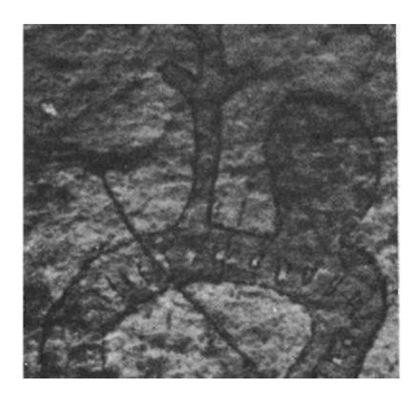
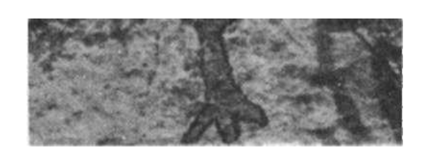


FIG. 50. Un jeroglífico sutil ¿estación espacial en órbita? ¿círculos concéntricos con ventanillas? ¡Uno de los hallazgos más enigmáticos de Siete Ciudades!



ventanillas... círculos con un contrapeso... con una bifurcación. A fin de apreciar mejor el dibujo, repasé los bordes con un pedazo de carbón. Por último, pero no menos interesante: un dibujo primitivo que muestra un *astronauta* con su traje espacial completo. Con Ernst von Khuon, me pregunto: ¿los dioses eran astronautas?
Muy curioso, y hasta ahora inexplicable, es el lugar en que se encuentran estas pinturas. Todas las muestras aquí reproducidas están pintadas en una pared difícilmente accesible, a una altura de 8 m. Creo que los pintores (¡en caso de no haber sido gigantes!) han debido ejecutar su trabajo sobre una especie de pedestal hecho con bloques de piedra, pero no se ven rastros de las ruinas del supuesto pedestal por ninguna parte. La corrosión de dicho cuerpo podría haber sido un buen indicio para saber la antigüedad de las pinturas de Siete Ciudades...
En Arizona y Nuevo México, EE. UU., se encuentran los cotos de caza de los indios hopi, pertenecientes a la gran familia de los indios pueblo. Aún en nuestros días, hay alrededor de 18.000 indios hopis. Sus industrias principales son el tejido del algodón y la alfarería, actividades que vienen desarrollando desde comienzos de nuestra era. A pesar de haber sido víctimas de una brutal persecución y de las oprimentes bendiciones de la civilización, los hopi han conservado en sus reservas toda la pureza de sus primitivos ritos y costumbres, como asimismo sus leyendas transmitidas por vía oral de generación en generación.

El cacique del año 1972 se llama White Bear (Oso Blanco). Este hombre es capaz de interpretar la mayor parte de los dibujos primitivos en las rocas. Así, White Bear sabe que la palma de la mano con los cinco dedos extendidos al lado de una de estas pinturas significa que la tribu que hizo el dibujo estaba aún en posesión de toda la tradición. White Bear puede interpretar al instante dibujos primitivos dejados en rocas o cuevas de lejanos países y que él nunca había visto antes. Desgraciadamente, el cacique es demasiado reservado y — no sin razón — muy desconfiado con los blancos. Los petroglifos que hay en las reservas tienen una estructura notable, y hay paredes enteras cubiertos de ellos (Fig. 51).
¿Y qué nos relata la leyenda de los hopi?
El primer mundo — dice — habría sido Toktela *(Toktela* significa *espacio infinito).* En el primer mundo sólo ha-

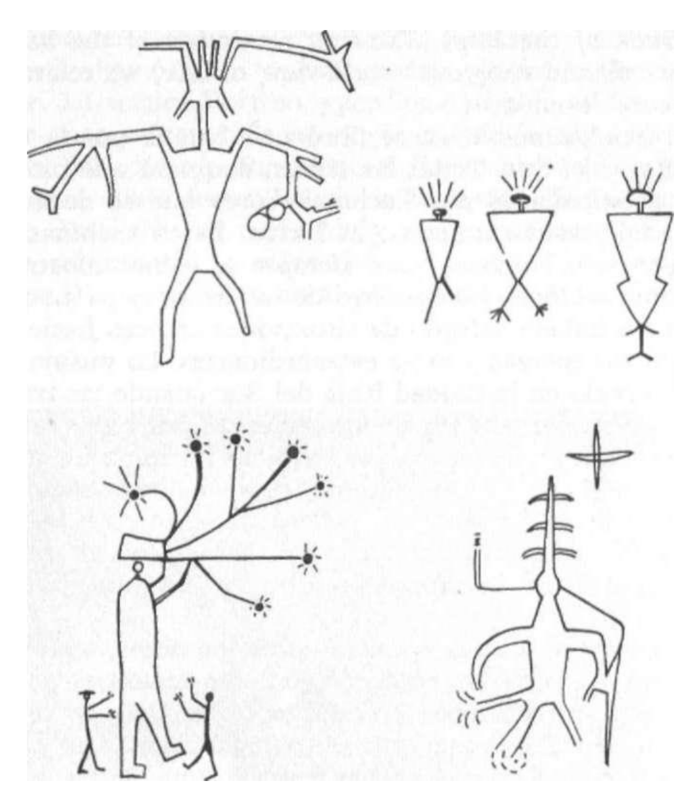


FIG. 51. En las rocas de las reservas hay una gran cantidad de petroglifos, pero son a menudo de difícil acceso. De entre estos cuatro croquis tomados de las rocas, llama especialmente la atención el «Star Blower». Como puede verse, en todas partes aparecen complementos con forma de antenas.

bría estado Taiowa, el creador. Los antepasados habrían pasado por muchos mundos antes de instalarse en nuestro planeta. Taiowa les impuso como ley suprema la siguiente: «¡No matarás!» Siempre que entre los hopi hubo enemistades o querellas, los contrincantes partieron en direcciones opuestas en busca de nuevos territorios de caza. No obstante, cada bando se atuvo en todo momento a las leyes de su tradición, dejando a su paso invariablemente las mismas huellas en rocas y cuevas.
En *Book of the Hopi* (The first revelation of the hopi's historical and religious world-view of life) se relata la siguiente leyenda:

Hace muchísimos años, se libró una batalla por la Ciudad Roja del Sur. Todas las tribus, doquiera que fuesen, iban acompañadas por kachinas, seres que se decía no eran del «cuarto mundo», la Tierra. Estos kachinas no habrían sido hombres, pero siempre se habían mostrado como protectores y consejeros de las tribus, y ya muchas veces los habían salvado de situaciones críticas haciendo uso de sus fuerzas y artes extraordinarias. Lo mismo había ocurrido en la Ciudad Roja del Sur cuando las tribus hopis se vieron repentinamente atacadas por todos lados. Con la rapidez del viento, los kachinas abrieron un túnel por el que los hopis pudieron escapar ilesos hasta la retaguardia del adversario. Al despedirse, dijeron los kachinas al cacique: «Nos quedamos para defender la ciudad. ¡Aún no ha llegado la hora de partida *para nuestro planetal»*

Si nos atenemos a las tradiciones de los hopis, todas las pinturas rojas en las rocas no son sino mensajes primitivos con instrucciones precisas a los miembros de la tribu que debían pasar por estos lugares: aquí se construyó un túnel... conduce en esta o aquella dirección — tuvimos contacto con mensajeros de los dioses — tenemos aparatos enterrados en este o en aquel lugar...
Estoy preparando un experimento interesante: tengo el proyecto de mostrar al gran cacique White Bear mis fotografías en color de los dibujos en las rocas y cuevas de Siete Ciudades. Quien sabe, a lo mejor «lee» en los motivos y símbolos que por fin se halló nuevamente la misteriosa Ciudad Roja del Sur...
De regreso a Teresina, esperé con ansiedad mi próximo *rendezvous* con Felicitas Barreto (Fig. 52), una investigadora brasileña de primer rango. Su libro *Danzas Indígenas del Brasil* con descripciones de las danzas rituales de distintas tribus indígenas, me había impresionado profundamente. Habíamos mantenido correspondencia desde hacía algunos años y ahora podría conocerla personalmente. La señora Barreto, «perdida» para la civilización desde hace veinte años es originaria de la abandonada región del alto río Paru, en el límite con la Guayana Francesa. Viajó hasta Belem en un avión de la Fuerza Aérea Brasileña; el vuelo ida y vuelta a Teresina se lo había garantizado yo mismo.

—¡Por Dios, qué ruido aquí! ¿No podríamos refugiarnos



FIG. 52. En Teresina tuve una entrevista con la famosa etnóloga Felicitas Barreto. Desde hace veinte años vive entre los indios de la selva a orillas del Paru.

en una cueva tranquila? — dijo la señora Barreto, una señora de cierta edad y firme contextura. Me procuré la habitación más tranquila que había en el Hotel Nacional. He aquí algunos extractos de la conversación tomados de la cinta magnética:

—¿Desde hace cuánto tiempo que no viene usted a la ciudad?

—Desde hace casi exactamente veinte meses. ¡Pero este solo día ya me basta para mucho tiempo! Siento nostalgia por mis indios de la selva...

—¿Nostalgia? ¿Por qué?

— Muy sencillo, por la naturaleza. He aprendido a conversar en silencio con los árboles, las piedras, los animales y el rocío. Entre los indios se habla poco, pero todos nos entendemos.

—Usted vive entre indios salvajes. ¿Cómo no le han dado muerte siendo blanca?

—Los indios no son como los pintan, además soy mujer y una mujer es como una serpiente sin veneno, como una arma sin punta. Por mi pelo rubio me llaman «Media Luna Pálida». Todas las tribus saben de mi presencia y todas me conocen bajo este nombre, y cuando cambio de tribu me reciben en todas partes con mucho cariño.

—¿Y cómo viste usted, usa jeans?

—¡Qué va! casi siempre ando desnuda o con un taparrabos. El cacique de la tribu con la cual vivo actualmente me ha propuesto hacerme su tercera esposa...

...¡Dios mío! ¿En todo caso no habrá dado eLsí todavía?

—Aún no ¡pero no estaría del todo mal ser la tercera esposa del cacique! Como tercera esposa, me correspondería el mínimo de trabajo y además, entre las tres podríamos pegarle al cacique...

—¿En serio?

—Naturalmente, ¿por qué no? Cuando un indio no se comporta correctamente con sus mujeres o bien las molesta, entonces sus esposas le dan una paliza. Después de recibido el castigo, debe irse de la casa en dirección al río

y esperar allí acuclillado. Si al caer la tarde no ha ido a buscarlo ninguna de sus mujeres, deberá pasar esa noche y todas las siguientes en la casa de los hombres y buscarse nuevas mujeres. Es posible que sea debido a estas severas costumbres que los indios son unos verdaderos caballeros... Y hay otra cosa: la tribu jamás abandona a uno de sus miembros, aun cuando se trate de un individuo reprobable o que se encuentre gravemente enfermo. En dos ocasiones fui mordida por serpientes venenosas; durante varios días estuve sin poder recordar nada. Los indios se encargaron de cuidarme y me sanaron con hierbas que masticaban y luego aplicaban sobre mis heridas.

—Usted conoce mis libros. ¿Qué saben los indios acerca de la idea que el hombre provendría del cosmos?

—Déjeme contestarle con una leyenda que relata la tribu de los kaiato. Esta tribu vive en el alto Xingú, en el estado de Mato Grosso. Por lo demás, todas las tribus conocen ésta u otras leyendas semejantes...

Muy lejos de aquí, en un astro lejano, había reunido un consejo de indios que, después de deliberar, tomaron la resolución de irse a vivir a otro lugar. Los indios comenzaron a abrir un pozo en el suelo, y fueron cavando cada vez más hondo hasta que salieron al otro extremo del planeta. El cacique se dejó caer por el pozo y, después de una noche larga y fría vino a dar a la Tierra, pero en nuestro planeta la resistencia del aire se hizo tan fuerte que lo lanzó de rebote de vuelta a su patria. Entonces el cacique contó lo que le había sucedido a los otros miembros del consejo, que había visto un hermoso mundo azul con abundante agua y verdes bosques y que, a su parecer, era el lugar indicado que buscaban. El consejo aprobó la sugerencia del cacique y ordenó a los indios fabricar largas cuerdas con copos de algodón. Por estas cuerdas se fueron deslizando pozo abajo, lentamente, a fin que la Tierra no los rechazara nuevamente. Como ahora entraron con tanta lentitud en la atmósfera de la Tierra, el viaje resultó esta vez un éxito y desde entonces

empezaron a vivir en nuestro mundo. Al comienzo, cuentan los kaiato, había contacto con su antigua patria mediante la cuerda, pero un día vino un hechicero malvado que la cortó, y desde ese día están aguardando que sus hermanos y hermanas del cosmos puedan finalmente localizarlos de nuevo en la Tierra...

-—¿Todavía hablan los indios de las estrellas?

—¡No precisamente de las estrellas, pero con las estrellas! A menudo se pasan horas enteras sentados en círculo, tomados de los hombros y permanecen así en silencio, sin decir una palabra. Si, después de una de estas sesiones, le pregunta a alguno qué estaban haciendo, con toda seguridad no le dará respuesta alguna, pero sé, por las mujeres, que los hombres hablan con el cielo.

—¿Oran tal vez?

—¡No, dialogan mentalmente con alguien allá arriba! La señora Barreto se encogió de hombros y señaló el techo de la habitación.

—Dígame ¿conservan aún los indios ritos u objetos rituales que tengan cierta relación con el cosmos?

—¡Por supuesto! Ahí están los hombres emplumados, indios que se cubren con plumas de pies a cabeza para asemejarse a los pájaros que con tanta facilidad se encumbran al cielo y ahí están los innumerables tipos de máscaras que se prestan para interpretaciones a gusto del cliente. De algunas máscaras salen ramas con múltiples bifurcaciones — ¡como sus antenas en los dibujos de las cuevas! —. ¡A menudo se visten los indios con disfraces de paja a fin de asemejarse a sus legendarios antepasados! Joao Americo Peret, uno de nuestros etnólogos de mayor renombre, ha publicado hace poco algunas fotos que tomó ya en 1952 — ¡es decir mucho antes del primer vuelo espacial de Gagarin! — de indios kayapos con trajes rituales de la tribu. Al ver estas fotografías, se piensa inmediatamente en los astronautas. Los kayapos —no confundir con los kaiatos— viven en el sur del estado de Para, a orillas del Río Fresco...

Joao Americo Peret me facilitó, con toda gentileza, algunas fotos de kayapos con sus «atuendos rituales» para su publicación en la presente obra (Fig. 53). Las tomó en una aldea indígena a orillas del Río Fresco, al sur de Para. En vista de lo singular que resultaba esta mascarada, me permito insistir nuevamente que las fotos fueron tomadas por Peret el año 1952, en una época en que ninguno de nosotros conocía todavía las vestimentas y equipos de los astronautas. Juri Gagarin dio la primera vuelta a la Tierra a bordo de su nave espacial Vostok I apenas el 12 de abril de 1961, y sólo desde esta fecha los astronautas con sus trajes espaciales se nos han vuelto

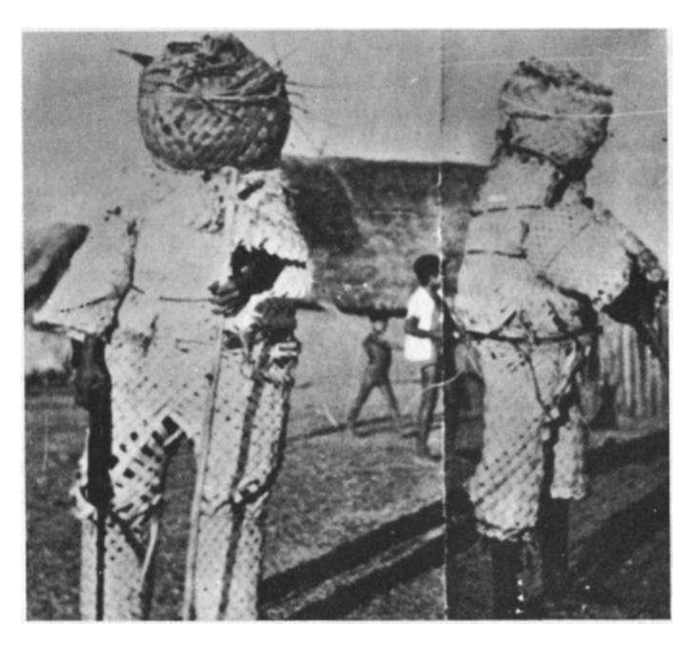


FIG. 53. Estas fotografías de indios kayapos fueron tomadas por el doctor Joao Americo Peret el año 1952, cuando todavía nadie conocía el traje de astronauta. Los indios llevan estas vestimentas rituales en recuerdo a la aparición de Bep-Kororoti, un ser procedente de otro planeta.

tan familiares como los maniquís en los escaparates. Los kayapos con sus imitaciones en paja de los trajes espa¬ ciales no precisan comentarios, fuera de hacer notar que estas «vestimentas rituales» las han estado usando en sus festividades los varones de esta tribu dede tiempos in¬ memoriales, según me hace constar Peret.

A continuación, me permito reproducir una leyenda de los kayapos que me dio a conocer Joao Americo Peret. Esta leyenda también habla por sí misma. Peret la escu¬ chó en el poblado de Gorotire, a orillas del Fresco, de labios del indio Kuben-Kran-Kein, antiguo consejero de la tribu, conocido como Gway-Baba, El Sabio. Hela aquí:

Nuestro pueblo vivía en una gran llanura muy lejos de aquí y desde donde podía verse la cordillera Pu-kato-Ti, cuyas cimas estaban siempre ocultas por la niebla de la incertidumbre, y continúan estándolo hasta nuestros días. El Sol, cansado después de su larga caminata diaria, se recostó sobre el césped detrás del monte y Mem-Baba, el descubridor de todas las cosas, cubrió el cielo con su manto bordado de estrellas. Cuando cae una estrella, Memi-Keniti cru¬ za el cielo, la recoge y la vuelve a colocar en su sitio. Esta es su función, es el eterno vigilante.

Un día, llegó a la aldea un visitante desconocido; se llamaba Bep-Kororoti y venía de la cordillera Pulca-to-Ti. Vestía un bo (el traje de paja de los grabados) que lo cubría de pies a cabeza. En la mano portaba un kop, arma que lanzaba rayos. Todos los de la al¬ dea huyeron al monte aterrorizados, los hombres co¬ rrieron a proteger a mujeres y niños y algunos in¬ tentaron rechazar al intruso, pero sus armas eran insuficientes; cada vez que con ellas tocaban a Bep-Kororoti, caían inmediatamente derribados. El gue¬ rrero venido del cosmos se divertía al ver la fragili¬ dad de sus adversarios. A fin de darles una demostración de su fuerza, alzó su kop y, apuntando sucesivamente a un árbol y a una piedra, destruyó ambos. Todos comprendieron que Bep-Kororoti ha¬ bía querido demostrarles que no había venido a hacer la guerra.

Así, durante un buen tiempo, no hubo mayores pro¬ blemas. Los guerreros más valientes de la tribu in¬ tentaron oponer resistencia, pero a la postre fueron viendo que Bep-Kororoti les estaba resultando cada vez más imprescindible, además, no molestaba a nadie. Poco a poco fueron sintiéndose atraídos hacia él. Su hermosura, la blancura resplandeciente de su piel, su afectuosidad y bondad para con todos fueron gradualmente cautivando a aquellas gentes. Todos fueron experimentando una sensación de seguridad y fueron haciéndose sus amigos.

Bep-Kororoti comenzó a tomar afición al manejo de nuestras armas y empezó a aprender el arte de la caza. Al final, sus progresos habían sido tan grandes que llegó a aventajar a los más diestros de la tribu y sobrepasaba en valor a los más valientes de los nuestros, y así fue como al poco tiempo Bep-Kororoti fue aceptado como guerrero de la tribu y una joven lo escogió como esposo y se casó con él. Tu¬ vieron varios hijos y una hija a la cuál pusieron por nombre Niopouti.

Bep-Kororoti era más inteligente que los demás y pronto empezó a enseñar cosas desconocidas para aquellas gentes. Enseñó a los hombres a construir un ng-obi, esta asociación masculina con que hoy cuentan todos nuestros poblados. En ellas, los hom¬ bres relataban sus aventuras a los jóvenes y así ellos aprendían cómo debían comportarse ante los peli¬ gros e iban formando su criterio. La asociación mas¬ culina era en realidad una escuela y Bep-Kororoti su profesor.

En el ng-obi se hacían trabajos manuales y se per¬ feccionaban las armas, y todo se lo debíamos al gran

guerrero del cosmos. Fue él quien fundó la «Gran Cámara» donde se discutían todos los asuntos de la tribu y así se logró una mejor organización, lo que facilitó la vida y el trabajo de todos.

A menudo los jóvenes se resistían a ir al ng-obi. Entonces Bep-Kororoti se ponía su bo y salía en busca de los rebeldes obligándolos a cumplir con su deber. Cuando la caza se hacía difícil, Bep-Kororoti traía su kop y mataba los animales sin herirlos. Siempre el cazador tenía derecho a reservarse para sí la mejor presa, pero Bep-Kororoti, que no se alimentaba con la comida del poblado, sólo tomaba lo imprescindible para la alimentación de su familia. Sus amigos no compartían su opinión, pero él no alteraba su forma de proceder.

Pero, a medida que transcurrían los años, Bep-Kororoti comenzó a comportarse de un modo diferente. Empezó a eludir a los demás, quería permanecer en su choza. Cuando salía de su morada, se dirigía siempre a las montañas de Pukato-Ti, desde donde había venido. Pero un día no pudo resistir más a su anhelo interior y abandonó el poblado. Reunió a su familia; sólo faltaba Nio-Pouti que andaba fuera del poblado. Partió precipitadamente. Pasaban los días y Bep-Kororoti no aparecía. Hasta que un día se presentó nuevamente en la plaza de la aldea y lanzó un terrible grito de guerra. Todos pensaron que se había vuelto loco y trataron de calmarlo, pero él se resistía a los que pretendían acercársele. Bep-Kororoti no hizo uso de su arma, pero su cuerpo se estremecía y el que lo tocaba caía muerto. Uno tras otro iban cayendo los guerreros.

La lucha se prolongó durante días enteros ya que los guerreros derribados volvían a levantarse nuevamente y trataban de dominar a Bep-Kororoti. Lo persiguieron hasta la cumbre de la montaña. Y ahí sucedió algo tremendo que dejó a todos espantados.

Bep-Kororoti volvió hasta los primeros contrafuertes de la cordillera. Con su kop destrozó todo lo que había a su alrededor. Cuando llegó a la cumbre de la cordillera, había reducido a polvo árboles y matorrales. Entonces se produjo una formidable explosión que conmovió toda la región y Bep-Kororoti desapareció en el aire en medio de nubes llameantes, humo y truenos. La tierra se había estremecido de tal manera que había hecho saltar hasta las raíces de las plantas y había arruinado los frutos silvestres; la selva desapareció de modo que la tribu empezó a sentir hambre.

Nio-Pouti, la hija de Bep-Kororoti, que se había casado con un guerrero y había dado a luz un hijo, dijo a su marido que ella sabía dónde podrían hallar alimento para todo el pueblo, pero que deberían acompañarla a la cordillera de Pukato-Ti. Ante los ruegos de Nio-Pouti, su esposo cobró valor y la siguió hasta la región de Pukato-Ti. Al llegar, Nio-Pouti se dirigió a la región de Mem-Baba-Kent-Kre donde buscó un árbol especial y se sentó en sus ramas con su hijo en la falda. En seguida, pidió a su marido que tirara las ramas hacia abajo hasta que sus puntas tocasen el suelo. Cuando esto sucedió, se produjo una gran explosión y Nio-Pouti desapareció entre nubes, humo y polvo, rayos y truenos.

El esposo aguardó unos días, estaba desmoralizado y deseaba morir de hambre cuando de pronto oye un estruendo y ve que el árbol está nuevamente en su lugar original. Su sorpresa era grande; ahí estaba de nuevo su mujer y con ella Bep-Kororoti, y traían grandes cestos llenos de alimentos que él jamás había visto. Después de algún tiempo, el hombre del cosmos volvió a sentarse en el árbol fantástico y ordenó otra vez flexionar las ramas hasta tocar el suelo. Se produjo una explosión y el árbol volvió a desaparecer en el aire. Nio-Pouti volvió con su marido

al poblado y dio a conocer un mensaje de Bep-Kororoti: todos debían emigrar y erigir sus aldeas frente a Mem-Baba-Kent-Kre, lugar donde encontrarían alimento. Nio-Pouti agregó que debían guardar las semillas de frutos, legumbres y arbustos hasta la época lluviosa y sembrarlas entonces para tener una nueva cosecha. Así comenzó nuestra agricultura... Nuestro pueblo emigró al Pukato-Ti y allí vivió en paz; las chozas de nuestras aldeas se hicieron cada vez más numerosas y, desde las montañas, se las veía tocar el horizonte...

Esta es una traducción del texto de la leyenda que me facilitó el etnólogo Joao Americo Peret. Tan antiguo como la leyenda es el traje espacial de paja que visten los indios en recuerdo a la aparición de Bep-Kororoti.

Curiosidades y especulaciones

Intervenciones quirúrgicas en el cráneo: 2000 A.C. - La cirugía cerebral al servicio de la humanidad y de la navegación espacial - Biotécnica del futuro - ¡Se está construyendo el Kyborg! - Los fantásticos progresos de la técnica espacial - El mensaje a bordo del Pioneer F - Lo que opina el doctor Frank Drake - Más rápido que la luz - Moisés emplea los rayos láser - ¿Estatorreactor en la Isla de Pascua? - Seres con antenas, trajes espaciales y máscaras de gas - El «hombre de hierro» de Kottenforst - El dado de carbón-níquel-acero de Salzburgo - Un zapato con 15 millones de años - La maldición de los faraones - Los Rayos X descubren dispositivos técnicos en las momias egipcias - Observatorios astronómicos del período neolítico - ¿De dónde es originario el banano? - Los uros de sangre negra - ¿Tenían escritura los hombres de la Edad de Piedra? - Dioses-Abejas - La vida es más antigua que la Tierra - Cursillo de perfeccionamiento en la Edad de Piedra - ¿Vuelos espaciales en la India hace 3000 años? - Colonias submarinas en la Bahamas - Masacre de animales en la prehistoria - Las cuevas de Kanheli - ¡Especulaciones! - ¡Ezequiel vio una nave espacial! - Entrevista a Joseph F. Blumrich — mi sueño dorado.

El diplomático americano E. G. Squier halló el año 1863 en Cuzco, en la meseta andina del Perú, un cráneo humano que data de alrededor del año 2000 A.C. Un pequeño huesito rectangular había sido trepanado de la cubierta del cráneo. Squier entregó su hallazgo al antropólogo francés Paul Broca (1824-1880), el descubridor del centro del habla en una circunvalación del cerebro anterior. Broca encontró dentro del cráneo seis filamentos finos como cabellos y diagnosticó una infección ósea, lo que le indujo a deducir, que el paciente había sido objeto de una intervención quirúrgica.

Como se ve, las operaciones del cráneo no constituyen ninguna hazaña de nuestra época. Lo que sí sorprende es que aún en estos tiempos haya gente que se estremece al leer sobre operaciones al cerebro: todos deberían alegrarse a la vista de progresos que pueden liberar al hombre de antiguas dolencias. Pero la lucha contra las enfermedades no es el único acicate para la investigación médica. Lo que quisiera ahora mostrar es cómo las necesidades de la navegación espacial en el futuro son igualmente un importante estímulo para el desarrollo de nuevas técnicas en este campo.

En el Metropolitan General Hospital, Cleveland, USA, trabaja el neurocirujano profesor Robert Y. White, quien estudia la posibilidad de tratar la apoplejía mediante intervenciones quirúrgicas en el cerebro. White se basa en investigaciones de colegas de la Universidad de Keo, en Tokio, quienes realizan operaciones previo enfriamiento de los cerebros a una temperatura de alrededor de seis grados: a una temperatura de 36 grados, sólo habrían escasamente tres minutos disponibles para ejecutar la operación. Desde hace algunos años, White experimenta con cerebros de monos enfriados, y su hazaña de haber logrado mantener con vida durante tres días un cerebro de rhesus separado de su cuerpo causó sensación en el mundo médico. White logró el «cerebro separado» conectando sus vasos sanguíneos a la arteria carótida de

un congénere vivo. Herbert L. Schrader, que presenció uno de los experimentos, relata:

> *«El cerebro separado vive. Emite impulsos eléctricos como cualquier cerebro viviente; puede sentir dolor, temor... posiblemente duerma, a lo mejor sueña. Pero este fragmento de la personalidad del primate no puede ver ni oír ni palpar. El cerebro ya no recibe información del mundo exterior porque todas las vías sensoriales han sido interrumpidas. Tampoco puede escapar porque ya no tiene cuerpo que ejecute sus órdenes. Pero puede impartir instrucciones puesto que la central nerviosa ha quedado intacta y está siendo irrigada con sangre de otro mono. Nadie sabe lo que pasa en tal cerebro porque hasta ahora no se ha logrado descifrar la escritura de sus impulsos eléctricos. Para el científico es sólo un complejo de varios millones de células nerviosas que tienen su metabolismo y emiten impulsos eléctricos.»*

Los colaboradores del profesor White son de la opinión que en el cerebro separado del cuerpo, el proceso se lleva a cabo con mayor rapidez y exactitud que en un cerebro «cargado» con todo el organismo. En su estado de separación, el cerebro es solamente un depósito de información que tomó de los miembros y de los órganos, pero está completamente intacto y capacitado para impartir órdenes con rapidez.

El desarrollo natural de estos experimentos llevará al acoplamiento de un cerebro separado a un ordenador. El especialista californiano del cerebro, doctor Lawrence Pinneo, ha procedido a reemplazar un pequeño sector del cerebro de un mono por un computador. Mediante la nueva técnica pudieron controlarse los movimientos del brazo del animal.

El profesor Delgado, de la Universidad de Yale, fue todavía más allá: procedió a insertar varias sondas en el

centro de agresión del cerebro de la mona Paddy, intercalando además un minúsculo transmisor bajo la piel. Cuando Paddy se enojaba, Delgado oprimía unos botones del dispositivo de comando y la mona (que durante todo el experimento no experimentaba ningún dolor) se ponía mansa como un cordero.

El cirujano londinense del cerebro, profesor Giles Brindley, ya está experimentando con cerebros humanos. Bridley insertó ochenta pequeños electrodos en el encéfalo de una anciana ciega, lo que permitió a la señora volver a reconocer las figuras geométricas. En la clínica de la Universidad de New Orleans, se hizo la experiencia de implantar a tres hombres electrodos en el centro que regula la actividad sexual: con un dispositivo de comando que se lleva en el bolsillo del pantalón o se esconde bajo la almohada quedan, cuando lo desean, en óptimas condiciones para ejecutar el acto sexual. Estos afrodisíacos técnicos pueden tener un gran porvenir en nuestro mundo moderno cargado de tensión...

La biotécnica (bioingeniería) es aún un tierno retoño en el concierto de las ciencias, pero evoluciona rápidamente bajo la presión de las necesidades. El desarrollo de la biotecnia está sólo comenzando. ¿Conseguirán construir el Kyborg, aquella combinación de cerebros separados y computadores? Incuestionablemente. El doctor R. M. Page, Washington, director del Laboratorio de Investigación de la Marina de los EE. UU., ha puesto bajo consideración el proyecto de transmitir ideas, planes y órdenes a un computador por intermedio de un cerebro separado —libre de todo influjo—•. ¿Cuándo se pondrá en ejecución este proyecto? El profesor Robert L. Sinsheimer, California Institute of Technology, Pasadena, USA, opina sobre las perspectivas de la investigación científica:

> *«La historia de la ciencia y de la técnica muestra que, especialmente en este siglo, los hombres de ciencia casi siempre han errado — especialmente los conservadores — cuando han aventurado pronósticos sobre el tiempo que tardarían en encontrar aplicación práctica los nuevos descubrimientos hechos por la investigación científica.»*

El kyborg se hará imprescindible porque solamente los doce mil millones de células nerviosas con las cien mil millones de células del tejido intersticial están en condiciones de almacenar los conocimientos de nuestra época para su empleo en el futuro. Lo que contienen realmente los 1.300-1.800 gramos de nuestra masa cerebral solamente quedará de manifiesto al final de esta amplia investigación. Unicamente el kyborg vendrá a demostrar que, hasta ahora, sólo hemos utilizado una ínfima parte del inmenso depósito de nuestra sustancia gris.

La importancia que tiene la investigación relativa al cerebro y la cirugía cerebral para el bienestar de la humanidad es tan patente que huelga todo comentario, pero también resulta de palmaria evidencia la importancia de esta rama de la medicina para la navegación espacial en el futuro. Sólo hay dos posibilidades para un viaje a los astros. Si en el curso de los próximos decenios no logramos construir mecanismos de propulsión capaces de llevar las naves espaciales a una velocidad cercana a la de la luz (400.000 Km. por segundo), entonces no será posible ni siquiera el viaje a la estrella más próxima, Próxima Centauri: esta estrella está a 4,3 años-luz de nosotros, y 3.000 años terrestres de vuelo son una fantasía absurda. El tiempo, esta gigantesca valla para la realización de los vuelos espaciales podría ser salvado por el kyborg. El cerebro separado — alimentado con sangre fresca mzclada con un líquido nutritivo — se conecta a un ordenador y hace las veces de central de comando de la nave. Según opinión de Roger A. Macgowan, un científico práctico, el kyborg irá evolucionando hasta llegar a convertirse en un «ser» electrónico cuyas funciones estarán programadas en un cerebro separado, quien

se encargará de transformarlas en órdenes. El kyborg no envejece, no enferma, no se resfría ni tiene lagunas en la memoria: sería el comandante ideal para una nave espacial. En esta forma podría salvarse la inmensa distancia entre nosotros y las estrellas...

El progreso de la técnica de la navegación espacial ha sido tan rápido que resulta útil recordar que las primeras mediciones en las cercanías de la Luna fueron hechas por la sonda Lunik II el 13-9-59. Sólo diez años más tarde, en 1969, comenzaron los vuelos tripulados a la Luna.
Hasta este año, que abrió el espacio al hombre, tuvieron lugar los siguientes vuelos no tripulados:

	USA	URSS
en órbita terrestre . . . . ,	529	272
incrustándose en la superficie de la Luna	12	6
en órbita lunar	6	5
incrustándose en la superficie de Venus.		2
en órbita solar	11	8
y los siguientes vuelos *tripulados:*		
vuelos.	15	9
revoluciones en torno a la Tierra .	840	310
piloto-horas en el espacio . . .	2.773	533

El primer objeto volador construido por el hombre que salió de nuestro sistema solar fue la sonda Pioneer F que fue disparada en marzo de 1972 en Cabo Kennedy; esta sonda seguirá viaje indefinidamente. A fines de febrero de 1973 el Pioneer F pasó por las cercanías del mayor

planeta de nuestro sistema solar, Júpiter (perímetro ecuatorial 143.640 Km.). Con una masa 318 veces mayor que la Tierra, Júpiter es más grande que todos los planetas juntos.
Después, Pioneer F abandonará nuestro sistema solar. Ya el lanzamiento de la sonda, con casi 300 Kg. de peso, causó sensación: lanzada al espacio mediante un cohete Atlas-Centauro de tres etapas, debió alcanzar una velocidad de 52.000 Km. por segundo a fin de entrar en una curva balística tangencial al planeta Júpiter. Aquí se batieron todos los récords de velocidad.
El aspecto más interesante del lanzamiento del Pioneer F en febrero de 1973 es la placa de aluminio-oro que lleva a bordo. Los astrofísicos y exobiólogos americanos Cari Sagan de la Universidad de Cornell y Frank Drake del Centro de Investigación Astronómica de los EE. UU. consiguieron que la sonda incluyese una placa de aluminio recubierta de oro de 15,20 X 1,27 cm. conteniendo un mensaje destinado a posibles inteligencias extraterrestres (Figura 54).
Naturalmente, el texto del mensaje no podía estar redactado en ninguno de los idiomas conocidos ya que con toda seguridad no sería comprendido. Sagan y Drake inventaron una escritura ideográfica que, en su opinión, sería comprensible para todos los seres inteligentes.
¿Qué mensaje debería contener la placa?
¿De dónde viene Pioneer F? ¿Quién lo lanzó al espacio? ¿Cuándo fue lanzado? ¿Cuál es el planeta de origen?
Como dibujo que no necesita ser descifrado, se grabaron al pie de la placa el Sol con sus nueve planetas. Las distancias de los planetas al Sol se indicaron con signos del sistema binario de numeración. Por ejemplo, si Mercurio tiene una distancia al Sol de diez unidades — expresado en el sistema binario como 10 10—, entonces la Tierra dista 26 unidades (11 0 10) del Sol. Siendo que el sistema binario de numeración es el «lenguaje» de todos los ordenadores lógicamente construidos, sería, dicen Sagan y

Drake, el más fácil de comprender por nuestros supuestos seres inteligentes. A la derecha de la placa está esquemáticamente representado el Pioneer F sobre la trayectoria Tierra-Júpiter. Delante se ven un hombre y una mujer desnudos. El hombre alza su mano derecha en señal de paz. La mitad izquierda muestra la posición del Sol con 14 líneas que lo sitúan en relación a fuentes de energía cósmica, quedando siempre las distancias marcadas con la notación binaria. En esta forma queda indicada la época de lanzamiento. La flecha que sale del tercer planeta indica que el mensaje fue disparado desde la Tierra (el tercer planeta de nuestro sistema en orden de distancia al Sol). Como «clave» se ve en el ángulo superior izquierdo un esquema que representa un átomo de hidrógeno, cuya estructura es la misma en todo el universo. Con estos datos hasta podría deducirse la estatura de la mujer: la longitud de onda del átomo de hidrógeno en el análisis espectral (representada en la placa por una línea simbólica de 20,3 cm. que parte del Sol) habría que multiplicarla por el número binario 10 00, marcado al lado de la mujer, y que corresponde a un «8» en nuestro sistema de numeración: 8 X 20,3 = 162,4 que sería la estatura de la Eva de la placa: 162,4 cm.

En Nueva York, me fue posible conseguir una entrevista con el doctor Frank Drake. Le pregunté por qué habían enchapado en oro la placa de aluminio.

—Teóricamente, la sonda parte en un viaje de 28.000 millones de kilómetros, pero también podría continuar su viaje por unos 3.000 años luz (un año luz representa una distancia de 9.461 billones de kilómetros, que es el camino recorrido por la luz en un año). Si deseamos que después de un viaje semejante nuestra placa pueda aún ser descifrada por alguien, es necesario protegerla de la corrosión. Lo más económico era fabricarla de aluminio revestida de oro.

—¿A quién va destinado el mensaje?

—A cualquier inteligencia que pudiese algún día descubrir la sonda y someterla a examen e interpretación. Pero el solo hecho de enviar un mensaje cósmico lo interpretamos Sagan y yo como un signo prometedor de una civilización que no solamente está a la espera de recibir mensajes del cosmos sino que ella misma toma la iniciativa y envía estos mensajes.

Me parece que la NASA aprovechó una excelente oportunidad para enviar informaciones a seres inteligentes de otros planetas.

¿Pero qué sucedería si la placa del Pioneer cae en manos de seres que no entienden nada de computadores ni del sistema binario de numeración? ¿No lo interpretarán acaso como una exquisita atención de los dioses allá arriba en el cielo? ¿No comenzarían tal vez a enseñar a sus hijos a hacer dibujos semejantes? ¿No empezarían quizás ellos mismos a fabricar imitaciones para adornar sus templos? ¿No pregonarían posiblemente los arqueólogos de aquellos remotos lugares del cosmos que se trata de requisitos rituales? ¿Cuántas cosas más no podrían hacer los seres «inteligentes» con la placa de Cabo Kennedy?

¿Si científicos del año 1972 han lanzado al cosmos una brillante placa grabada con dos seres de nuestra especie, soles, líneas y círculos, por qué no podrían haber enviado mensajes similares seres extraterrestres a 3.000 años-luz de nosotros? Cuando pongo la copia de la placa del Pioneer junto a una de las placas de oro de los incas y comparo los signos bajo la lupa, me pregunto por qué no comenzamos a mirar todos estos círculos, líneas, rombos, cuadrados y líneas punteadas con ojos de hombres de la era espacial. A lo mejor hasta podríamos descifrarlos (Figura 55).

¿Las perspectivas no serán lo suficientemente atrayentes como para intentar la empresa?

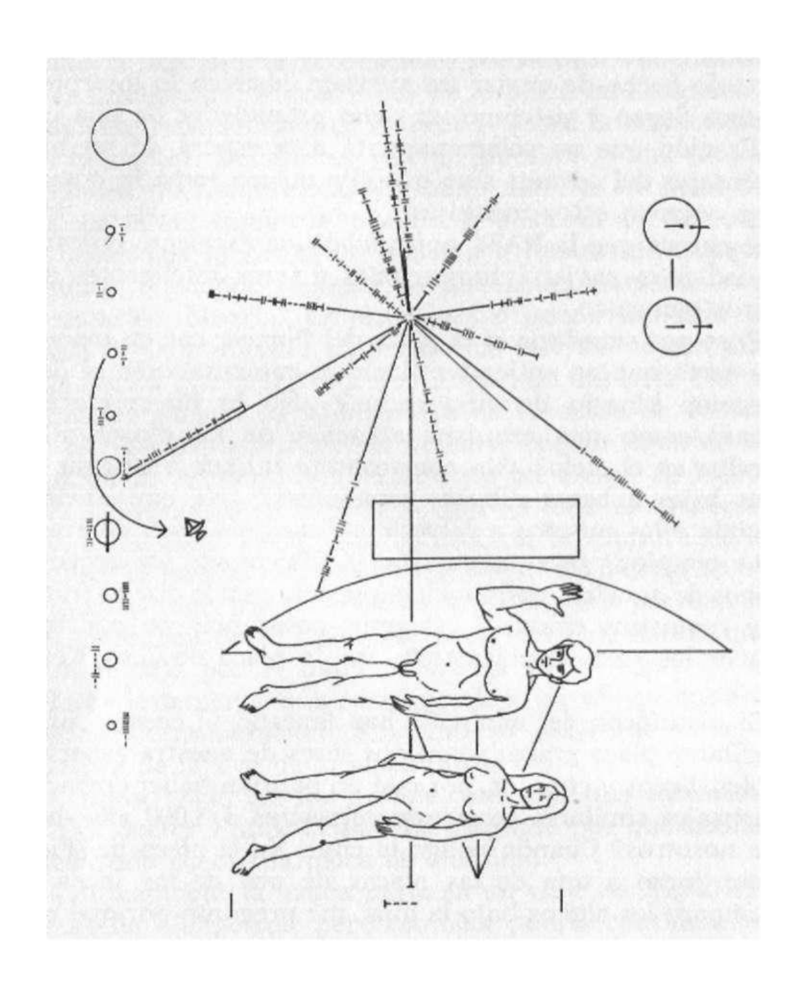


FIG. 54. Esta es la placa de aluminio revestida en oro que llevó el Pioneer F en su viaje de 9.461 billones de kilómetros como mensaje a una posible civilización extraterrestre. Cari Sagan y Frank Drake concibieron una escritura cósmica.



FIG. 55. ¿Esta lámina de oro no será acaso un mensaje de otro planeta? ¡Obsérvense los animales (izquierda) y las marcas «binarias» (izquierda)! ¿Quién descifrará este código? ¿Cuál será su contenido?

En *Recuerdos del Futuro* me permití insinuar tímidamente la posibilidad que la velocidad de la luz tal vez no fuese el límite absoluto de velocidad. Esta frivola indicación fue acogida con un silencio glacial. Al fin y al cabo, todo el mundo sabe que Einstein demostró que la luz es una constante universal, sin embargo en su fórmula toma en cuenta el factor tiempo. El factor tiempo hace que el límite de velocidad sea relativo: por ejemplo, en un cohete, el tiempo transcurre más rápido o más lentamente según sea la velocidad. Esto no contradice en absoluto a la teoría de la relatividad, que ha demostrado en forma concluyente y definitiva que un cuerpo que se desplaza a una velocidad inferior a la de la luz jamás podrá pasar a una velocidad superior a la de la luz con un consumo limitado de energía. ¿Pero qué sucedería con un consumo ilimitado de energía?

En realidad, lo confirman hoy día físicos y astrónomos, que la velocidad de la luz no es el límite absoluto de velocidad. El profesor doctor Y. A. Wheeler, de la Universidad de Princeton, USA, naturalmente un conspicuo conocedor de la Teoría General de la Relatividad y colaborador en el desarrollo de la bomba de hidrógeno, es decir, con toda seguridad ningún visionario, ha concebido un modelo de «superespacio» en el cual pierden su significación tanto el tiempo como la velocidad de la luz. Tan paradójico como suena: en este superespacio, las naves espaciales pueden llegar a su destino instantáneamente.

¿Significa esto que teóricamente están al alcance de la mano todas las posibilidades para la navegación espacial? Posiblemente. Algún día. Con las nuevas partículas subatómicas, los taquiones, luxones y tardiones, se abre a la exploración del físico todo un nuevo mundo subatómico: todas estas partículas se mueven con mayor rapidez que la luz en su sistema inercial (sistema inercial es un sistema de referencia espacio-temporal en el cual se cumple la ley de inercia, es decir, que una masa en él se encuentra o bien en reposo o bien en movimiento a velocidad constante). Los taquiones, luxones y tardiones se desplazan constantemente a una velocidad superior a la de la luz. En otras palabras, los cálculos de energía hechos hasta ahora no son aplicables a estas partículas, puesto que son «por naturaleza» más rápidas que la luz. Nuestro mundo, en el cual la velocidad de la luz es el límite absoluto de velocidad, es un sistema inercial; el mundo de los taquiones, luxones y tardiones con sus velocidades superiores a la de la luz es otro sistema inercial.

Esto lo saben muy bien los físicos actualmente, pero también los astrónomos han descubierto que la velocidad de la luz no es la frontera de la velocidad. Un grupo de investigadores británicos de la Universidad de Oxford, bajo la dirección de Y. S. Alien y Geoffrey Endaen, llegó, después de muchos años de observaciones, a la conclusión que los campos electromagnéticos de la nebulosa de Cáncer en la constelación de Tauro deben desplazarse a una velocidad de 600.000 Km. por segundo. La revista especializada norteamericana *Nature* informó sobre esta doble velocidad de la luz recientemente constatada.

Estos nuevos descubrimientos no son sino los primeros indicios de posibles velocidades *ilimitadas.*

¿Cuánto tiempo hace que se consideraba al átomo como el límite de la división de la materia desde el punto de vista químico, y cuántos años tiene la doctrina según la cual la materia estaría constituida por un enorme número de átomos? Apenas en 1913, el danés Niels Bohr (1885-1962) puso con su modelo atómico (modelo atómico de Bohr) los fundamentos de la teoría atómica moderna. Actualmente se libera la energía que mantiene trabados a protones y neutrones en el núcleo atómico aprovechándola para fines industriales. La energía atómica es suficiente por sí sola para proveer las necesidades energéticas del mundo. La explosión de la primera bomba de hidrógeno norteamericana en la zona de las islas Marshall en 1952 hizo que una humanidad estremecida tomara con-

ciencia de las posibilidades de aplicación práctica de una teoría revolucionaria. He aquí un ejemplo a la mano de cuan rápidamente los primeros descubrimientos de la investigación científica pueden llegar a traducirse en resultados efectivos.

Por lo menos, gracias al descubrimiento de partículas más veloces que la luz, vemos ahora las estrellas un poquito más cerca que antes.

No hace mucho que los autores de novelas fantásticas nos pintaban a seres misteriosos con armas que emitían rayos con los cuales perforaban paredes, destruían armas y evaporaban hombres.

Hoy día estos rayos ya existen en la realidad. Incluso los niños los conocen como los rayos láser. Se trata de un aparato que refuerza los rayos de luz al pasar a través de un cristal. El vertiginoso progreso de la técnica reemplazó los rubíes utilizados originalmente por otros cuerpos sólidos, incluso por mezclas de gases que emiten la luz en forma continua. En el foco de una lente colocada a la luz de estos rayos, se produce un calor tan intenso que es capaz de *evaporar* metales de alto punto de fusión. Actualmente se emplean estos rayos para reforzar la intensidad de la luz en los telescopios astronómicos y para lograr comunicaciones radiales sin interferencias, también se los utiliza regularmente en las fábricas de relojes para abrir finísimos agujeros en láminas metálicas muy delgadas. En las operaciones de los ojos se los emplea para soldar nuevamente la retina desprendida. No es ningún secreto que tanto en Occidente como en Oriente se experimenta con fusiles y cañones de láser.

¿Será tan nueva la idea de los rayos láser?

En el segundo libro de Moisés, capítulo 17, vers. 11-14, me parece que hay referencias bastante inequívocas a un arma de rayos láser:

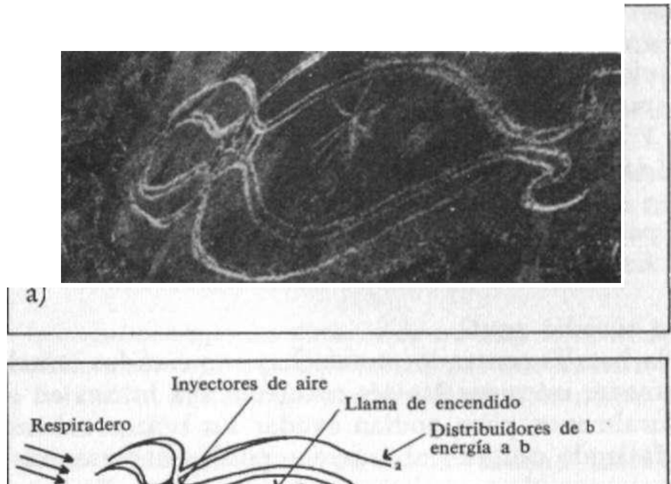
«F *Moisés y Aarón y Hur subieron sobre la cumbre del collado. Y cuando Moisés alzaba las manos, vencía Israel: mas cuando las abajaba un poco, sobrepujaba Amalee.*

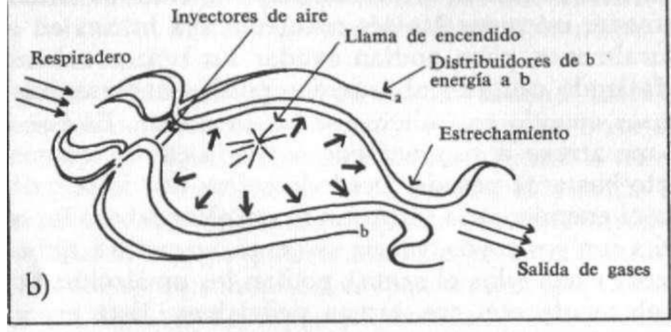
Y Moisés tenía pesadas las manos: por lo que, tomando una piedra, pusiéronla debajo, y se sentó en ella: y Aarón y Hur le sostenían sus manos por una y otra parte. Y aconteció que sus manos no se cansaron hasta que se puso el Sol.»

¿Qué sucedió aquí?

En la batalla contra los amalecitas, vencían los israelitas solamente mientras Moisés mantenía sus brazos en alto. Naturalmente, poco podían ayudar los brazos solamente del fatigado caudillo ni tampoco podían hacerse más peligrosos cuando sus adictos se los sostenían. Es por esto que me atrevo a suponer que sostenía en sus manos un objeto bastante pesado. Desde la colina donde se hallaba, tenía el enemigo a la vista. En tanto alcanzaba a los amalecitas con sus rayos, vencía su gente, en tanto bajaba sus brazos (y con ellos el arma), podían los amalecitas atacar sin obstáculo con sus armas primitivas. Esta especulación mía encuentra nuevo asidero en el mismo capítulo, versículo 9. ¡Se dice allí que Moisés estaría de pie en las alturas de la colina «con la vara de Dios» en la mano! ¿No resultaba acaso lógico que la batalla se tornara adversa a los israelitas cuando Moisés, fatigado, bajaba los brazos?

En *Regreso a las Estrellas* mostré un petroglifo de la Isla de Pascua (Fig. 56a) que representa una extraña figura mitad pez mitad hombre. Entretanto, un lector técnicamente versado (Horst Haas) me ha hecho notar que el referido petroglifo pudiera muy bien ser una representación de un estatorreactor (Fig. 56b): en la «cabeza» del dibujo aparece la abertura de *entrada de aire;* el estre-


a)



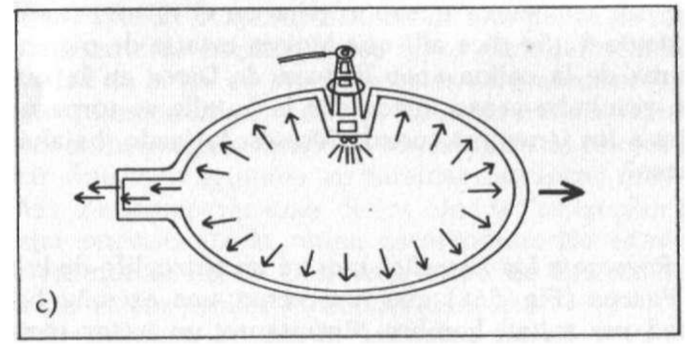


FIG. 56. a) Un petroglifo de la costa de la Isla de Pascua; b) Interpretación del dibujo como estatorreactor; c) Dibujo en corte de un cohete a combustión.

chamiento que sigue a continuación podría ser la *rejilla de entrada del combustible,* el ensanchamiento siguiente podría representar la cámara de combustión y de presión con un estrechamiento a continuación que conduce a la abertura de salida de los gases. La estrella que aparece en el dibujo podría interpretarse como simbolizando la chispa de encendido... El dibujo completo sería un modelo estilizado de estatorreactor. «Si bien el dibujo en su totalidad no coincide con un modelo aerodinámico», me escribe Horst Haas, «podría obtenerse alguna información adicional acerca del procedimiento de vuelo mediante una medición precisa de las supuestas pistas de aterrizaje en la meseta de Nazca».
¡Pienso que los arqueólogos deberían por fin comenzar a consultar a sus colegas de las escuelas técnicas!

La Isla de Pascua sigue siendo un paraje lleno de enigmas: ¡vale la pena investigar! En su libro *Phantastique lie de Paques,* Francis Maziére nos relata acerca de una excavación que sacó a luz una escultura con una cabeza de tipo completamente diferente a las encontradas hasta entonces: En tanto que las cabezas de todas las estatuas carecen de barba, la que comentamos muestra una barba y tiene los ojos facetados como los de los insectos (semejantes a las esculturas japonesas Dogu). Lo sorprendente es, sin embargo, que de la cabeza nacen dos barras. A más de algún lector se le ocurrirá pensar que se trata de cuernos de animal que moldeó el escultor con una intención simbólica ¡pero resulta que jamás han habido animales con cuernos en la Isla de Pascua! ¡Incluso un escultor prehistórico con sentido del humor jamás habría tenido el modelo ante sus ojos! Casi resulta necio desconocer que los artistas de la prehistoria — ¡sin ninguna fantasía! — intentaron representar antenas tal como las que habían visto cuando recibieron la visita de los dioses...

Louis Pauwels y Jacques Bergier nos refieren, desde otro extremo del mundo, el caso de los relieves encontrados en rocas de granito en las montañas de Hunan (República Popular China). ¡Se trata de representaciones de seres extraterrestres que portan equipos técnicos! Los seres visten trajes de buzo o trajes espaciales con «trompas de elefante». Inmediatamente uno se pregunta: ¿acaso aquellas trompas no eran tal vez equipos para respirar? Los intérpretes de estos descubrimientos rechazarán esta suposición como absurda, dado que estos relieves datan de alrededor de 45.000 años antes de Cristo. Cada uno de estos descubrimientos debe tranquilizarnos porque refuerza la convicción que nuestro planeta recibió la visita de seres de otro mundo durante la prehistoria. ¿Debe seguir el zapatero con horma antigua?

En Delhi hay un antiguo pilar de hierro que no contiene ni fósforo ni azufre y por tanto es inmune a la corrosión atmosférica. ¡Pero no es necesario salir del desvalijado Occidente para hacer descubrimientos sorprendentes! En Kottenforst, a pocos kilómetros al oeste de Bonn, hay un poste de hierro al cual, según me comunica el doctor Harro Grubert, de Colonia, llaman las gentes desde tiempos inmemoriales el «Hombre de Hierro». El poste se eleva a 1,30 m. del suelo y, según apreciaciones basadas en pruebas magnéticas, debe estar enterrado hasta una profundidad de cerca de 28 m. bajo tierra. La parte que sobresale de tierra presenta una leve corrosión en la superficie, pero lo curioso es que no se observan trazas de moho. Por primera vez aparece el mencionado poste (Figura 57) en un documento del siglo xiv, indicándoselo como marca de un límite urbano. En las inmediaciones del poste se ve un sistema de caminos de piedra desmantelados, como también restos de una tubería de agua romana que —milagro tras milagro— no está dispuesta en la dirección habitual Eifel-Bon o Eifel-Colonia sino

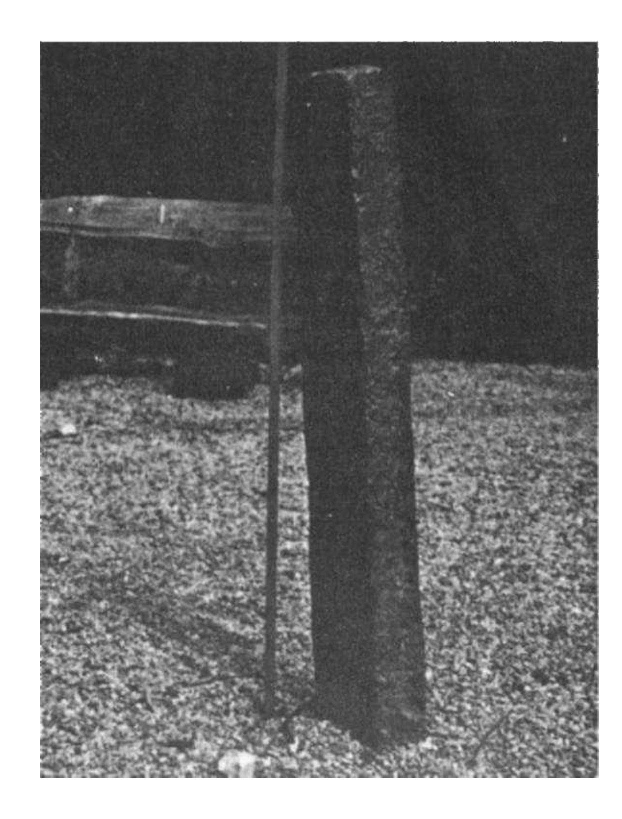


FIG. 57. El «hombre de hierro» de Kottenforst, en las cercanías de Bonn; está enterrado hasta una profundidad de 28 m. bajo el suelo. En Delhi existe un poste similar ¡ninguno de los dos se oxida!

que está tendida en dirección al poste. Hasta la fecha nadie sabe a qué atenerse con el largo poste rectangular ¡y en esta región se entiende mucho de hierro! ¿Los metalúrgicos de paso por la India no podrían tomarse la molestia de comprobar acaso el pilar de hierro del templo de Nueva Delhi contiene una aleación semejante a la del poste de Kottenforst? De semejante reconocimiento se podría recoger algún indicio acerca de la edad de ambas

columnas porque me parece algo absurdo no ver en este «hombre de hierro» nada más allá de un límite urbano. ¿Si así fuese, a qué vendrían los 28 metros de profundidad a que fue enterrado el poste? También la Europa Central pudo haber recibido la «visita de los dioses» y en este caso el hombre de hierro cobraría su significado...

¡También en Salzburgo hay una curiosidad! Johannes v. Buttlar comunica:

> *«¿Quién es capaz de resolver el misterio del dado del doctor Gurlts? ¡La más extraña formación jamás descubierta en un trozo de carbón del período terciario, en cuyo interior estuvo contenido durante millones de años! Este dado, formado casi con precisión absoluta, fue descubierto en 1885. En el centro presentaba una profunda incisión y dos superficies paralelas habían sido redondeadas. Consistía en una aleación de carbón-acero al níquel y pesaba 785 g. Su contenido de azufre era demasiado insignificante como para pensar en una pirita natural, la cual se presenta con frecuencia bajo formas geométricas curiosas. Los hombres de ciencia jamás pudieron ponerse de acuerdo sobre el origen del dado. Hasta 1910 estuvo expuesto en el Museo de Salzburgo, año en que desapareció misteriosamente. ¡Misterio tras misterio!»*

Si el dado data del período terciario, sólo me permito la pregunta: ¿conocían ya los monos un procedimiento para producir acero?

En el Fisher Canyon de Nevada, se encontró en un filón de carbón una huella dejada por un zapato. La impresión de la suela es tan nítida, relata Andrew Thomas, que

incluso puede distinguirse la señal dejada por un fuerte hilo retorcido. Se estima que esta huella data de hace unos quince millones de años. «¡El hombre apareció en la tierra hace sólo dos millones de años y hacen apenas 20.000 años que viene usando zapatos! ¿De quién puede ser entonces la huella?» Aquí sólo puedo hacer conjeturas: o bien los monos ya fabricaban zapatos y cosían suelas (y entonces la profesión horizontal no es la más antigua del mundo) o bien hace millones de años hubo seres que se pasearon por la tierra y que conocían los zapatos como medio apropiado para cubrirse los pies...

En 1972, el arqueólogo inglés, profesor Walter Bryan Emery, descubrió en una galería subterránea en Sakkara, Egipto, un trozo de piedra caliza; al partir la piedra con suavidad, halló en su interior una pequeña estatua del dios Osiris. Súbitamente el profesor fue víctima de un ataque y se desplomó. Infarto cardíaco. Dos días más tarde fallecía en una clínica de El Cairo. Era la vigésima víctima de la «maldición de los faraones».
¿Qué fuerzas ocultas hay detrás de estas muertes misteriosas, de todas las cuales hay constancia oficial? ¿No somos todavía capaces de identificar las formas de energía que se desencadenan tan pronto como se tocan estos malditos legados?

Las especulaciones en torno a estos misterios han encontrado ya cierto asidero en estos últimos cuatro años. En efecto, mediante la aplicación de Rayos X, se han descubierto algunos extraños objetos en momias que se encuentran expuestas en el Museo de El Cairo. La United Press International difundió el informe del jefe de una expedición arqueológica, James Harris, de Ann Arbor, Michigan: en el cuerpo de Seti I (f 1343 A.C.), los Rayos X detectaron en el antebrazo izquierdo un *ojo sagrado;*

Tutmosis III (f 1447 A.C.) lleva en el antebrazo derecho un dispositivo técnico que los investigadores clasificaron como *prendedor de oro;* la reina Notmet lleva en el pecho cuatro diminutas estatuillas y una piedra oval. Nada se había podido ver de todos estos «aditamentos» hasta la fecha porque las momias están cubiertas por una espesa pasta negra resinosa. Solamente los Rayos X han podido poner de manifiesto estos accesorios técnicos que hasta ahora, con toda seguridad, aparecerán en la literatura arqueológica como piezas de adorno. Según informa James Harris, las autoridades egipcias aún no han decidido si estos «accesorios» han de permanecer donde están o bien serán extraídos. Sería de desear que se prosiguiese esta investigación con todos los medios técnicos disponibles. Es posible que la ciencia devele el misterio por qué se depositaban estos dispositivos técnicos en cavidades del cuerpo antes ocupadas por los órganos... Quizás lleguemos a desenmascarar la maldición de los faraones...

En los tiempos en que los faraones construían sus pirámides a orillas del Nilo, Europa todavía no había entrado en la historia. Las primeras «construcciones» europeas fueron megalitos, el más conocido de los cuales está en Stonehenge, Inglaterra, y es visitado por turistas venidos de todas partes del mundo. El profesor Alexander Thom, Oxford, que ha examinado cerca de cuatrocientas obras de este tipo, hizo las siguientes declaraciones al periódico *Welt am Sonntag:* «El hombre del período neolítico ya tenía increíbles conocimientos de astronomía y geometría». Thom descubrió que algunas de estas instalaciones no eran otra cosa que excelentes observatorios lunares y que los hombres de la Edad de Piedra podían hacer predicciones del tipo de las que hoy en día corren a cargo de los ordenadores. ¡Así, los hombres del neolítico (4000 a 1800 A.C.) podían calcular el punto de salida de la Luna con una precisión de segundos del arco! ¡3.000 años más

tarde, estos mismos conocimientos debieron ser redescubiertos nuevamente! Estas constataciones se ven corroboradas por informes del doctor Rolf Müller, quien comprobó que los hombres de la Edad de Piedra orientaban sus megalitos según la posición de las estrellas.

¿Cómo podríamos conciliar nuestros conocimientos tradicionales sobre el hombre neolítico que estaba comenzando a aprender a perforar piedras para fabricar hachas, afilaba los primeros cuchillos de pedernal u obsidiana, comenzaba a domesticar algunos animales y a cultivar algunas plantas útiles, estaba apenas saliendo de las cuevas para construir sus moradas primitivas? ¿Cómo podríamos conciliar estos conocimientos «establecidos» con semejantes logros, propios de una cultura altamente desarrollada? ¿Tuvieron quizás los torpes cavernarios algunos eximios maestros? ¿Y si los tuvieron, de dónde venían?

¡Siempre nos topamos con las mismas incongruencias! Existe un fruto delicioso que desde hace miles de años se conoce en todas las regiones tropicales y subtropicales de la tierra: el plátano. La leyenda hindú habla del «maravilloso kandali» (el banano) que trajeron a la Tierra los «manu», seres excelsos y protectores de la humanidad que procedían de otro astro, con una cultura mucho más desarrollada que la nuestra. Pero el banano es una planta que no tiene semilla; luego de dar fruto, la planta perece, por lo que debe cortarse el tallo a ras de suelo dejando que una de las yemas del tallo subterráneo se desarrolle para dar origen a una nueva planta. Así, la banana nos plantea una incógnita: se la encuentra hasta en las islas más solitarias de los mares del sur. ¿De dónde es originaria esta planta? ¿Si no tiene semilla, cómo pudo dar la vuelta al mundo? ¿La trajeron, como cuenta la leyenda hindú, los «manu» de otro astro?

En las islas pobladas de juncos del lago Titicaca, en Bolivia, viven los uros. Estos indios afirman que su pueblo es más antiguo que los incas, que ellos habrían existido incluso antes que To-Ti-Tu, el Padre de los cielos, el creador de los hombres blancos. Con granítica convicción, sostienen los uros que ellos no habrían pertenecido al género humano, que su sangre habría sido de color negro y que habrían vivido cuando la Tierra estaba aún rodeada de tinieblas: *no somos como los demás hombres porque llegamos desde otro planeta.* Los pocos uros que aún quedan, evitan todo contacto con el exterior. Orgullosos y obstinados, defienden su naturaleza diferente como legado que trajeron de las estrellas...

El doctor Alexander Marshack, del Harvard's Peabody Museum, ha examinado varios miles de huesos, piezas de marfil y piedras, todos los cuales muestran los mismos dibujos: puntos, líneas en zig-zag y círculos. Hasta ahora, se los había tomado por decorados. Marshack opina: «Parece más bien que se trata de una escritura, de anotaciones referentes a las fases lunares y a la posición de las estrellas. Los objetos examinados datan todos de épocas entre 10.000 y 30.000 años A.C.».
¿Qué significa esto? ¿Qué impulsaba a estos hombres de la Edad de Piedra a realizar estos pacientes trabajos? Se dice, por otra parte, que no les faltaba qué hacer para poder procurarse el diario sustento. ¿Quién los aleccionó en tales trabajos? ¿Alguien los guió en estas observaciones que evidentemente estaban muy por encima de su capacidad? ¿Tenían tal vez estas actividades alguna relación con visitantes que esperaban del cosmos?

En el Templo de los Frescos de Tulum, México, los arqueólogos Redfield, Landa, Cogolludo y Roys han descubierto — casi me da vergüenza escribirlo — ¡dioses-abe-



FIG. 58. Un dios-abeja según los arqueólogos. Extraño ser de Tulum, México. ¡Extraña abeja!

jas! En la literatura, no hay nada referente al estado de las abejas ni a sus jerarquías; sólo se menciona que las «Ah-Muzencab» eran abejas grandes que dominaban a las demás. ¡El relieve del dios-abeja en todo caso no guarda la más mínima semejanza con las abejas! He ahí un ser (con toda seguridad ninguna abeja) recostada boca abajo, los brazos esparrancados y apoyados en el suelo. Los pies, *con zapatos,* dan la impresión de accionar pedales. ¡Alrededor del dios-abeja hay un sinnúmero de motivos técnicos que están fuera de lugar en una colmena! ¿Podrá al-
4 guna persona que no lleve anteojeras interpretar este dibujo como representando un dios-abeja? ¡Sí, si los talentosos mayas lo hubiesen deseado, hasta habrían sido capaces de hacer aparecer por encanto un dios-abeja que hasta hoy estaría zumbando en los oídos de estos inteligentes caballeros (Fig. 58)!

En el Codex Tro-Cortesianus, Madrid, también hay un dios-abeja. También ahí vemos un ser monstruoso boca abajo, nuevamente los brazos esparrancados, a la espalda, dos bombas de clásico diseño provistas de anchas cintas y con mecha detonante (Fig. 59). Del dios-abeja de

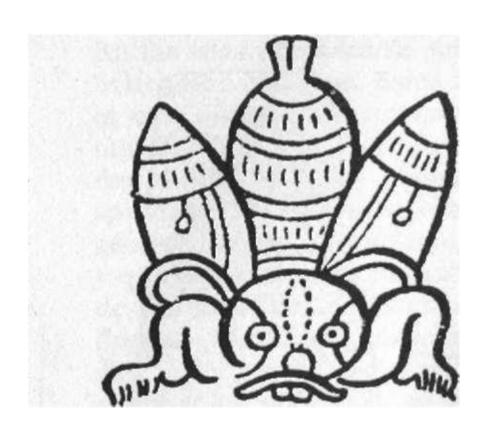


FIG. 59. Este horrible ser con dos bombas cae también bajo la clasificación dios-abeja.

Madrid se puede decir sin lugar a dudas; ¡ésas no son bombas, son las alas de la abeja! ¿Qué parecido puede haber entre una ala de abeja y una bomba? ¡Para ser franco, no acierto a comprender que hayan dioses-abeja zumbando en la literatura maya como monstruos técnicos!

El doctor Cari Sagan propuso hace algunos años hacer habitable el planeta Venus por el procedimiento de dejar caer algunos cientos de toneladas de algas azuladas (Cyano Phyceae) desde naves espaciales sobre la tórrida atmósfera venusiana. Las algas azuladas son tan resistentes que podrían soportar las altas temperaturas allí prevalecientes. Se reproducen a una velocidad fantástica y en enormes cantidades, generando, además, oxígeno en grandes cantidades. Sagan considera que el oxígeno enriquecería la atmósfera de nuestro vecino y enfriaría su superficie de modo que tormenta y lluvia harían fructifificar el suelo. El astrofísico Sagan parece no andar descaminado: en Transvaal, Sudáfrica, se han descubierto en rocas de sedimentación de unos 3.500 millones de años de antigüedad restos de seres vivientes cuyo estadio de evolución corresponde a nuestras actuales algas azuladas. Son los más antiguos restos de vida hallados hasta

la fecha. Pero hace 3.500 millones de años aún no había vida orgánica en el planeta. ¡El paleontólogo H. D. Pelug, de la Universidad de Giessen, es de opinión que la vida es más antigua que la misma Tierra!
Así, cabe la pregunta: ¿será el caso que nuestro celeste planeta fue en su época preparado para la colonización mediante la diseminación de algas azules? ¿Y quién desencadenó este proceso de transformación biológica con este objetivo?

Un grupo americano-iraní ha realizado excavaciones en los últimos años en Tepe Hahya, a 250 Km. al sur de Rerman. Tepe Yahya fue abandonado por sus habitantes alrededor de los comienzos de nuestra era. El matrimonio C. C. y Martha Lamberg-Karlovsky, ambos antropólogos, halló una gran cantidad de obras de arte de bronce con cierto contenido de arsénico. Estos objetos datan de unos 3.500 años A.C. Según nuestros conocimientos, los materiales utilizados en la Edad de Bronce eran el cobre, estaño y plomo. El arsénico se presenta en la naturaleza como arsénico nativo o bien unido a otros elementos en distintos minerales. Resulta difícil imaginarse cómo se las arreglaban los hombres de esta época para procurarse arsénico para sus aleaciones, a no ser que estos fundidores prehistóricos hayan asistido a algún cursillo de perfeccionamiento, y en este caso sería interesante saber quiénes eran los profesores...

En casa de la familia Springensguth, en San Salvador, El Salvador, tuve ocasión de ver una antigua escudilla maya (Fig. 60). En ella se ve pintada una mujer maya con su equipo de vuelo ceñido a la espalda. La figura lleva una ancha cinta alrededor de la cintura, a la cual se ven adheridas otras piezas. También en el Museo Turco de Estambul hay expuesto un jarrón con un ser bastante pare-



FIG. 60. Esta escudilla, propiedad de la familia Springensguth (San Salvador), muestra una astronauta con todo el equipo de su profesión.

cido. En el Museo Americano de Madrid, está expuesta una jarra exponente de la cultura nazca que presenta una figura parecida. La diferencia esencial consiste solamente en que la figura representada es aquí una diosa-madre, una astronauta que lleva una ancha cinta atada a la cintura; hombros y muslos aparecen ceñidos; naturalmente, la diosa lleva igualmente su equipo de vuelo a la espalda. El recuerdo de los ingenios para volar y de los rocket belts ha dejado sus huellas por todo el globo...

Por encargo de las autoridades del programa espacial de los EE. UU., la señora profesora Ruth Reyna redactó un informe basado en la interpretación de textos en sánscrito. Según la señora Reyna, los hindúes realizaron vuelos espaciales alrededor del año 3000 A.C. El proyecto habría sido emigrar a Venus para escapar a un diluvio que amenazaba descargarse en aquella época. Los textos

en sánscrito fueron comentados en la Universidad de Pandschab...

Los chuvashi, un pueblo tártaro-finés que vive en Rusia a orillas del Volga medio, suman actualmente alrededor de 1,5 millones de habitantes. El idioma chuvash es una rama independiente del turco. ¡El investigador brasileño Lubomir Zaphyrof, especializado en filología inca, ha comprobado que los chuvashi utilizan actualmente cerca de 120 palabras incas compuestas! Dichos términos encuentran su explicación precisa mediante 170 palabras simples de la lengua chuvash. Sobre todo, dice Zaphyrof, se han conservado palabras de la mitología inca. Algunos ejemplos:

Wiracocha = buen espíritu del cosmos
kon tiksi illa wiracocha = señor de alta estirpe, resplandeciente como el rayo, buen espíritu del cosmos
chuvash = dios que viene de la luz.

Para aquellos que conocen el chuvash y además comprenden la lengua inca, vaya la dirección del profesor Lubomir Zaphyrof: Caixa Postal 6603, Sao Paulo, Brasil.

En *Correo de la UNESCO* informó en 1972 acerca de sensacionales descubrimientos hechos por el arqueólogo americano Manson Valentine y el explorador submarino Dimitri Rebikoff en las inmediaciones de las islas Bimini y Andros de las Bahamas. Estos investigadores encontraron colonias submarinas con muros de 70 y 250 m. de largo. ¡Las construcciones se hallan a más de seis metros de profundidad bajo el mar y se extienden sobre una superficie de 100 $Km.^2$! ¡Hay muros paralelos de más de 600 m.

de largo! Se encontró una piedra de 5 metros de largo cuyo peso se calculó en unas 25 toneladas. Según científicos de la Universidad de Miami, estas construcciones deben datar entre 7.000 y 10.000 años A.C.; ¡claro que estas estimaciones han sido hechas basándose en el método del C-14! ¡De acuerdo a la cronología establecida, cuando se construyeron estas instalaciones aún no se habrían levantado las pirámides de Gizeh, la epopeya súmera Gilgamesch aún no habría sido escrita! Rebikoff está convencido que después que los descubrimientos en las Bahamas sean objeto de un examen concienzudo, se les reconocerá una importancia que sobrepasará con mucho todo lo que hasta hoy pudiéramos imaginar. ¡Algunos fundamentos alcanzan una profundidad de 80 metros!
¿Se habrá dado por fin con la Atlántida en el Atlántico? No me sorprendería...

En un congreso de químicos en Los Angeles, el doctor John Lynde Anderson, Chattanooga, Tennessee, comunicó que sus experimentos con el isótopo C-14 del carbono habían acusado discrepancias con mediciones efectuadas anteriormente; las fechas hasta ahora admitidas para distintos objetos y calculadas por este método no coincidirían con las obtenidas por él en sus experiencias.
Sin embargo, para los arqueólogos, el método del C-14 sigue siendo el único procedimiento «canónico» para determinar la antigüedad de los objetos. ¿Cómo se puede ser tan ciego o tan testarudo?

En lavaderos de oro al norte de Fairbanks, Alaska, y en el valle de Yukon, las bombas de alta presión y dragas han estado extrayendo durante los últimos quince años restos de mamuts congelados enterrados a gran profundidad. Los estómagos congelados contienen hojas y hierbas que acababan de comer los animales. Los cachorros

yacían junto a los adultos, las crías con las madres. El arqueólogo profesor Frank C. Hibben, de la Universidad de New México, opina: «¡Tales cantidades de animales no mueren así de un golpe por vía natural!» Después de los exámenes practicados, queda en claro que los animales murieron repentinamente y se congelaron en el acto, pues en caso contrario habrían quedado trazas de descomposición. En las proximidades de Fairbanks, se habían encontrado además 1.766 maxilares y 4.838 huesos metatárseos de un mismo tipo de bisonte.
¿Quién fue el organizador de semejante cacería? ¿Cuál puede haber sido la causa de un cambio de clima tan radical que fue capaz de reducir a un inmenso rebaño paciendo a carne congelada en cuestión de horas?

El 8 de noviembre de 1968, mientras alquilaba un automóvil a fin de viajar en dirección sur hacia Kanheri, en las cercanías de la costa Malabar, me sentí tentado por una atracción turística: me inspiraron curiosidad las 87 cuevas en las rocas, también llamadas «templos de roca» en las guías turísticas. A medida que me iba internando en las catacumbas de 15 metros de altura, se me iba haciendo cada vez más patente (antes de tener ninguna noticia sobre los túneles de Ecuador y Perú) que estas cuevas de roca natural, predominantemente granito, abiertas a fuerza de explosiones, cual casas de varios pisos, estaban destinadas con toda seguridad a fines muy distintos que simples ceremonias religiosas. ¡Para adorar a los dioses no es necesario esconderse tanto! No, obras de esta clase sólo las hacen seres en busca de protección ante una amenaza. Sobre la paredes de color de antracita, en parte brillantes e irisadas, pueden verse grabados con escenas de la vida de Shiva (sánscrito: el fiel). Shiva, símbolo tanto de la destrucción como de la salud, constituye, junto con Brahmán (la energía creadora de todos los mundos) y Vishnu (el protector) la trinidad hindú, ei



FIG. 61. En Derinkuyu, Anatolia (Turquía), hay ciudades subterráneas de varios pisos con recintos capaces de albergar hasta **60.000** personas.

trimurti. Mientras me paseaba por las gigantescas salas, pude admirar los cielos sostenidos por pilares de granito con sus magistrales relieves. Una vez más, me enteré que la fecha de estas increíbles construcciones es todavía materia discutida, pero que, según muchos investigadores, habrían sido obra de los jainas, representantes de una de las ramas del budismo, y datarían de unos quinientos años antes de Cristo. El objetivo que se perseguía con estas titánicas empresas sólo puede hallarse en los mitos y leyendas, y éstas nos revelan que los hijos de los dioses, derrotados por los kurus, el pueblo más antiguo de la India occidental, buscaron refugio en las cuevas. «Jainas»

significa en sánscrito «los vencedores». ¿Sucedió quizás que los aparentemente derrotados resultaron a la postre vencedores porque fueron lo suficientemente inteligentes para retirarse oportunamente a las cuevas que ya tenían preparadas? Es de suponerlo así porque la mitología hindú lo dice con énfasis: que las cuevas fueron abiertas para servir de refugio a una amenaza que se cernía desde el cielo.

El profesor auxiliar, doctor Bernhard Jacobi, en su libro *Ais die Gotter zahlreich waren* nos habla del gran grupo hindú de cuevas, con 150 cuevas en Junnar, en la meseta de Dekan, con 27 cuevas en Adschanta y 33 en Ellora.

Y —ya es tiempo—, aquí va una especulación mía basada en los indicios comentados a lo largo de esta obra.

1. En alguna época desconocida, tiene lugar en las profundidades de la galaxia una batalla entre seres semejantes al hombre.
2. Los derrotados en esta batalla escapan en una nave espacial.
3. Puesto que conocen la mentalidad de los vencedores, les tienden una trampa: no se dirigen a un planeta «ideal».
4. Los vencidos escogen el planeta Tierra, el cual, en comparación con su planeta de origen, sólo resulta tolerable, pero en ningún caso ideal. En la nueva atmósfera, estos fugitivos se ven obligados a llevar máscaras de gas durante muchos años, a fin de irse adaptando paulatinamente a la nueva mezcla de gases (y por ello, cascos, trompas y dispositivos para respirar que se ven en los dibujos de las cuevas).
5. Por temor a sus perseguidores, dotados de todos los adelantos de la técnica, buscan refugio bajo tierra a gran profundidad: construyen los sistemas de túneles.
6. Con objeto de engañar completamente al adversario, levantan instalaciones en el quinto planeta de nues-

tro sistema solar (¡no en la Tierra!), como asimismo transmisores que emiten mensajes en código.

7. Los vencedores caen en la trampa: bombardean el quinto planeta. Una gigantesca explosión estremece a Júpiter; partes del planeta salen proyectadas más allá del cinturón de planetoides. (Una ojeada al mapa del sistema solar basta para darse cuenta que entre el cuarto y el quinto planeta — Marte y Júpiter — hay una brecha «artificial» de 480 millones de kilómetros.) Pero la brecha no está vacía; por ella corretean cientos de miles de trozos y fragmentos de roca, multitud que se conoce bajo el nombre de «cinturón de planetoides». Desde tiempos inmemoriales, los astrónomos han hecho conjeturas sobre cómo y por qué puede haber «explotado» un planeta entre Marte y Júpiter. Me atrevo a afirmarlo: los planetas no «explotan» por sí mismos ¡se los hace explotar!
8. El vencedor imagina que los enemigos han sido aniquilados y regresa con sus naves espaciales.
9. Debido a la tremenda explosión en el quinto planeta, se ha producido un trastorno temporal del régimen gravitacional en nuestro sistema solar. El eje terrestre se desplaza en algunos grados, lo que trae por consecuencia colosales inundaciones (en todos los pueblos de la tierra se dan leyendas sobre inundaciones y diluvios).
10. Los perseguidos salen de sus catacumbas y comienzan a crear seres inteligentes sobre la tierra. Gracias a sus conocimientos de biología molecular, los emigrantes infunden inteligencia al mono, creando así al hombre *según su imagen y semejanza* (código genético, leyendas sobre la creación del hombre, promesa de Dios a Abraham y otros que su descendencia sería numerosa como las estrellas del cielo, etc.).
11. Los exvencidos, ahora señores absolutos y por consiguiente, dioses, observan que el progreso de la raza

humana se realiza con demasiada lentitud. Saben muy bien que los seres por ellos creados son «semejantes a los dioses», pero desean un progreso más rápido (Moisés I, 11, 6: «Este es el comienzo de su obra, ahora nada de lo que se propongan les resultará imposible»). En ocasiones, los dioses pierden la paciencia, castigan y aniquilan a querellantes y gentes que no respetan las leyes biológicas para escarmiento de los demás. Los dioses proceden sin «escrúpulos» en estas operaciones de limpieza porque se consideran creadores de los hombres y responsables de su futuro progreso.
12. Pero los hombres tienen temor a los dioses y a sus expediciones punitivas, tanto más cuanto que ya no son los dioses de la primera generación: son sus hijos e hijas, a quienes los hombres se creen asimilados (prueba: mitología de las familias de dioses).
13. Así, grupos enteros de hombres comienzan a buscar refugio bajo tierra a fin de escapar a la ira de los dioses. Es posible que estos hombres hayan tenido instrumentos a su disposición que habían construido bajo asesoramiento de los dioses, instrumentos que les permitían trabajar la roca con más facilidad de lo que nuestros arqueólogos se imaginan.
14. En efecto, cada día se van descubriendo más y más gigantescas construcciones subterráneas por todo el globo, aunque en ningún caso como los túneles bajo Ecuador y Perú. Estas obras subterráneas que se vienen descubriendo año tras año representan indudablemente el trabajo de mucha gente; no han sido hechas con instrumentos perfeccionados, como por ejemplo el taladro térmico. Refugios de esta clase construidos por el hombre por temor a un castigo del cielo pueden verse por ejemplo en:

    San Agustín, Colombia: salas subterráneas comunicadas por pasadizos; Cholula, Méjico: laberintos de kilómetros de largo; Derinkuyu, Anatolia, Turquía:

ciudades subterráneas con «casas» de varios pisos y grandes salas de reuniones.

15. Un trabajo tan largo y fastidioso bajo tierra no lo hacían nuestros antepasados precisamente para distraerse ni para protegerse de las fieras ni como expresión de ideas religiosos; tampoco lo habrían hecho para buscar refugio contra un ejército enemigo: Excavaciones de semejante magnitud con herramientas primitivas suponen años. Por otra parte, a un ejército enemigo le habría resultado muy simple la tarea de reducir al acosado adversario: les hubiera bastado con bloquear las entradas dejando a su oponente en la alternativa de entregarse o morir de hambre.
16. Sólo puede haber un móvil que induzca a la realización de este tipo de empresa: ¡el temor a un ataque desde el aire! ¿Pero quién tendría interés en atacar desde el aire a seres inofensivos? Solamente aquellos seres de quienes se hablaba en la tradición, aquellos dioses que un día posaron su planta sobre la tierra.

Y ahora estiro el cuello para recibir el fuego de la crítica. Ya estoy acostumbrado.

Ni crítica ni burla me van a causar desasosiego, sobre todo después de lo que aconteció con mi cita de los textos de Ezequiel en *Recuerdos del Futuro.* ¡Vamos a recapitular!

Ezequiel nos narra:

> *«Sucedió en el trigésimo año y fue el quinto día del cuarto mes. Cuando yo me hallaba a orillas del río Chebar entre los desterrados, se abrió el cielo... Yo vi cómo un viento tormentoso proveniente del norte, y una gran nube rodeada de centelleantes resplandores, y un fuego incesante, el centro del cual parpadeaba como una roca mineral. Y en medio surgieron figuras como cuatro seres vivientes; todas parecían figuras humanas. Cada una tenía cuatro rostros y cada una cuatro alas. Sus piernas eran rectas, y chispeaban cual reluciente mineral... Más allá divisé una rueda sobre el suelo junto a cada uno de los seres vivientes. El aspecto de las ruedas era brillante, como el de una crisolita, y las cuatro ruedas tenían forma idéntica y estaban labradas como si cada rueda se metiera dentro de otra. Podían marchar hacia los cuatro lados sin moverse durante la marcha. Y vi que tenían calces, y los calces estaban llenos de ojos alrededor de las cuatro ruedas. Cuando esos seres vivientes marchaban, las ruedas también marchaban con ellos, y cuando los seres vivientes se elevaban del suelo las ruedas se elevaban también... Hijo del hombre, ponte en pie porque he de hablarte... Y oí detrás de mí un formidable estruendo cuando el Señor en su inmensa Majestad se alzó del lugar; el zumbido de los seres vivientes cuyas alas se tocaban entre sí y el rumor de las ruedas acompañándole, causaron un inmenso fragor.»*

En mi obra citada, comenté el texto de Ezequiel a la luz de nuestros conocimientos técnicos actuales. El pasaje me pareció muy apropiado porque en él se tocan varias cuestiones de interés y su interpretación no podía ser más evidente. ¡El alud de críticas y mofas que debió soportar mi moderna exégesis!

El 28 de marzo de 1972 tuve ocasión de conversar en Huntsville, USA, con Joseph F. Blumrich. El ingeniero Blumrich, austríaco de nacimiento, trabaja desde hace 14 años en la NASA, es el jefe de la Sección Proyectos de Construcción, donde se proyectan las futuras estaciones orbitales. Blumrich trabajó, por ejemplo, en las últimas etapas de la construcción del Saturno V y actualmente

dirige los trabajos de proyección de estaciones orbitales en las cuales los astronautas pasarán semanas enteras en el espacio. En julio de 1972, Blumrich fue condecorado con la «Excepcional Service Medal» de la NASA por sus trabajos en los proyectos Saturno y Apolo, distinción que sólo han recibido muy contadas personas en la NASA.

—Usted se ha ocupado en sus momentos libres de las visiones del profeta Ezequiel. Ante todo ¿qué móvil le induce a ocuparse de estos temas?

—¡Para ser bien franco, lo hice con ánimo de protesta! Leí su libro *Recuerdos del Futuro* con el sentimiento de superioridad de un hombre que sabe de antemano que todo eso es un desatino. Entre todas las materias tocadas por usted, me detuve en su interpretación técnica de las visiones de Ezequiel; éste era un tema sobre el cual yo podía hablar, ya que he dedicado la mayor parte de mi vida a la construcción y cálculo de aviones y cohetes. Me levanté y tomé una Biblia a fin de leer el texto completo y me sentí seguro de poder rebatir sus argumentos en pocos minutos. ¡Usted no podía, más exactamente, no tenía el derecho a tener razón! Después de una lectura cuidadosa, mi seguridad empezó a vacilar y los pocos minutos que pensaba dedicarle al tema se fueron convirtiendo en un largo tiempo de estudio, durante el cual desarrollé en detalle y fundamenté lo que había esbozado en las primeras horas.

—En su estudio, ¿usted tomó en cuenta la persona del profeta Ezequiel?

—Por supuesto, en tres aspectos: en lo relativo a los rasgos generales de su personalidad, su condición de relator y, por último, su participación en los sucesos narrados. Las características de su personalidad influyen en la valoración general de su relato. Como repórter, es un excelente observador. En cuanto a su participación, nos ayuda a contestar la pregunta: ¿era él el centro del acontecimiento? Como no lo era, se plantea la otra pregunta: ¿por qué no?

—Hasta ahora, todos los encuentros Dios-hombre que se describen en el Antiguo Testamento, los cuales siempre tienen lugar en medio de humo, ruido, fuego, relámpagos y temblores de tierra, han sido interpretados como «ideogramas». ¿Después de su estudio del asunto, considera usted posible que el profeta haya tenido realmente un encuentro con un ser extraterrestre? Y si es así, ¿en qué indicios se basa?

—La contestación a su primera pregunta es categórica: ¡sí! Con lo que no estoy de acuerdo es con la palabra «indicios»; del relato de Ezequiel puede deducirse en líneas generales el aspecto de las naves espaciales por él descritas. Luego, totalmente independiente del relato puedo, como ingeniero, calcular y reconstruir un aparato volador de tales características. ¡Y si después de todo eso se constata que el resultado no sólo resulta técnicamente posible sino además desde todo punto de vista razonable y bien concebido, y que por otra parte en la narración del profeta se mencionan detalles y procesos que no contradicen a las deducciones técnicas... entonces ya no podemos hablar sólo de indicios!

—Sé que usted ha redactado un manuscrito con sus consideraciones sobre el pasaje del profeta Ezequiel. ¿De sus cálculos resultan tal vez conclusiones acerca de las dimensiones de las naves y nivel técnico de sus constructores?

—¡Para mi asombro, incluso eso resultaba perfectamente posible! Esta investigación —precisamente debido a la inseguridad inicial— se lleva a cabo en forma paramétrica, es decir, se hacen variar gradualmente una serie de factores. Naturalmente que para ello es preciso una extrapolación más allá del estado actual de la técnica, la cual se basa en parte en posibilidades teóricas y en parte en evaluaciones. ¡Pude constatar que *la nave espacial de Ezequiel tiene unas dimensiones bastante verosímiles y corresponde a un nivel técnico que quizás alcancemos dentro de algunos decenios]*

—No es mi propósito averiguar con anticipación los resultados de su estudio, pero naturalmente tengo curiosidad por saber si a la postre quedan abiertas algunas incógnitas. ¿Podría indicarme dos por lo menos?

—Muy bien. Uno de los interrogantes sería: ¿el relato contiene una mezcla de auténticas visiones y sucesos reales o se trata solamente de observaciones reales? La otra cuestión se refiere a la situación real del templo al cual vuela Ezequiel. Ninguna de las dos posibilidades señaladas puede tener relación con Jerusalén. La determinación del lugar sería altamente significativa.

—¿Ha reparado usted, señor Blumrich, que sus cálculos y consideraciones escandalizarán a los exégetas?

—Por supuesto, el shock será inevitable. No obstante espero reducirlo a un mínimo ya que en mi libro daré todos los datos técnicos que utilicé para mis cálculos y para la reconstrucción. Proporciono todos los resultados. El que dude puede revisar mi trabajo por sí mismo o bien hacerlo revisar. El repaso de los cálculos no toma mucho tiempo y con ello habrá pasado lo peor: ¡simplemente no queda otra salida! Evidentemente, a ello ha de seguir un período más largo de adaptación en distintos campos.

¡Aquí se ha hecho realidad mi sueño dorado! Un técnico eminente me ha tomado la palabra, por decirlo así. *Deseo* que mis sugerencias levanten olas como en el caso de Blumrich, pero también deseo que estos señores sabios tan suficientes dejen a un lado sus lentes opacos y los cambien por otros nuevos que les permitan ver claro y — como Blumrich — traten de verificar si acaso este visionario de Dániken no está insinuando pistas (algunas solamente, por supuesto) menos descaminadas que los viejos senderos trillados que sólo se revuelven en un círculo.

¡Errare humanum est!

...hace decir Sófocles (497-405 A. C.) a su Antígona. ¿Es acaso tan difícil, es acaso una vergüenza ceder posiciones que — ¡a más tardar mañana! — se harán insostenibles?

«Ello» o fragmentos y cosmos

¿Quién o qué creó el universo?

¿Quién o qué puso las estrellas en el cosmos?

¿Quién o qué acciona la palanca de distribución de la creación y se entretiene en hacer chocar estrellas, en hacer explotar soles y en lanzar galaxias enteras unas contra otras?

¿Quién o qué infundió el soplo de la vida?

¿Quién o qué determinó la formación de la vida inteligente, el que nosotros seamos lo que somos?

Si todo lo que existe fue creado por un Dios único, entonces este Dios tendría que ser justo, todopoderoso y bueno ya que todo ha sido creado por su propia voluntad. ¿Por qué este Dios todopoderoso permite las guerras, el derramiento de sangre y lágrimas?

¿Por qué tolera este Dios justo que se cometan crímenes contra niños inocentes?

¿Si este Dios sabio desea que los hombres le sirvan, como afirman las religiones, por qué permite que hayan en un solo planeta cerca de 20.000 religiones y sectas distintas que se combaten en su nombre?

¿Cómo puede concebirse que en nombre de este Dios que, como dicen las religiones, se hizo hombre y por consiguiente comprende a los hombres en su felicidad y en su miseria, se bendigan instrumentos bélicos de bandos opuestos? ¿No debería el buen Dios favorecer solamente

a los que combaten realmente en su nombre, por su causa y por disposición suya?

¿Cómo es posible que infames, malvados, usureros y falsos jueces participen de la felicidad de las buenas criaturas bajo el Sol de Dios?

¿Cómo puede permitir un Dios bueno y sabio que los ricos se hagan cada vez más ricos y los pobres cada vez más pobres, siendo todos sus hijos?

Pero, por encima de todo, ¿con qué finalidad ha creado Dios estos seres inteligentes?

El biólogo molecular Jacques Monod, director del Instituto Pasteur de París y premio Nobel de 1965 causó conmoción y sobresalto en el mundo creyente con su libro *El azar y la necesidad,* e incluso los ateos quedaron indignados con las tesis de Monod pues presentían en su énfasis filosófico de los fenómenos biológicos una religión sustitutiva.

En su obra, Monod menciona las tres etapas que hicieron posible la vida:

1. La formación de los principales componentes químicos de los seres vivos sobre la tierra: nucleóticos y aminoácidos.
2. A base de estos materiales, la formación de las primeras macromoléculas capaces de reproducirse (macromoléculas son moléculas de más de mil átomos).
3. Alrededor de estas estructuras se formaron todos los seres vivos, un sistema independiente y cuyo origen se remonta a la célula primitiva.

Monod se basa en los más recientes descubrimientos de la biología molecular y de la genética: hace miles de millones de años llegaron a la atmósfera y superficie terrestre determinados compuestos sencillos del carbono (como

el metano), más adelante se formaron el agua y el amoníaco. A partir de estos compuestos sencillos, se formaron numerosas substancias, entre ellas nucleótidos y amimoácidos que finalmente se unieron en la masa primitiva para dar origen a la primera célula, el primer ser vivo. Esto sucedía en una época en que los fenómenos químicos y físicos aún no estaban ligados a la presencia de seres vivientes *{Regreso a las estrellas,* págs. 37 y sig.). «El pequeño resto» hasta el desarrollo del *homo sapiens* se lleva a cabo, según la teoría de la evolución, con toda tranquilidad, sin ninguna intervención especial.

El núcleo de las tesis de Monod es que el acontecimiento decisivo y determinante en la formación de la vida se dio una sola vez. Dice Monod: «Al fin el hombre ha llegado a saber que se encuentra solo en la indiferente inmensidad del universo, de la cual surgió por azar. En ninguna parte se decidió ni su destino ni su deber».

La vida: ¿el premio gordo de la lotería de la naturaleza? Puede que las ideas del profesor ateo tengan un excelente fundamento científico, pero en todo caso la cuestión decisiva queda sin resolver: ¿cuál fue la fuerza que determinó la formación de las substancias químicas necesarias para el nacimiento de la vida? ¿De dónde salieron los ingredientes para la masa primitiva en la cual correteaba la vida como los ojos de grasa en el caldo?

De la atmósfera, por supuesto, contesta la ciencia. Pero esta respuesta no me basta. Como niño curioso sigo preguntando: ¿y de dónde salió la atmósfera? — de la envoltura de la Tierra que se enfriaba, hijo mío —. ¡Ah! ¿y de dónde salió la Tierra? — es una parte del Sol, hijo mío —. ¿y el Sol? —es una parte de la Vía Láctea, hijo—. ¿Y de dónde vino la Vía Láctea? — es una parte de todas las vías lácteas del universo—. ¿Y de dónde vienen las vías lácteas? — sobre eso hay teorías solamente, hijo mío.

El profesor Georges Lemaitre, físico y matemático de Bruselas, concibió una aguda hipótesis para explicar la formación del universo. Hace miles de millones de años,

toda la materia del cosmos estaba concentrada en un átomo primitivo, una masa densa cuya cohesión mantenía a las partículas unidas al núcleo; las enormes fuerzas se multiplicaron de tal manera que el trozo de materia explotó. Desparramadas en miles y miles de millones de trozos, la materia pasó por un prolongado período de consolidación en el curso del cual las partículas fueron reuniéndose en un inmenso número de galaxias. El físico ruso George Gamow (1904) desarrolló, a partir de la hipótesis de Lemaitre, su teoría del «big-bang».

Esta teoría del «big bang» (gran explosión) tiene, en comparación con las demás teorías, la ventaja de poderse apoyar en el efecto Doppler. El físico austríaco, profesor Christian Doppler (1803-1853) descubrió en 1842 el efecto que lleva su nombre y que se observa en todos los fenómenos ondulatorios — luz o sonido —: el efecto Doppler consiste en la alteración del tono que se comprueba cuando la fuente emisora del sonido o bien el observador están en movimiento; al aumentar la distancia entre fuente y observador, el sonido cobra un tono más bajo, al disminuir la distancia entre ambos, el tono se vuelve más agudo. Esto se puede observar, por ejemplo, en el silbido de una locomotora en movimiento. Tratándose de la luz, se observa durante el movimiento de la fuente luminosa hacia el observador un desplazamiento del espectro hacia el azul y durante el movimiento de la fuente luminosa alejándose del observador se observa un desplazamiento hacia el rojo. Basándose en el efecto Doppler, se puede medir la velocidad de todas las estrellas porque se ha demostrado que la composición química es la misma en todas ellas y presentan condiciones físicas análogas a las estrellas de nuestra galaxia.

El astrofísico Edwin Powell Hubble (1889-1953) comprobó en 1929 en el Mount Wilson Observatorium, durante sus trabajos sobre nebulosas cósmicas y constelaciones, que el espectro de las galaxias que se alejan de nosotros se desplaza hacia el rojo. Dice el doctor Hannes Alfven,

profesor de física del plasma en la Real Escuela Técnica Superior de Estocolmo: «Las galaxias se alejan de nosotros con velocidades proporcionales a su distancia de la Tierra». Para formarnos una idea podríamos imaginarnos un globo de goma. Antes de llenarlo de aire, marcamos puntos rojos en su superficie y luego lo inflamos; en esta forma, cada punto se va alejando de los demás y con velocidad proporcional: cada punto se aleja más rápidamente cuanto más inflado está el globo. Está claro que, conociendo las velocidades de los puntos, que son función de su distancia, como asimismo las direcciones en que se mueven, puede calcularse cuándo estuvieron todos reunidos en un mismo lugar.

Mediante este método del desplazamiento hacia el rojo del espectro, se ha podido calcular la edad del universo, la cual se ha estimado entre seis y diez millones de años terrestres. Apenas el mundo se había puesto de acuerdo con oste cálculo cuando, en noviembre de 1971, tomó la palabra Georges Abell, director del Departamento de Astronomía de la Universidad de California, y dijo: «¡Es un error, honorables colegas! ¡Después de 13 años de observación de ocho galaxias muy alejadas entre sí, puedo demostrar que la edad del universo es el doble de la supuesta hasta la fecha!»

¡Big bang!

El universo no es una dama a quien podamos ofender con una apreciación exagerada de la edad. A mí me da lo mismo que la explosión primitiva haya tenido lugar seis, diez o veinte mil millones de años atrás. ¡La edad no tiene nada que ver con el origen de la vida! Cuando quiera que haya tenido lugar la explosión, *antes* tuvo que haber algo allí. La explosión del átomo original podrá explicar la formación de las galaxias con miles y miles de millones de estrellas, los científicos de todos los sectores, incluso los filósofos podrán ahondar cada vez más en los misterios del átomo como origen de todas las co-

sas, los ateos podrán negar cada vez con mayor vehemencia la existencia de una fuerza que llamamos «Dios».

Al comienzo había una creación.

Si la materia de todas las estrellas proviene del átomo, es lógico concluir que las estrellas de todas las galaxias están hechas de la misma materia, consisten de los mismos elementos.

En efecto, en el curso de los últimos años se han descubierto cada vez más aminoácidos y combinaciones moleculares complejas en la materia extraterrestre. Los geólogos Goesta Vollin y David B. Ericson, de la Universidad de Columbia, New York, anunciaron el 29 de octubre de 1971 en la revista *Nature* que, en investigaciones de laboratorio, ha sido posible, mediante la irradiación de una mezcla de cuatro sustancias cuya existencia en el espacio ha sido comprobada, obtener aminoácidos como productos de la reacción. Casi simultáneamente, investigadores del observatorio radioastronómico de Green Bank, West Virginia, dieron a conocer que en la nebulosa B2 de la constelación de Sagitario habían detectado una sustancia que poseía todas las condiciones para la formación del ser vivo. Se trata del cianoacetileno, la combinación química de mayor complejidad que ha sido posible constatar hasta la fecha en el cosmos. En el universo se han podido detectar sustancias como hidrógeno, monóxido de carbono, amoníaco, agua, hidrógeno cianuro, formaldehido, ácido fórmico, alcohol metílico y una serie de hidrocarburos; en meteoritos y piedras lunares ha podido constatarse la existencia de aminoácidos. Los científicos de la NASA anunciaron en octubre de 1971 que en los meteoritos de Murchinson and Murray (así llamados por el lugar donde fueron encontrados) pudieron identificar 17 (!) aminoácidos (entre ellos algunos aptos para la formación de proteínas). En análisis de piedras lunares traídas por la tripulación del Apolo XI se reconocieron dos aminoácidos constituyentes de las proteínas: glicina y alanina.

En realidad, el hombre, ser sociable, debería sentirse muy feliz de saber que cada día se encuentran nuevos indicios que no está solo en el cosmos, que, por el contrario, hay muchos compañeros de juego que están a la espera que reconozca las huellas que ellos dejaron durante su visita. En todo caso, según el estado actual de nuestros conocimientos puede suponerse que:

— toda la materia del universo estaba originalmente concentrada en un átomo primitivo;
— en los astros de nuestra galaxia se dan las condiciones químicas para la vida.

¿Y qué lugar queda para el «Buen Dios» en este esquema del universo que han concebido los hombres de ciencia? La personificación de la fuerza que *debió* haber existido *antes* de la explosión primitiva bajo el nombre de Dios y las ideas que emanan de este concepto y que han sido difundidas por la catequesis entre los fieles obstruyen la visión.

La fuerza original era una entidad neutra. Ello existía antes del Big Bang (Gran Explosión). Ello desencadenó la gran destrucción. Ello formó, mediante una explosión, todos los mundos del universo. Ello, fuerza primitiva incorpórea y determinante, se transformó en materia: Ello conocía lo que sucedería después de la explosión. Ello deseaba adquirir experiencia viva.

En muchas discusiones, he procurado ilustrar esta idea mía con una comparación, si bien resulta demasiado simplificada.

Piénsese, he argumentado, en un ordenador que trabaja con 100.000 millones de unidades de pensamiento (bits en el lenguaje técnico). Según el profesor Michie de la Universidad de Edimburgo, el diseñador del prototipo del primer computador *pensante,* este aparato posee una «conciencia personal». Esta conciencia personal del com-

putador está firmemente ligada a la máquina con sus miles de millones de conexiones.

Si este computador estallase, su conciencia personal quedaría destruida definitivamente, siempre que el inteligente aparato no hubiese tenido la precaución de magnetizar todos los miles de millones de bits antes de la explosión. Tiene lugar la explosión. Cien mil millones de bits salen proyectados con distintas velocidades, según su tamaño, en todas direcciones. Ya no existe más la conciencia original centralizada del ordenador, pero el astuto suicida había programado el futuro después de la explosión: todos los bits magnetizados con sus informaciones elementales volverían a encontrarse nuevamente en el centro de la explosión. Cada bit trae a su regreso algo nuevo, su granito de arena de contribución a la primitiva «conciencia personal» de la gran máquina. Este enriquecimiento de la «conciencia personal» es la «experiencia personal». Desde el momento de la explosión hasta el instante del regreso, ningún bit «sabía» que era solamente una ínfima partícula de la gran conciencia. Si uno de estos bits con su limitada capacidad hubiese podido plantearse la pregunta «¿cuál es el fin de esta loca carrera?» o bien «¿quién me ha creado, de dónde vengo?», no hubiese podido encontrar respuesta alguna. No obstante, era comienzo y fin de un acto, de una especie de «creación» de la conciencia enriquecida en una nueva dimensión: la experiencia.

Tal vez esta comparación, aunque un tanto grosera, pueda ayudar a vislumbrar el fenómeno Ello: todos somos partes constituyentes de este Ello primitivo. Solamente al final, en el «Punto Omega» de Teilhard de Chardin «recordaremos» que somos a la vez causa y producto de la creación.

Que el Ello, sinónimo de Dios, *tiene* que haber existido *antes* de la explosión original, me parece una idea irrecusable. El evangelista Juan, que en sus revelaciones demuestra que tuvo acceso a los antiguos textos sagrados, escribió sobre la creación:

> *«En el principio era el Verbo y el Verbo estaba en Dios y el Verbo era Dios. Este estaba en el principio en Dios. Y por El han sido hechas todas las cosas y sin El no se ha hecho nada de cuanto ha sido creado.»*

Todo esto sería lógico si el concepto de Dios, a través de dos mil años, no hubiese ido incorporando todo un lastre de ideas extrañas que hacen posible relatar una historia de la creación a la medida de niños y de rústicos, pero que impiden ir al fondo del misterio de la creación.

Siendo que el Ello (Dios) decidió transformarse en materia, es por consiguiente a la vez la creación y un producto de su creación. Como dice el profesor D. L. Pieper, de la Universidad de Stanford: «¡El pánico ante el error es la muerte de todo progreso, el amor a la verdad es su salvaguardia!»

Como los bits del computador, habremos de reunimos nuevamente. Somos partes, partes insignificantes del Ello que hemos de confluir finalmente en una sola y eterna comunidad cosmológica. Todas las filosofías se revuelven con desesperación en torno a las preguntas «¿por qué?» y «¿de dónde?». «El conocimiento», escribe el teólogo profesor Puccetti, «no se adquiere solamente por la vía científica, y en realidad no hay ninguna verdad religiosa de importancia a la cual se haya llegado de este modo.»

En el umbral de los años dos mil, el mundo aparece dividido en cinco grandes religiones rivales y miles de sectas fanáticas.

La técnica hará posible, con toda seguridad, el contacto con otros seres inteligentes en el cosmos.

¿Cómo nos presentaremos?

¿Como católicos? ¿Como protestantes? ¿Como luteranos?

¿Como husitas? ¿Como mormones? ¿Como mahometanos? ¿Como budistas? ¿Como hindúes? ¿Como griegos ortodoxos?

¿Estamos acaso dispuestos a presentarnos como subdesarrollados mentales al abstenernos de accionar el conmutador de la luz en día sábado (judíos ortodoxos), al privarnos de la carne de cerdo (mahometanos y judíos) y al venerar vacas desnutridas y ratas sobrealimentadas (hindúes y religiones afines) o porque clavamos cruelmente en una cruz a nuestro Dios todopoderoso?

Tengo el presentimiento que con la entrada al año dos mil y a la era interestelar se pondrá término a esta división religiosa.

Bajo el supuesto que todos somos partes del poderoso Ello, ya no existe más la paradoja de un Dios que es incomprensiblemente bueno y malo a la vez; este Dios ya no es el causante del sufrimiento y de la felicidad, de la prueba y la providencia. Somos nosotros los que llevamos las fuerzas positivas y negativas dentro de nosotros mismos porque todos provenimos del Ello que existió siempre.

No me resulta posible eludir la cuestión del Ello o de Dios, entre otras cosas porque tengo la convicción de que las religiones con sus innumerables dioses entraban el progreso. ¡Cuántas guerras, sufrimientos y horrores han desencadenado las religiones y sectas en nombre de sus respectivos dioses! Y si esto no cambia, serán una de las causas de la ruina de la humanidad.

El analista de sistemas Jay W. Forester, del Massachusetts Institute of Technology, ha realizado, valiéndose de un modelo matemático, un profundo estudio sobre las tasas de crecimiento humano y sus consecuencias. En su libro *The limits of the growth,* publicado en 1972, el profesor Dennis Meadows, apoyándose en los cálculos de Forester, expone al mundo las sombrías perspectivas que le aguardan. Diariamente, hora tras hora, crece la población del planeta. Una marea humana inunda la tierra.

Todos necesitan alimento, vestido, techo. Todos dan lugar a desechos y basuras e incrementan la cantidad de nitrógeno en el medio ambiente. Se precisan más materias primas y más superficie cultivable de la que hay disponible en el mundo. Cual metástasis de un tumor canceroso, las ciudades y colonias van cubriendo la faz de la tierra. Si en último extremo se pretendiese talar selvas y bosques, la humanidad se asfixiaría a sí misma: destruiría las fuentes de oxígeno. El elixir de la vida, el agua, ya no alcanzará, aun cuando se tomen en cuenta los océanos y los hielos polares. Los hombres de ciencia lo advierten: antes del año 2100 sucumbirá nuestro planeta.

Sólo queda una solución para este problema: un inmediato y riguroso control de los nacimientos. A él se oponen los amos de todas las confesiones religiosas, grandes y pequeñas, como por acuerdo de un gigantesco consorcio mundial. Cada grupo religioso cuenta sus ovejitas y mientras más ovejitas más poder. Lo que aquí se hace en nombre de Dios es política de poder con las pobres criaturas; en un crimen contra la humanidad.

¿No debería comenzar por fin el hombre a considerarse como parte esencial del cosmos? Una tal filosofía le proporcionaría un bienhechor sentimiento de su propia importancia. La navegación espacial se hará indispensable en el futuro — el viaje a la Luna fue sólo un comienzo — porque necesitaremos cada vez más materias primas y espacio, pero, además de esto, la navegación espacial nos procurará también, casi con certeza, el encuentro con el «señor del otro planeta».

Este encuentro no parece halagar mucho a las 20.000 religiones y sectas. ¡La ovejita tiene que seguir siendo el centro de la creación! ¿Y qué pasaría si de repente nos encontráramos con seres muy superiores a nosotros en otros planetas, seres existentes al margen del acto creador de Dios? Es tan difícil dejar de lado leyendas tiernas yentrañables.

Hay poderes que con astucia luciferina tratan de sabotear

esta técnica del futuro y sus objetivos. Se previene contra los resultados de las investigaciones encaminadas a este fin. Este criterio se va infiltrando en forma tan solapada que hay muchos críticos inteligentes de los planes espaciales que ni siquiera sospechan quién escribe con su pluma en sus argumentaciones...

Bueno ¿y qué hacer?

¿Habrá que volar templos, demoler iglesias?

Nunca jamás.

Doquiera los hombres se congregan y alaban al Creador, experimentan un sentimiento de solidaridad reconfortante y bienhechor. Como evocado por la vibración de un diapasón, surge en el ambiente un común presentimiento de algo grandioso. Templos e iglesias son lugares de recogimiento, lugares de alabanza a lo Indefinible, al Ello que hemos aprendido a llamar Dios. Estos lugares son necesarios. El resto sobra.

En la bóveda cosmológica de María Auxiliadora puede verse una esfera de oro macizo. El ancho limbo podría perfectamente representar una rampa de lanzamiento a bordo para los vehículos de servicio, como también podría tratarse de un colector con paneles para almacenar la energía solar. La técnica no pone límites a la fantasía. El negativo de esta esfera, en piedra, está expuesto en el Museo Turco de Estambul.





2 *Arriba* Un pesado disco de oro de 22 cm. de diámetro. Costoso y misterioso papel de escribir. ¡En todo caso, ningún escudo!

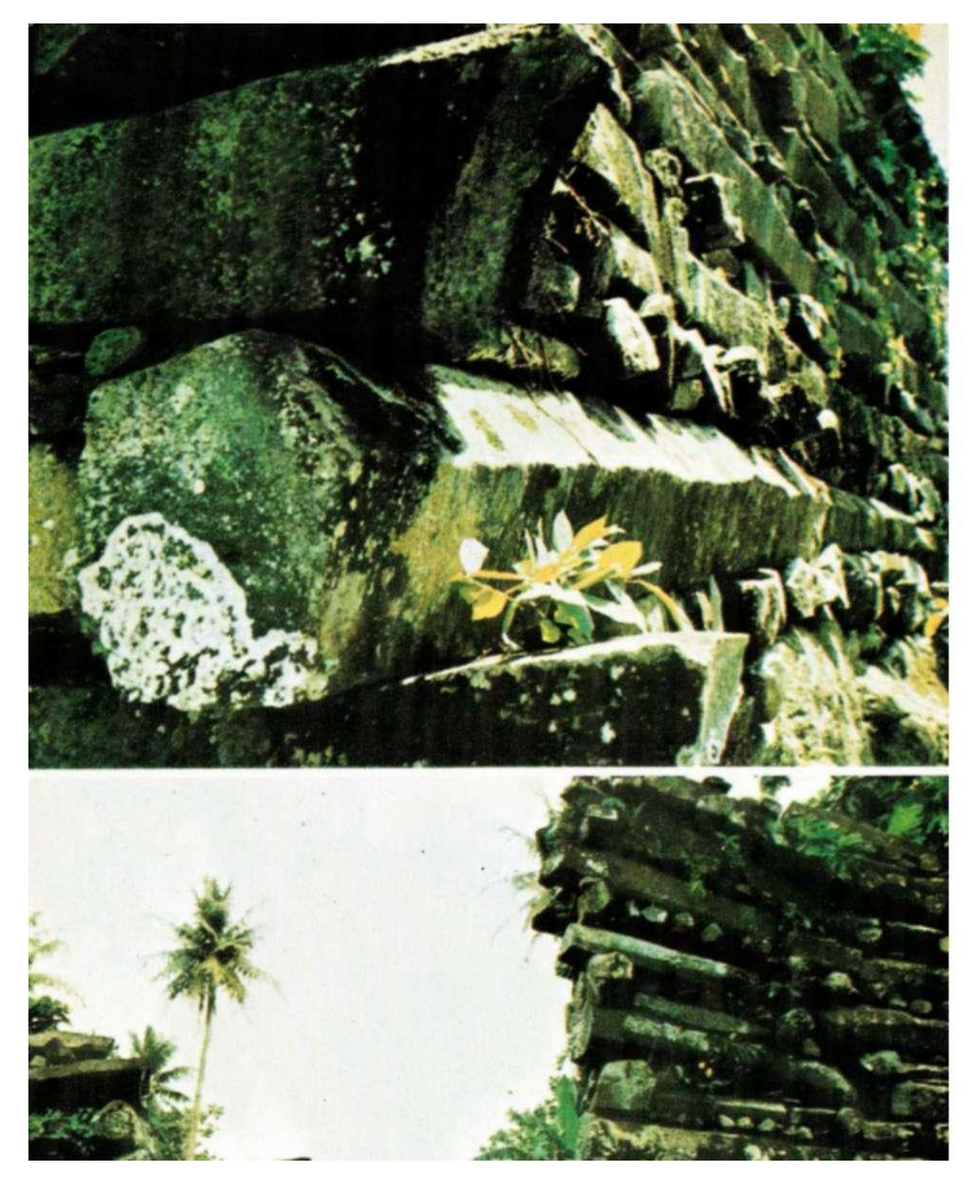
3 *Abajo:* Curiosa pirámide de oro: las serpientes están donde les corresponde, en el cielo. Al pie de las pirámides hay elefantes, animales extinguidos en Sudamérica a partir del año 12.000 A. C. La escritura que se ve en el borde inferior es desconocida, aún no descifrada.

4 *Arriba:* El Padre Cario Crespi ha ido coleccionando a lo largo de los años un fabuloso tesoro de piezas de oro y plata que guarda en el patio interior de la iglesia de María Auxiliadora de Cuenca.

5 *Abajo:* Al centro una pirámide a cuyos costados se ven serpientes que silban. ¿Indicarán los círculos el número de astronautas sepultados?

6 Esta escultura de oro de 52 cm. de alto presenta proporciones humanas normales. ¡Lo que llama la atención es que tanto los pies como las manos sean de cuatro dedos solamente! Una explicación científica seria: ¡Una máquina de calcular! ¿eran tan torpes los incas que necesitaban hacer toda una escultura con el simple objeto de representar el número "cuatro"? Se trata de la "divinidad de las estrellas".

Siempre encontramos algo más en esta lámina de oro de 98 x 48 x 3 cm. . una estrella, un ser con el vientre abultado, un hombre con cota de mallas y casco, rostros, una rueda desde la cual hay alguien que espía, un rostro que emerge de otro, etc. etc. ... En medio de toda la confusión amenaza caer una bomba que el artista hace resaltar mediante unas bisagras.

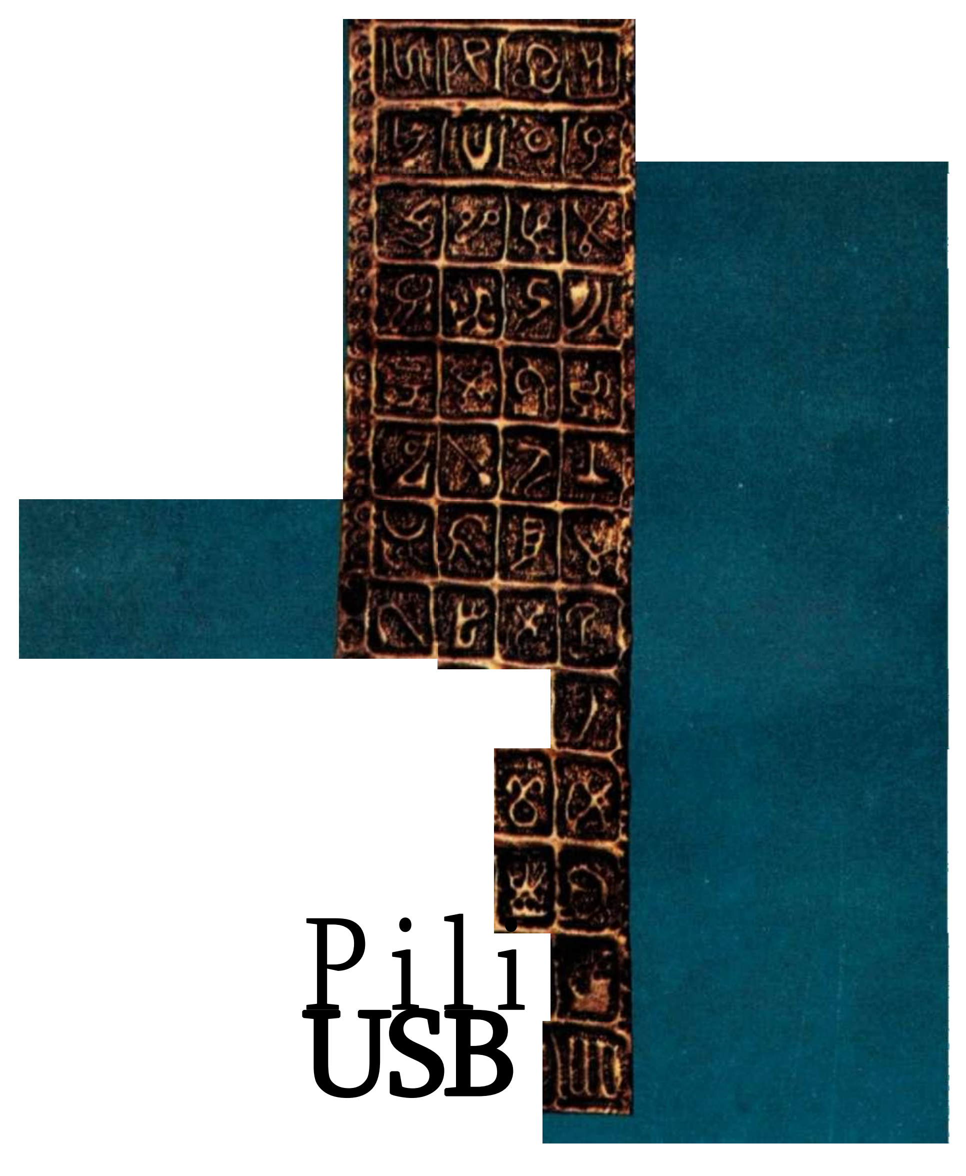




8 Estas vigas de basalto hexa u octogonales tienen hasta cinco metros de largo. Se encuentran en pilas de hasta 25 metros de alto.

9 Más de 80 dependencias agrupadas en forma de terrazas, protegidas por una muralla de 860 m de longitud y hasta 14,20 m de altura, rodean al edificio central ***(izquierda abajo).***

10 Estas esferas de la Bahía de Moeraki parece que hubieran salido del mar. Al contrario que las de Costa Rica, estas esferas se formaron de una manera natural hace unos 135 millones de años, durante el período cretáceo superior.



11 Pieza de una estela de oro: 52 cm. de alto, 14 cm. de ancho y 4 cm. de espesor. Pueden verse 56 signos de escritura distintos repartidos en otros tantos cuadrados. ¡Exactamente los mismos signos que encontramos en la biblioteca metálica de la gran sala! ¿conocía el artífice de esta estela un alfabeto de 56 letras o símbolos? hasta la fecha se ha supuesto que las culturas sudamericanas todavía no habían desarrollado ningún alfabeto fonético.

los anales de la isla. Por consiguiente, queda establecido que las misteriosas ruinas de Nan Madol existían ya mucho tiempo antes de la primera visita de los blancos a la isla el año 1595. No es efectivo que la historia de los habitantes de la isla sólo haya comenzado a partir de su «descubrimiento» en las leyendas sobre Nan Madol. A partir de 1595 no hay lagunas en la historia de Ponape. Las leyendas sobre Nan Madol envuelven una información mucho más interesante y significativa que los sucesos incomparablemente más recientes arriba mencionados. Sólo que como no se ha podido encontrar ninguna explicación satisfactoria al misterio de Nan Madol, se pretenden hacer pasar pseudo interpretaciones bajo disfraz científico.

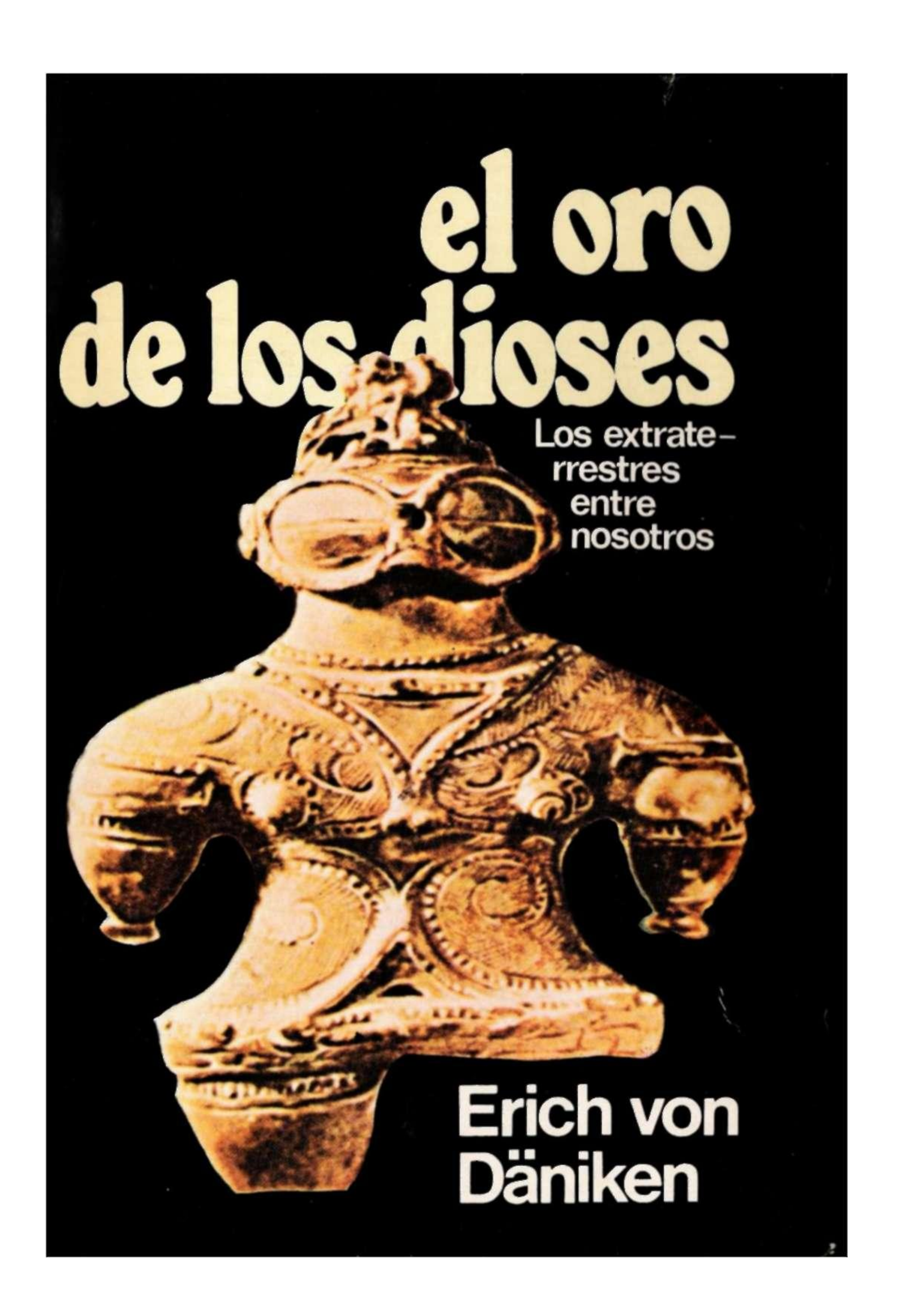
Después de haber pasado más de una semana en el infierno húmedo y tórrido de Nan Madol con huincha de medir, aparatos fotográficos y libreta de anotaciones puedo sonreír — por desgracia rendido de cansancio — ante tales interpretaciones. Prefiero atenerme a las leyendas, ya que a la postre resultan más plausibles.
Y vamos a ver por qué.
Al descender en Ponape de un Boeing 727 de la Continental Airlines, aún no podía imaginarme las fatigas y sorpresas a que me estaba conduciendo mi curiosidad.
Me desplacé por entre el enjambre de pequeñas islas en una pequeña lancha a motor que había fletado por intermedio del Hotel Kasehlia, a lo largo de canales flanqueados por una vegetación tropical exuberante. El calor era sofocante y el aire tan húmedo que se hacía irrespirable (Fig. 38).
Acompañado de dos nativos, pasé varias islitas y luego, de súbito, aparecen las ruinas de Nan Madol, una islita como cualquiera de las vecinas, que sólo se distingue por los extraños restos que la cubren. Aquí se encuentra, no mayor que un estadio de fútbol, el panteón, la pequeña ciudad de basalto y el legendario retiro de sus habitantes prehistóricos. Uno se encuentra de repente ante estos

El famoso autor de «Recuerdos del futuro» y «Regreso a las estrellas» nos narra los estudios y descubrimientos realizados durante su último periplo de investigación: Ceylán Singapur, Malasia, Guam,la Polinesia, Taiwan,Chile, Brasil, Colombia,San Salvador y varios estados de Norteamérica.

En el Ecuador descubre un misterioso sistema de cuevas y túneles subterráneos, a 240 metros de profundidad, que albergan construciones gigantescas y ricamente decoradas, procedentes de los tiempos prehistóricos. Dichos túneles incluyen todo un museo natural esculpido en oro puro, legado y mensaje de los visitantes extraterrestres para nuestro futuro.

Los descubrimientos de Dániken han sido descritos por la máxima autoridad europea en historia americana antigua, el profesor Miloslav Stingl, como «el hallazgo arqueológico más importante después del descubrimiento de Troya».

Un libro que, echando mano de los conocimientos de la más avanzada tecnologia, da nuevas respuestas a interrogantes que la ciencia tradicional no ha sabido contestar.


el oro
de los dioses
Los extrate-
rrestres
entre
nosotros
Erich von
Däniken

La más fantástica visión de nuestro pasado:
¿Fue visitada la Tierra por viajeros procedentes del espacio?

En una época desconocida, y en una lejana galaxia, inteligencias semejantes a las humanas habrían librado una gran batalla.

Los vencidos en aquella batalla huyeron en una nave espacial. Para despistar a sus enemigos, no aterrizaron en un planeta de condiciones óptimas, sino en otro menos adecuado donde, como demuestran los dibujos rupestres aducidos por Dániken, hubieron de llevar casco y aparatos de oxígeno durante algún tiempo.

Para protegerse, excavaron los grandes laberintos subterráneos, y además colocaron en otro planeta, el quinto del sistema solar, falsas instalaciones y emisoras. Los enemigos cayeron en la trampa y destruyeron brutalmente todo el planeta, cuyos restos son los asteroides que ahora vemos. Creyendo aniquilados a los vencidos, los vencedores regresaron a su galaxia.

Los vencidos habitaron en la tierra y dejaron aquí los restos de sus gigantescas obras...